

# Alan Watts

# El libro del TABÚ

¿Cuál es el auténtico y actual tabú de toda nuestra civilización occidental? ¿Qué es aquello secreto que toda nuestra educación ha tratado de silenciar? El libro del tabú da una respuesta a estas preguntas. Indiscutiblemente se trata de uno de los libros más importantes de Alan Watts, y en él nos enfrentamos no ya con los viejos tabúes religiosos y sexuales, sino con algo más profundo. El libro del tabú es, en cierto modo, un desarrollo actualizado y vertido en lenguaje accesible da la milenaria filosofía del Vedanta hindú. Probablemente, es una catástrofe cultural el hecho de que el mundo occidental se haya cerrado en sí mismo, impermeable a la reserva de sabiduría contenida en otras tradiciones. Alan Watts ofrece en este trabajo una vigorosa síntesis de su pensamiento y una exposición tan brillante como accesible de esta otra sabiduría.

Alan Watts

# El libro del tabú

**ePub r1.0**
**Titivillus** 07-04-2020

Título original: *The Book on the Taboo against Knowing Who You are*
Alan Watts, 1966
Traducción: Rolando Hanglin

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

To my Children and Grandchildren
Joan, David, Elizabet, Christopher,
Tia, Mark, Richard, Lila, Diane,
Ann, Myra, Michael

# Prefacio

*Este libro es una exploración sobre un tabú tan poco reconocido como poderoso: nuestra tácita conspiración para ignorar quiénes, o qué, somos realmente. Reducida a pocas líneas, la tesis es que la sensación generalizada que tenemos de ser un ego separado y metido dentro de un saco de piel, es una alucinación —alucinación que no concuerda ni con la ciencia de Occidente ni con la sabiduría religioso-experimental de Oriente—. Y me refiero, en particular, a la central filosofía Vedanta del hinduismo.*

*Esta alucinación contribuye al mal uso de la tecnología, a la brutal subyugación del medio ambiente humano, y, eventualmente, a su destrucción. Nos enfrentamos, pues, con la urgente necesidad de dar un sentido a nuestra existencia, un sentido que esté de acuerdo con los hechos físicos y que nos permita superar el sentimiento de alienación respecto del universo. Con este propósito, me he internado por los caminos del Vedanta, y he tratado de dar una exposición dentro de un contexto moderno y occidental. Así que este trabajo no intenta ser ni un libro de texto, ni una introducción a la filosofía Vedanta. Se trata más bien de un ensayo de interfecundación entre Ciencia occidental y Sabiduría oriental.*

*Agradezco muy especialmente a mi esposa, Mary Jane, su cuidadosa colaboración editorial y sus comentarios sobre el manuscrito. Gracias también a la Fundación Bollingen por su apoyo a un proyecto general que incluía la redacción de este libro.*

ALAN WATTS
1966, Sausalito, California

## *1. La información confidencial*

¿Qué debe saber una persona joven para estar bien informada sobre la vida? En otras palabras: ¿Existe algún tipo de información confidencial, secreto profundo o tabú especial que la generalidad de los padres y educadores no quieren, o no pueden enseñar?

Los jóvenes casaderos recibían antiguamente, en el Japón, un «libro de cabecera». Era un pequeño volumen cuyos grabados, a menudo a todo color, ilustraban los detalles del acto sexual. No solo por aquello de que «una figura vale más que diez mil palabras» —como dicen los chinos— sino para evitar a los padres el embarazo de explicar cara a cara estas cuestiones íntimas. Pero dichas cuestiones, en el Occidente moderno, puede uno aclararlas en cualquier quiosco de revistas. El sexo no es, ya, un verdadero tabú. Muchos adolescentes lo conocen mejor que los adultos.

Pero si el gran tabú no reside en el sexo… ¿Cuál es? Siempre hay algo prohibido, secreto, reprimido, o soslayado de reojo, porque una mirada franca puede resultar demasiado inquietante. Hay tabúes dentro de los tabúes, como en las pieles concéntricas de una cebolla. ¿Qué debería contener, pues, El Libro que los padres deslizaran en manos de sus hijos —y las madres en las de sus hijas— sin siquiera reconocerlo abiertamente?

En ciertos círculos —incluyendo algunos en los que la gente va a misa y lee la Biblia— hay un fuerte tabú sobre la religión. Es un «asunto privado». Es de mal gusto discutir sobre ella, y también por cierto exagerar el exhibicionismo piadoso. Sin embargo, apenas uno estudia las enseñanzas de las religiones conocidas se pregunta el porqué de tanto secreto. Ese «El Libro» a que me refiero no será por cierto la Biblia, el «Libro Bueno»: he aquí una fascinante antología de sabiduría antigua, historia y leyenda que ha sido tratada como una especie de vaca sagrada durante tanto tiempo que no sería mala idea clausurarla por uno o dos siglos, de modo que los hombres pudieran escucharla luego con oídos limpios. Por cierto, la Biblia contiene secretos, y algunos bastante subversivos, pero están tan enredados en complicaciones, tan ligados a antiguos símbolos y formas mentales, que el Cristianismo es —hoy día— increíblemente difícil de explicar a una persona joven. Esto es, a menos que uno se conforme con diluirlo hasta verlo convertido en la simple intención de ser bueno e imitar a Jesús, cosa que

nadie explica *cómo* se hace. Para lograrlo, debe uno recibir de Dios un poder especial conocido como «gracia»: todo lo que sabemos es que algunos la tienen y otros no.

Las religiones corrientes —la Cristiana, la Judía, la Hindú, el Islam o el Budismo— se parecen en su forma actual a minas exhaustas: son difíciles de ahondar[1]. Con alguna rara excepción, sus ideas sobre el hombre y el mundo, sus ritos e imágenes, así como la vida que nos recomiendan, no encajan en el universo tal como lo conocemos hoy en día, ni con un mundo humano que está cambiando tan velozmente que mucho de lo que se aprende en la escuela está obsoleto el día de la graduación. El Libro del que hablo no sería religioso, en el sentido usual, pero versaría sobre muchas cosas de las que suelen ocuparse las religiones: el universo y el lugar que ocupa el hombre en él, ese misterioso centro de experiencia que denominamos «Yo mismo», los problemas de la vida y el amor, del dolor y la muerte, y toda esa consideración sobre si nuestra existencia tiene o no algún sentido, significado o mensaje especial. Pues existe la creciente sensación de que nuestra vida es tan significativa como el correteo de un ratón en su trampa; los organismos vivientes, incluyendo a las personas, son simples tubos a los que se introducen cosas por un extremo para que ellos lo despidan por el otro. Lo cual los mantiene ocupados pero —a la larga— los desgasta. De modo que, para que la farsa pueda continuar, los tubos se las ingenian para fabricar otros tubos que también devoran cosas por una punta y las lanzan por la otra. En el extremo por el cual se introducen las cosas se desarrolla también un manojo de nervios llamado cerebro, con ojos y oídos, que les permite hurgar mejor a su alrededor, en busca de cosas para devorar. A medida que van quedando ahítos descargan su energía sobrante haciendo curiosas piruetas, alborotando con el aire que tragan y expelen por el agujero que sirve para devorar, y uniéndose en grupos para pelear contra otros grupos. Con el tiempo, los tubos se recubren de tal variedad de adminículos que se hace difícil reconocerlos como simples tubos, y todo esto en una asombrosa multiplicidad de formas. Existe la vaga norma de que los tubos de igual tipo no deben comerse entre sí, pero en general hay seria competencia por determinar cuál será la mejor marca o variedad de tubos. Todo esto parece maravillosamente vano, y sin embargo cuando uno lo examina seriamente resulta más maravilloso que vano. Lo cierto es que es muy extraño.

Este sentimiento de que lo usual, la forma que las cosas revisten normalmente, es muy extraño y harto improbable constituye una genuina iluminación. G. K. Chesterton dijo alguna vez que una cosa es asombrarse

ante un dragón o un grifo, criaturas inexistentes; pero es bien otra y muy superior condición el maravillarse ante un rinoceronte o una jirafa, animales que existen, aunque tienen todo el aspecto de pertenecer a la fantasía. La percepción de la «rareza universal» implica una curiosidad intensa y profunda sobre el sentido de las cosas. ¿Por qué, entre tantos mundos posibles, esta colosal y aparentemente innecesaria multitud de galaxias en un continuum espacio-tiempo inexplicablemente curvo, estas miríadas de tubos de distintos tipos, todos jugando locamente a ser individuos, estas innumerables formas de existencia, desde la elegante arquitectura del copo de nieve o la diatomea hasta el fantástico esplendor del pavo real o el ave del paraíso?

Ludwig Wittgenstein y otros modernos pensadores «lógicos» han tratado de suprimir esta pregunta declarando que no tiene sentido, que no debe ser formulada. Numerosos problemas filosóficos son esquivados haciéndole creer a uno que preguntas como: «¿Por qué este universo?» son una especie de neurosis intelectual, un abuso verbal mediante el cual la pregunta «suena» sensata pero es en realidad tan absurda como preguntar «¿Dónde está el Universo?» siendo que las únicas cosas que están en algún lado lo están dentro del Universo. La tarea de la Filosofía es curar a la gente de esas tonterías. Wittgenstein, como veremos, se ocupó mucho de eso. Pero, a pesar de todo, el asombro no es una enfermedad. El asombro, y su expresión en las artes y la poesía, figura entre esas cosas importantes que parecen distinguir a los hombres de otros animales y a los hombres inteligentes y sensibles, en particular, de los deficientes mentales.

¿Hay, entonces, un cierto sentido profundo en este asombroso régimen de cosas, algo que realmente no surge de las respuestas habituales a la Pregunta, es decir las religiones y filosofías históricas? Sí. Lo hay. Ha sido dicho una y otra vez, pero de una forma tal que nosotros, hoy, en esta particular civilización, no lo escuchamos. No advertimos que es por completo subversivo, más que en el sentido político y moral, como revulsivo que pone patas arriba nuestra visión ordinaria de las cosas, nuestro sentido común. Puede tener, por cierto, consecuencias morales y políticas, que por ahora desconocemos. Hasta el momento, esta revolución interior de la mente ha sido confinada en individuos aislados; nunca fue característica común —hasta donde yo sé— de comunidades o sociedades. Con frecuencia ha sido considerada demasiado peligrosa para eso. He aquí, por lo tanto, al tabú.

Pero el mundo se encuentra en una situación extremadamente peligrosa, y las enfermedades graves vuelven aconsejable el riesgo de una cura drástica, como la vacuna antirrábica de Pasteur. No se trata solamente de que podemos

volar el planeta con nuestras explosiones nucleares, estrangulamos con la superpoblación, destruir nuestros recursos naturales por negligencia o arruinar el suelo y sus productos con pesticidas y substancias mal aplicadas. Más allá de todo esto existe la posibilidad de que la civilización resulte un perfecto éxito tecnológico, solo que a través de métodos que la mayoría encontrará equívocos, alarmantes y desorientadores, porque, en una palabra, esos métodos estarán cambiando constantemente. Podría resultar como un juego en el cual las reglas varían de continuo, aun antes de ser formuladas con claridad, un juego que uno no puede abandonar sin suicidarse, en el cual uno no puede volver jamás a una forma anterior del propio juego.

El problema del hombre y la técnica suele ser planteado en forma errónea. Se dice que la humanidad ha evolucionado en forma unilateral, creciendo en poder técnico sin un progreso equivalente en el plano moral, o, como prefieren decir algunos, sin un adelanto comparable en educación y pensamiento racional. Pero en realidad el problema es aún más profundo. La raíz de esta cuestión es nuestro modo de sentirnos y concebirnos como seres humanos, nuestra percepción de estar vivos, con existencia e identidad individuales. Sufrimos una alucinación, una sensación falsa y distorsionada de nuestra propia existencia como organismos vivientes. La mayoría de nosotros tiene la idea de que «Yo mismo» es un centro separado de sensación y acción, que vive dentro del cuerpo físico y está limitado por él; este centro «enfrenta» un mundo «exterior» de gentes y cosas, toma contacto por medio de sus sentidos con un universo ajeno y extraño. Algunas frases de uso diario reflejan esta ilusión: «Viene a este mundo…» «Debes *enfrentar* la realidad…» «La conquista de la naturaleza».

Esta impresión de no ser más que visitantes solitarios y bastante fugaces, en el universo, está en lisa y llana contradicción con todo lo que las ciencias saben sobre el hombre y otros organismos vivientes. Nosotros no «venimos a» este mundo; más bien le *salimos*, le *crecemos* como las hojas a un árbol. Así como el océano genera olas, el universo produce gente. Cada individuo es una expresión de todo el reino natural, una acción única del universo total. Pocas veces, o nunca, los seres humanos pueden experimentar concretamente este hecho. Aun aquellos que teóricamente lo dan por cierto suelen ser incapaces de sentirlo «sensorialmente», y continúan actuando como «egos», aislados en sus bolsas de piel.

El primer efecto de esta ilusión es una actitud marcadamente hostil hacia el mundo «exterior». Siempre estamos «conquistando» la naturaleza, el espacio, las montañas, los desiertos, las bacterias o los insectos en lugar de

aprender a cooperar con ellos en un orden armónico. En América, los grandes símbolos de esta conquista son el bulldozer y el cohete: un instrumento que aplasta colinas, convirtiéndolas en chatos terrenos donde luego se alzarán casas cuadradas e iguales, y ese inmenso proyectil fálico que atruena el espacio sideral. A pesar de todo, tenemos buenos arquitectos que saben cómo hacer casas en las colinas sin masacrar el paisaje, y astrónomos que son conscientes de que la tierra ya está en pleno espacio sideral, y que nuestra principal necesidad —si queremos explorar otros mundos— consiste en instrumentos electrónicos sensitivos que traerán los objetos más distantes a nuestro cerebro, tal como hacen los ojos. La agresiva pretensión de conquistar a la naturaleza ignora la interdependencia básica de todas las cosas y eventos —siendo el mundo más allá de la piel una extensión de nuestros propios cuerpos— y terminará por destruir el mismísimo medio ambiente del cual hemos surgido, del cual depende nuestra subsistencia.

La segunda consecuencia de sentirnos mentes separadas en un universo ajeno y en general estúpido es que carecemos de sentido *común*, esto es una forma de comprender el mundo sobre el cual hemos sido reunidos en comunidad. Las opiniones son muchas y muy distintas, y por lo tanto quien toma las decisiones es el más agresivo y violento —por lo tanto insensible— de los propagandistas. Un nudo de opiniones en conflicto, unidas por la fuerza de la propaganda, es la peor fuente posible de control para una tecnología poderosa.

Podría creerse que lo que necesitamos es algún genio que invente una nueva religión, una filosofía de la vida, una visión del mundo plausible y genéricamente aceptable para los finales del siglo veinte, a través de la cual todo individuo pueda sentir que la realidad en general y su vida en particular tienen significación. Pero esto, como la historia ha demostrado muchas veces, no es suficiente. Las religiones producen divisiones y reyertas. Son, ellas también, una forma de esa ilusoria «separatidad»[2] porque proceden a separar justos y pecadores, creyentes y herejes, propios y extraños. Aún los liberales religiosos juegan al juego de «nosotros somos más tolerantes que ustedes». Además, como sistemas de doctrina, simbolismo y moral, las religiones se ajustan a instituciones que exigen lealtad, que deben ser defendidas en su «pureza» y —desde que toda creencia es fervorosa esperanza, y por lo tanto un disfraz para la duda y la incertidumbre— reclaman conversos. Cuanta más gente coincide con nosotros, menos duele la inseguridad de nuestra posición. Al final, uno es comprometido a permanecer Cristiano o Budista, «venga lo que sea» en materia de nuevos conocimientos. Ideas nuevas e indigeribles son

contrabandeadas dentro de la tradición religiosa, aunque resulten inconsistentes con sus doctrinas originales, para que el creyente pueda mantener su posición y declarar: «Ante todo y sobre todo soy un seguidor de Cristo/Mahoma/Buda o cualquier otro». El compromiso irrevocable con cualquier religión no es solo un suicidio intelectual: también un signo de profunda falta de fe, pues cierra la mente a cualquier nuevo enfoque sobre el mundo. La Fe es, sobre todo, apertura: un acto de confianza hacia lo desconocido.

Un fervoroso testigo de Jehová trató de convencerme, una vez, de que un Dios de amor, de haber existido, hubiera provisto sin duda a la humanidad de un libro o texto confiable e infalible sobre el cual se moldearían las conductas humanas. Le respondí que ningún Dios tendría tan poca consideración, destruyendo la mente humana, convirtiéndola en algo tan rígido e inadaptable como para que un solo libro, la Biblia, respondiera a todas sus preguntas. Pues la gracia de las palabras —y por lo tanto de un libro— reside en que señalan, más allá de sí mismas, hacia un mundo de vida y experiencia que no consiste en meras palabras, ni siquiera en ideas. Del mismo modo que el dinero no es verdadera riqueza consumible, los libros no son vida. Idolatrar escrituras es como ingerir billetes de banco.

Por lo tanto, El Libro que me gustaría deslizar en manos de mis hijos sería esencialmente «sugestivo». Los encaminaría hacia un nuevo dominio, no de meras ideas, sino de experiencias y sensaciones. Se parecería más a una medicina temporaria que a una dieta; más a un punto de partida que a un punto perpetuo de referencia. Ellos lo leerían y quedarían satisfechos, pues si estuviera bien y claramente escrito no tendrían que volver una y otra vez a él, buscando significados ocultos o esclareciendo doctrinas obscuras.

No necesitamos una nueva religión, ni una nueva Biblia. Lo que precisamos es una nueva experiencia, una nueva sensación de lo que es «yo». La percepción —es decir, la visión profunda y secreta— de esta vida descubre que nuestra normal sensación de uno-mismo es una trampa o, en el mejor de los casos, un papel temporario que estamos jugando, o que hemos sido persuadidos de jugar, con nuestro tácito consentimiento, del mismo modo que toda persona hipnotizada está, básicamente, deseando que la hipnoticen. El tabú más firmemente establecido de todos los que conocemos es ese que le impide a usted saber quién o qué es, detrás de la máscara de su ego aparentemente separado, aislado e independiente. No me refiero al bárbaro «Ello» o Inconsciente de Freud, como verdadera realidad detrás de la fachada de la personalidad. Freud, como veremos, estuvo bajo la influencia de una

moda del siglo diecinueve llamada «reduccionismo», especie de curiosa necesidad de menospreciar la inteligencia y cultura humanas, reduciéndolas a la dimensión de un subproducto casual de fuerzas ciegas e irracionales. Se trabajó mucho, por aquel entonces, para demostrar que las uvas podían crecer en los espinos.

Tal como suele ocurrir, lo que hemos suprimido y descuidado es algo soprendentemente obvio. La dificultad reside en que, siendo tan obvio y básico, no se encuentran palabras para explicarlo. Los alemanes lo llaman un *Hintergedanke*, es decir una aprehensión que subyace tácitamente en el fondo de nuestras mentes, a la que no podemos admitir fácilmente, ni aún para nuestros adentros. La percepción del «Yo» como un centro de ser solitario y aislado es tan poderosa y sensata, tan fundamental para nuestros hábitos en el pensamiento y el habla, para nuestras leyes e instituciones sociales, que no podemos experimentar nuestro sí-mismo más que como algo superficial en el esquema del universo. Yo parezco una breve luz que restalla una sola vez en la eternidad del tiempo: un organismo raro, delicado y complejo en la gama de la evolución biológica, en esa zona donde la ola de la vida se desperdiga en brillantes gotas individuales de distintos colores, que resplandecen por un momento tan solo, para luego desaparecer por siempre. Bajo ese condicionamiento parece imposible, y aun absurdo, entender que el yo no reside en una sola gota, sino en todo el curso de energía que va desde las galaxias hasta los campos nucleares de mi cuerpo. A este nivel, el «Yo» es inconmensurablemente viejo; «Yo» tengo formas infinitas, mis idas y venidas son tan solo pulsiones o vibraciones de un único y eterno torrente de energía.

La dificultad en comprender esto reside en que el pensamiento conceptual no lo puede apresar. Es como si los ojos estuviesen tratando de mirarse a sí mismos directamente, o como si uno intentara describir el color de un espejo en términos de colores reflejados en él. Así como la vista es algo más que todas las cosas que se ven, el cimiento o «campo» de nuestra existencia y nuestra percepción no puede ser descrito en función de cosas conocidas. Estamos obligados a hablar de ello a través del mito, esto es, a través de metáforas, analogías e imágenes especiales que no dicen lo que *es* sino a qué se parece. En un significado extremo, «mito» es fábula, impostura, superstición. Pero en otro sentido, «mito» es una imagen útil y fructífera a través de la cual podemos dar sentido a la vida en forma similar a como explicamos el comportamiento de las fuerzas eléctricas, comparándolas con el agua o el aire. Naturalmente, el «mito», en este último sentido, no debe ser tomado literalmente, así como la electricidad no debe ser confundida con los

fluidos. En otras palabras, al usar el mito deben extremarse las precauciones para no confundir la imagen con el hecho, lo cual equivaldría a trepar por una señal en lugar de seguir la ruta que ella indica.

Es el mito, entonces, la forma en que yo trato de responder cuando los niños me formulan esas preguntas metafísicas, fundamentales, que con tanta frecuencia aparecen en sus mentes: ¿De dónde vine al mundo? ¿Cuándo lo hizo Dios? ¿Dónde estaba yo antes de nacer? ¿Adónde va la gente cuando muere? Una y otra vez me ha parecido que se quedan satisfechos con una historia muy vieja y simple, que reza más o menos así:

«No hubo nunca un momento en que el tiempo comenzara, pues va en redondo como un círculo, y en un círculo no existe el lugar donde la línea comienza. Mirad *el reloj, que nos dice la hora: gira, y asimismo gira el mundo, repitiéndose una y otra vez. Pero así como la manecilla del reloj sube hasta doce y baja hasta seis, se suceden la noche y el día, el sueño y la vigilia, la vida y la muerte, el verano y el invierno. No puedes tener ninguna de estas cosas sin la otra, porque no podrías saber lo que es el negro si no lo hubieras visto al lado del blanco, o el blanco si no lo hubieras comparado con el negro.*

»Del mismo modo, hay veces en que el mundo es, y otras en que no es, pues sí el mundo fuera, sin descanso, por siempre jamás, se cansaría horriblemente de sí mismo. Viene y va. Ahora lo ves; ahora no lo ves. De ese modo no se cansa de sí mismo, y regresa siempre, después de desaparecer. Es como tu aliento; entra y sale, entra y sale, y sí tratas de retenerlo te sientes mal. Es también parecido al juego del escondite, porque resulta siempre divertido encontrar nuevos escondites, y buscar a una persona que no se esconde cada vez en el mismo lugar.

»A Dios le encanta jugar al escondite; pero como no hay nada fuera de Dios, no se tiene más que a sí mismo para jugar. Esta dificultad la supera simulando que él no es él. Esta es su manera de esconderse de sí mismo; simula que es tú, y yo, y toda la gente en el mundo, y todos los animales y las plantas, las piedras, y todas las estrellas. De este modo le ocurren aventuras extrañas y maravillosas, algunas de las cuales son terroríficas. Pero estas últimas son simplemente como malos sueños, que desaparecen cuando él se despierta.

Ahora bien: cuando Dios juega al escondite y pretende ser tú y yo, lo hace tan bien que le lleva mucho tiempo recordar cuándo y cómo se inventó a sí mismo. Pero esa es justamente la gracia del juego, eso es lo que él quería conseguir. No quiere encontrarse a sí mismo *demasiado pronto, pues eso*

*estropearía él juego. Por eso es tan difícil para ti y para mí darnos cuenta de que somos Dios disfrazado y oculto. Pero cuando el juego se ha prolongado el tiempo suficiente, todos nosotros despertamos, o dejamos de simular, y recordamos que no somos más que el único Sí-mismo, el Dios que es todo lo que es y que vive por siempre jamás*.

Por supuesto, debes recordar que Dios no tiene forma de persona. La gente tiene piel, y siempre hay algo fuera de nuestra piel. Si no lo hubiera, sería imposible saber la diferencia entre lo que está dentro y lo que está fuera de nuestros cuerpos. Pero Dios no tiene piel ni forma, porque no hay nada fuera de él. (Con un niño suficientemente despierto, ilustraré esto con la cinta de Moebius, un aro de papel retorcido en tal forma que no tiene más que un solo lado y un solo borde.) El interior y el exterior de Dios son una misma cosa. Dios no es un hombre ni una mujer, aunque he estado hablando de «él», y no de «ella». No dije «ello» porque siempre nos referimos así a cosas que no están vivas.

»Dios es el Yo-mismo del mundo, pero no puedes ver a Dios por la misma razón por la que no puedes ver tus propios ojos sin un espejo, y sin duda no puedes morder tus propios dientes o mirar dentro de tu cabeza. Tu Yo-mismo está muy bien escondido, porque es Dios quien se esconde.

»Puedes preguntarte por qué Dios, a veces, se oculta bajo la forma de gente horrible, o simula ser personas que sufren enfermedades y dolores. Primero, recuerda que él no hace esto más que a sí mismo. Y también que en todos los cuentos que te gustan debe haber gente mala tanto como buena, pues la emoción de la historia consiste en enterarse de cómo los buenos salen con bien de su encuentro con los malos. Es como cuando jugamos a los naipes. AI principio de la partida los revolvemos todos en un montón, lo cual es similar a la forma en que se dan las cosas malas en este mundo; pero el objeto del juego es poner la mezcla en orden, y el que mejor lo hace es el ganador. Luego volvemos a mezclar, y a jugar, y así también ocurre con el mundo.»

Esta historia, obviamente mítica en su forma, no presume de describir *científicamente* el proceso de las cosas. Basándose en analogías con el juego y el drama, y recurriendo a la gastada palabra «Dios» en el papel de Jugador, este cuento solo intenta *parecerse* a la existencia. Es una representación, similar a la que los astrónomos efectúan inflando un globo negro con manchitas blancas por galaxias, para simbolizar el universo en expansión. Pero, para la mayoría de los niños, y también para muchos adultos, este mito es a un mismo tiempo inteligible, simple y fascinante. Al contrario, muchas otras representaciones míticas del mundo son crudas, tortuosas e

incomprensibles. Pero alguna gente piensa que dar crédito a las inextricables proposiciones y símbolos de su religión es una prueba de verdadera fe. «Yo creo —dice Tertuliano del Cristianismo— porque es absurdo.»

Quienes piensan por sí mismos no aceptan ideas avaladas por ese tipo de autoridad. No se sienten obligados a creer en milagros o doctrinas extrañas como Abraham, que se creyó conminado por Dios a sacrificar a su hijo Isaac. Como dice T. George Harris:

> Las jerarquías sociales del pasado, donde algún jefe por encima de los demás castigaba siempre toda falta, acondicionaron a los hombres para someterse a una cadena de severa autoridad que se prolongaba hasta el cielo. Nosotros no sufrimos esa presión en la igualitaria libertad de hoy. A partir del Dr. Spock, escasean los padres al estilo Jehová en la familia humana. De modo que el inconsciente promedio ya no tiende a buscar el perdón de un furioso Dios de las alturas.

Pero, prosigue:

> Nuestra generación conoce un infierno frío, el solitario confinamiento de esta vida, sin Dios alguno que nos salve o nos condene. Hasta que el hombre idea una trampa y parte a cazar… «él Ultimo Fondo del Ser», no tiene ninguna razón para explicar su propia existencia. Vacío y limitado, solo sabe que pronto morirá. Desde que su vida no tiene significado presente, y él no avizora ninguna vida futura, no es en realidad una persona sino una víctima de «auto-extinción».

El «Ultimo Fondo del Ser» es un término, descontaminado, de Paúl Tillich, para referirse a Dios, y también serviría para el «Yo-mismo del mundo» que uso en mi cuento para niños. Pero el secreto que mi fábula comunica a los niños es que el Ultimo Fondo del Ser es *usted*. No, por supuesto, ese usted de cada día que el Fondo está asumiendo o «simulando» ser, sino el Yo-mismo interior que escapa a toda inspección porque es siempre el inspector. He aquí, pues, el tabú de los tabúes: usted es Eso.

Sin embargo, en nuestra cultura esta sería la piedra de toque de la demencia, la más negra de las blasfemias, la más brutal de las falacias. Esto —se dice— es el colmo de la megalomanía: agigantar el ego hasta el absurdo total. Pues aunque cultivamos el ego por un lado, lo desmoronamos por el otro. De generación en generación aplastamos a nuestros hijos para enseñarles a «conocer su lugar» y a comportarse, sentir y pensar con la adecuada modestia que corresponde a un pequeño ego entre muchos otros. Como decía mi madre, «no eres el único guijarro en esta playa». Cualquier persona cuerda que cree ser Dios debe ser crucificado o quemado vivo, aunque ahora reina la opinión más caritativa de que ningún ser humano en su sano juicio podría creer tal tontería. Solo un pobre idiota llegaría a concebirse como rector omnipotente del mundo, y esperar que los demás le rindan culto.

Pero esto ocurre porque pensamos en Dios como Rey del Universo, ese Tecnócrata Absoluto que, personal y conscientemente, controla todos los detalles de su cosmos, y ese no es el Dios de mi cuento. De hecho, ese cuento no es *mío* en absoluto, pues cualquier estudiante de historia de las religiones sabrá que proviene de la antigua India, y es una forma mítica de expresar la filosofía Vedanta. Esta es la enseñanza de las *Upanishads*, colección de diálogos, historias y poemas cuyos pasajes más antiguos se remontan por lo menos al año antes de Cristo. Los hindúes sofisticados no piensan en Dios como en un superpersona separada que *rige* el mundo desde arriba, como un monarca. Su Dios se encuentra más «abajo» de «arriba», y él (o ello) *juega* al mundo desde dentro. Podríamos decir que, si la religión es el opio de los pueblos, los hindúes poseen la droga secreta. Además, ningún hindú puede advertir que él es Dios disfrazado sin ver al mismo tiempo que esto es verdad para todos y todo lo demás. En la filosofía Vedanta, nada existe, salvo Dios. *Parecen* existir otras cosas además de Él, pero solo porque Él está soñándolas y usándolas como disfraz para jugar al escondite consigo mismo. Por lo tanto, el universo de cosas aparentemente separadas es real solo por un momento, no eternamente, pues viene y va cuando el Yo-mismo se oculta y se encuentra a sí mismo.

Pero el Vedanta es mucho más que la idea o la creencia de que esto es así. Es, centralmente y sobre todo, la *experiencia*, el conocimiento inmediato de todo esto, y por eso constituye una subversión completa de nuestro modo ordinario de ver las cosas. Pone el mundo patas arriba. Algo parecido a un dicho que se atribuye a Jesús:

*Cuando hagas el dos uno, y lo de adentro como lo de afuera*
*y lo de abajo como lo de arriba*
*y lo de arriba como lo de abajo…*
*entonces entrarás (en el Reino)…*
*Yo soy la Luz que está sobre todos ellos, soy el Todo*
*el Todo que salió de mí y el Todo alcanzado por mí*
*Quiebra (un trozo de) madera y Yo estoy ahí;*
*levanta una piedra y allí me encontrarás.*

La disciplina Vedanta nos llega, hoy, después de siglos de compromiso con las formas, actitudes y símbolos de la cultura hindú, adquirido a lo largo de su florecimiento y suave declive posterior de aproximadamente 1800 años, zaherida por el fanatismo islámico y corrompida por el puritanismo inglés.

Suele objetarse, con razón, que el Vedanta significa poco y nada en Occidente, atrae principalmente a esa clase de gente diáfana y fastidiosamente espiritual para quien la encarnación en un cuerpo físico es, sencillamente, demasiado desagradable para que la soportemos de buen grado. Sin embargo, es posible expresar las bases del Vedanta en un idioma actual, y cuando esto se efectúa sin envolturas exóticas, sin palabras en sánscrito o poses de excesiva espiritualidad, el mensaje resulta no solo claro y aun para la gente que no manifiesta interés por las «religiones orientales» sino también el mismísimo empujón que necesitamos para proyectarnos fuera de nuestra solitaria sensación de Yo-mismo.

Pero no debemos confundir esto con nuestra concepción habitual del «desprendimiento», que es el esfuerzo por identificarse con los otros y sus necesidades, estando aún bajo la fuerte ilusión de no ser más que un ego en una envoltura de piel. Tal «desprendimiento» es más bien un egoísmo altamente refinado, comparable con aquel grupo «in» que juega al juego de «nosotros-somos-más-tolerantes-que-ustedes». El Vedanta no era originariamente moralista; no urgía a la gente a emular a los santos sin compartir sus motivaciones reales, o a imitar las motivaciones sin compartir el conocimiento que las iluminaba.

Por esta razón, el libro que yo pasaría a mis hijos no contendría sermones, «deberías» o «tendrías que». El amor genuino proviene del conocimiento, no del sentido del deber, o de la culpa. ¿Le gustaría a usted ser una madre inválida cuya hija no puede casarse porque siente que debería cuidarla a usted, y por lo tanto la odia? Yo no desearía decir cómo las cosas deben ser, sino más bien cómo son, y por qué las ignoramos tal cuales son. Usted no puede enseñar a un ego a ser otra cosa que egoísta, aun cuando los egos tienen las formas más sutiles de simular haberse corregido. La cosa básica, por lo tanto, es disipar por experiencia la ilusión de Yo-mismo como ego separado. Las consecuencias pueden parecerse bien poco a una conducta recta en el sentido de las líneas de moralidad *convencional*. Pueden murmurarse cosas como las que los burgueses dijeron de Jesús: «Miradlo. ¡Un glotón, un bebedor, amigo de los pecadores y los recaudadores de impuestos!»

Además, cuando se ve más allá de la ilusión del ego es imposible pensar en uno mismo como mejor o superior a los demás, por haberlo hecho así. En todas las direcciones solo existe el único Sí-mismo jugando sus miríadas de juegos de escondite. Los pájaros no son *mejores* que los huevos de los que han salido. Incluso podría decirse que un pájaro es la forma en que un huevo se convierte en otro huevo. Huevo es ego, y el pájaro el Sí-mismo liberado.

En un mito hindú, el Sí-mismo es presentado como un cisne divino, que puso el huevo del cual fue empollado el mundo. Pero yo no estoy, tampoco, diciendo que usted *debería* salir de su cápsula. Alguna vez, de algún modo, usted —el usted verdadero, el Sí-mismo— lo hará, aunque no es imposible que el juego del Sí-mismo consista en permanecer dormido dentro de la mayor parte de sus disfraces humanos, y así representar el drama de la vida en la tierra hasta el final, que sería una vasta explosión. Otro mito hindú afirma que, a medida que pasa el tiempo, la vida en el mundo se vuelve cada vez peor, hasta que al final el aspecto destructivo del Sí-mismo —el dios Shiva— baila una danza terrible que lo consume todo en llamas. Siguen —dice el mito — 4.320.000 años de paz total, durante los cuales el Sí-mismo es solamente él mismo y ya no juega al escondite. Y entonces recomienza el juego, presentándose como un universo de perfecto esplendor que solo empieza a deteriorarse después de 1.728.000 años, y cada periodo está concebido de modo que las fuerzas de la oscuridad se presentan solamente por un tercio del tiempo, disfrutando al final un triunfo breve y pasajero.

Hoy se calcula que tan solo la vida de este planeta abarca períodos mucho más largos, pero de todas las antiguas civilizaciones los hindúes tuvieron la visión más imaginativa del tiempo cósmico. Y, sin embargo, recuerden que esta historia de los ciclos de aparición y desaparición del mundo es mito, no ciencia; representación más que profecía. Es una forma de ilustrar la idea de que el universo parece un juego del escondite.

¿Si, entonces, no estoy diciendo que usted *debería* despertar de la ilusión del ego para salvar al mundo del desastre, por qué El Libro? ¿Por qué no sentarse y dejar que las cosas tomen su curso? Simplemente, porque yo escribiendo soy, también, parte de «las cosas tomando su curso». Como ser humano, es simplemente mi naturaleza disfrutar y compartir la filosofía. Hago esto en la misma forma en que algunos pájaros son águilas y otros palomas, algunas flores lilas y otras rosas. Me doy cuenta, también, de que cuanto menos predique, más me escucharan.

## *2. El Juego de Blanco y Negro*

Cuando nos enseñaron el 1, el 2 y el abecedario, muy pocos entre nosotros fueron informados sobre el Juego de Blanco y Negro. Es igualmente simple, pero pertenece al aspecto silenciado de las cosas. Consiste, primero, en que todos nuestros cinco sentidos son formas diferentes de un sentido básico, digamos el tacto. La vista es tacto de alta sensibilidad. Los ojos tocan, o sienten, ondas luminosas, y de ese modo nos permiten tocar cosas que están fuera del alcance de nuestras manos. Del mismo modo, los oídos tocan ondas sonoras en el aire, y la nariz pequeñas partículas de polvo y gas. Pero los complejos circuitos nerviosos que constituyen estos sentidos están compuestos de neuronas que son capaces de registrar solamente dos estados: «on» y «off». Para el cerebro central, la neurona individual señala *sí* o *no*, eso es todo.

Pero, como ocurre con las computadoras que emplean aritmética binaria, cuyas cifras únicas son 0 y 1, estos simples elementos pueden ser ordenados según las más complejas y maravillosas estructuras.

En este sentido, nuestro sistema nervioso y las computadoras 0-1 se parecen mucho a todo lo demás, pues el mundo físico es básicamente vibración. Podemos concebir esta vibración en términos de ondas o partículas, o tal vez ondículas, pero nunca encontraremos la cresta de una ola sin el consiguiente valle, o una partícula sin un intervalo, o espacio, entre sí misma y las demás. En otras palabras, no existe algo así como una media ola, o una partícula por sí sola, sin espacio alrededor. No hay *on* sin *off*, no hay arriba sin abajo.

Aunque los sonidos de alta vibración parecen continuos, suenan como puro sonido, no lo son. Todo sonido es en realidad sonido-silencio, solo que los oídos no registran esto, conscientemente, cuando la alternancia es demasiado rápida. La vibración es perceptible solamente, digamos, en las notas más bajas del teclado. La luz tampoco es pura luz, sino luz-oscuridad. La luz pulsa en ondas, con su esencial movimiento oscilatorio, y en ciertas condiciones la frecuencia de las vibraciones luminosas puede ser sincronizada con objetos que se mueven, de tal modo que estos últimos parecen estar quietos. Es por esto que las lámparas de arco no se usan en los molinos, pues

emiten luz en una pulsación que sincroniza fácilmente con la velocidad de las aspas, de modo que estas parecen estar inmóviles.

Mientras los ojos y oídos registran y responden realmente a ambos picos de estas vibraciones, la mente, esto es, nuestra atención consciente, nota solo el pico superior. El oscuro, silencioso, o intervalo *off*, es ignorado. Resulta casi un principio general que la conciencia ignora los intervalos, pero sin embargo no puede notar ningún pulso de energía sin ellos. Sí usted pone la mano en la rodilla de una chica atractiva y simplemente la deja ahí, ella tal vez no lo note. Pero si usted insiste en darle golpecitos en la rodilla, ella sabrá que usted está muy en la cosa, e interesadísimo. Pero ella percibe y, con un poco de suerte, valora más el *on* que el *off*. A pesar de lo cual, las únicas cosas que (creemos) existen son siempre *on-off*. No existen, separados, el pico positivo o el negativo.

Mucha gente cree que escuchar música es oír, simplemente, una sucesión de tonos, aislados o en armonías llamadas acordes. Si esto fuera verdad, como sucede en el caso excepcional de la gente que es sorda para los tonos, no oirían música en absoluto, ninguna clase de melodía: solo una sucesión de *ruidos*. Oír una melodía es percibir intervalos entre las notas, aun cuando usted pueda no darse cuenta, aun a pesar de que estos_curiosos intervalos no son meros períodos de silencio, sino «escalones» de variada longitud entre los puntos de la escala musical. Digamos que estos escalones o intervalos son espacios auditivos, para diferenciarlos de los «espacios espaciales», o distancias entre los cuerpos, o de los «espacios de tiempo» entre diversos acontecimientos.

Sin embargo, el hábito general de la atención consciente es, en varias formas, ignorar los intervalos. Mucha gente cree, por ejemplo, que el espacio es «simplemente nada», a menos que esté lleno de aire. Por lo tanto, se desconcierta cuando artistas o arquitectos hablan de tipos y propiedades de espacio, y más aun cuando los astrónomos y físicos mencionan cosas como el espacio curvo, el espacio en expansión, el espacio finito, o la influencia del espacio en la luz y en las estrellas. Por este hábito de ignorar los intervalos, no advertimos que, así como el sonido es en realidad una vibración de sonido y silencio, todo el universo (esto es, la existencia) constituye una vibración de sólido-espacio. Pues sólidos y espacios van juntos y son tan inseparables como los adentros y los afueras. El espacio es una *relación* entre los cuerpos, y sin él no puede haber energía ni movimiento.

Si consideramos un cuerpo, solo una única bola, sin espacio a su alrededor, no habrá modo de concebirlo o sentirlo como bola, o como

cualquier otra forma. Si hubiera pura nada fuera de él, no *habría* afuera. ¡Podría ser Dios, tal vez, pero nunca un verdadero cuerpo! Asimismo, si hubiera solamente espacio sin cosas dentro de él, no habría espacio en absoluto. Pues no existe otro espacio que el espacio *entre* las cosas, dentro o fuera de las cosas. Es por esto que el espacio es una relación entre los cuerpos.

¿Podemos imaginar un cuerpo solitario, la única bola en el universo, en medio de un espacio vacío? Tal vez. Pero esta bola no tendría energía ni movimiento. ¿En relación a *qué* podríamos decir que se mueve? Solo decimos que las cosas se mueven cuando las comparamos con otras que están relativamente quietas, pues el movimiento es moción-quietud. De modo que si tomamos dos bolas, notaremos que se acercan entre sí, o que se alejan una de otra. Claro, ahora hay movimiento. ¿Pero… cuál es la que se mueve? ¿Bola uno o bola dos; o ambas? No hay forma de aclararlo. Todas las respuestas son igualmente correctas, o erróneas. Ahora sumemos una tercera bola. Las esferas uno y dos se mantienen a la misma distancia una de otra, pero la número tres se acerca o se aleja de ellas. ¿Es realmente así? Las bolas uno y dos pueden estar moviéndose juntas, alejándose o acercándose a la número tres, o las bolas uno y dos estar moviéndose hacia tres, del mismo modo que tres se mueve hacia ellas; es decir, que todas están en movimiento. ¿Cómo podremos decidirlo? Una respuesta: las bolas uno y dos están juntas, forman un grupo y constituyen mayoría. Su voto decidirá, por lo tanto, cuál se mueve y cuál no. Pero si tres se les reúne puede «atarlas». Mientras las tres se mantengan a la misma distancia, el grupo como tal no puede moverse. Será incluso imposible para cualquiera de ellas decir a las otras dos, o para cualquier par de ellas decir a la tercera: «¿Por qué te la pasas siguiéndome (o *siguiéndonos) por todos lados?» Pues el grupo, como conjunto, no tendrá punto de referencia para saber si se mueve o no.*

Tomemos nota de que mientras dos únicas bolas se desplazan exclusivamente en línea recta, tres esferas pueden moverse en una superficie, pero no en tres dimensiones. Solo cuando agregamos una cuarta bola obtenemos la tercera dimensión, o «profundidad», y ahora parecería que nuestra bola puede mantenerse aparte de las otras tres, tener una visión objetiva de su conducta y actuar como árbitro. Sin embargo, una vez que agregamos la cuarta… ¿Cuál de ellas será el árbitro?, Cualquiera puede estar en la tercera dimensión con respecto a las otras tres. Esto podría ser llamado una «primera lección en relatividad», pues el principio permanece igual, cualquiera sea la cantidad de bolas que agreguemos, y por lo tanto, se aplica a

todos los cuerpos celestiales en este universo, y a todos los observadores de su movimiento, dondequiera que estén. ¡Cualquier galaxia o estrella, cualquier planeta o cualquier observador puede ser tomado como punto de referencia central, de modo que todo es central en relación a todo lo demás!

Ahora bien: en toda esta especulación, hemos olvidado una posibilidad. Supongamos que las bolas no se desplazan en absoluto, sino que es el espacio entre ellas quien se mueve. Después de todo, hablamos de una distancia (espacio) creciendo o decreciendo como si fuera una cosa que puede *hacer* algo. Este es el problema del universo en expansión. ¿Las otras galaxias se alejan de nosotros, o nosotros de ellas, o ambas cosas ocurren a la vez? Los astrónomos están tratando de reordenar el problema: dicen que el espacio mismo se está expandiendo. Pero, otra vez: ¿Quién puede decidirlo? ¿Qué se mueve, las galaxias o el espacio? El hecho de que no puede obtenerse ninguna determinación es, en sí mismo, la llave de la respuesta: no se trata de que ambos, las galaxias y el espacio, se estén alejando (como si fueran dos agentes distintos) sino de que algo que nosotros debemos llamar torpemente galaxias-espacio, o sólido-espacio, se está expandiendo en su totalidad.

El problema aparece cuando formulamos la pregunta en forma errónea. Supusimos que los sólidos eran una cosa y el espacio otra distinta, o simplemente «nada». Entonces se nos ocurrió que el espacio no podía ser meramente nada, puesto que los sólidos eran incapaces de existir sin él. Pero el error inicial residía en pensar en sólidos-espacios como cosas diferentes, en lugar de verlos como dos aspectos de una misma cosa. El caso es que son diferentes pero inseparables, como la mitad delantera y la mitad trasera de un gato. Sepárelas, y el gato morirá. Quite la cresta de la ola y tampoco habrá «valle».

Una solución similar se aplica al viejo problema de causa y efecto. Creemos que cada cosa y cada hecho deben tener una causa, esto es, alguna *otra* cosa(s) o hecho(s) que a su tumo será efecto de otras causas. Pero… ¿De qué modo una causa crea su efecto? Esta pregunta no es lo peor: si todo lo que yo hago o pienso es un conjunto de efectos, debe haber causas para todo ello, remontándose hacia un pasado infinito. Por lo tanto, no puedo evitar nada de lo que hago. Soy una simple marioneta, manejada por hilos que se han movido en otros tiempos, fuera del alcance de mi visión.

Este problema también proviene de una pregunta equivocada. Imaginemos a una persona que nunca ha visto un gato. Está mirando a través de un estrecho hueco en una cerca, y hete aquí que pasa un gato. Nuestro amigo ve primero la cabeza, luego la más informe masa peluda del tronco, y por fin la

cola. ¡Extraordinario! El gato da media vuelta y toma a pasar: otra vez él ve la cabeza, y poco tiempo después la cola. Esta secuencia comienza a parecerle algo regular y confiable. Una vez más, el gato gira en redondo y nuestro testigo anota la misma secuencia regular: primero la cabeza, luego la cola. Por lo tanto, concluye en que el evento *cabeza* es la causa invariable y necesaria del evento *cola*, a su vez efecto de la cabeza. Este absurdo trabalenguas proviene de la incapacidad de notar que la cabeza y la cola van juntas: constituyen un mismo gato.

El gato no nació como un cabeza que, algo después *causó* una cola; está hecho de una pieza, es un gato con cabeza y cola. El problema de nuestro observador es que miraba a través de una estrecha hendedura, y no podía ver el gato entero de una sola vez.

El angosto hueco de la cerca se parece mucho a la forma en que miramos la vida con nuestra atención consciente, pues, cuando prestamos atención a algo, ignoramos todo lo demás. La atención es una percepción restringida, un modo de mirar la vida trozo a trozo, usando la memoria para unir los trozos, como cuando examinamos un cuarto oscuro con una linterna de foco muy pequeño. La percepción así limitada tiene la ventaja de ser aguda y brillante, pero debe enfocar una zona del mundo después de otra, y una forma después de la otra. Cuando no hay formas, sino solo espacio o superficies uniformes, de algún modo se aburre y busca nuevas formas. La atención es, por lo tanto, algo así como el mecanismo perfilador del radar o la televisión; Norbert Wiener y sus colegas encontraron evidencias de que hay un proceso similar en el cerebro.

Pero un proceso que perfila el mundo pedazo a pedazo pronto persuade a su usuario de que el mundo *es* una gran colección de pedazos, y a estos él llama cosas o eventos. A menudo decimos que uno solo puede pensar en una cosa por vez. La verdad es que, mirando el mundo por pedazos, nos convencemos a nosotros mismos de que consiste en cosas separadas, y por lo tanto nos creamos el problema de averiguar cómo esas cosas están conectadas, y cómo se «causan» y «efectúan» unas a otras. El problema no habría surgido si hubiéramos advertido que solamente nuestra forma de mirar el mundo lo había desmenuzado en pedacitos: cosas, eventos, causas y efectos. No supimos notar que el mundo es de una sola pieza, tal como el gato con su cola y su cabeza.

También hablamos de nuestra atención como *notar*. Esto es, seleccionar, tomar parcelas de percepción, ciertas formas que nos rodean, como más significantes, más dignas de atención que otras. A ellas «atendemos». El resto

lo ignoramos, razón por la cual la atención consciente es, al mismo tiempo, ignorancia, a pesar del hecho de que nos da una pintura clara y vivida de cualquier cosa que decidamos notar. Físicamente, vemos, oímos, olemos, saboreamos y tocamos innumerables formas a las que, empero, no hemos notado. Uno puede guiar treinta millas, conversando todo el tiempo con su amigo. Lo que uno nota y recuerda es la conversación, pero de algún modo responde al camino, a los otros autos, a las luces del tránsito, y Dios sabe a qué más, sin realmente enfocarlo con la linterna mental. Así también, usted puede hablar a alguien en una fiesta sin recordar inmediatamente qué ropas estaba usando, porque no eran notables o significativas para usted. Sin embargo, sus ojos y nervios respondieron, sin duda, a estas ropas. Usted vio, pero realmente no miró.

Aparentemente, notamos las cosas a través de un doble proceso, en el cual el primer factor es una elección de lo que resulta interesante o importante. El segundo factor, trabajando simultáneamente con el primero, es la notación que necesitamos para cada cosa que puede ser notada. Notación es un sistema de símbolos: palabras, números, signos, simples imágenes (como cuadrados y triángulos), notas musicales, cartas, ideogramas (como en China) y escalas para dividir y distinguir variaciones de color o de tono. Estos símbolos nos permiten clasificar nuestros trozos de percepción. Son como etiquetas en los casilleros donde la memoria los distribuye; pero es muy difícil *notar* un trozo de percepción para el cual no hay etiqueta. Los esquimales tienen cinco palabras para diferentes tipos de nieve, porque viven en medio de ella y ella es importante para ellos. Pero el idioma azteca no tiene más que un mismo término para la nieve, la lluvia y el granizo.

¿Qué caracteriza a lo que elegimos para notar? Lo primero (que podremos calificar después) es aquello que resulta ventajoso o desventajoso para nuestra supervivencia, nuestro status social y la seguridad de nuestros egos. En segundo término, otra vez operando simultáneamente con el primero, está el diseño y la lógica interna de todos los símbolos de notación que hemos aprendido de nuestra sociedad y nuestra cultura. Naturalmente, es difícil notar cualquier cosa para la cual los lenguajes a nuestro alcance (sean verbales, matemáticos o musicales) no tienen descripción. De esta forma tomamos palabras de idiomas extranjeros. No hay vocablo inglés para un sentimiento que los japoneses llaman *yugen*. Solo podemos entenderla abriendo nuestras mentes a las situaciones en las cuales la gente japonesa usa dicha palabra.

Probablemente existan innumerables formas y dimensiones del mundo a las cuales nuestros sentidos responden sin nuestra atención consciente, para

no hablar de vibraciones (como los rayos cósmicos) cuyas longitudes de onda no podemos sintonizar. Percibir todas las vibraciones al mismo tiempo sería un pandemónium, como cuando uno golpea todas las teclas del piano al unísono. Pero hay dos factores postergados que pueden muy bien entrar en nuestro campo de atención; la ignorancia de ellos es fundamental en nuestra ilusión de ego y cimenta nuestra incapacidad para advertir que cada uno de nosotros es el Sí-mismo disfrazado.

El primero: soslayar que los llamados opuestos, como luz y oscuridad, sonido y silencio, sólido y espacio, *on* y *off*, dentro y fuera, aparecer y desaparecer, causa y efecto, son polos o aspectos de una misma cosa. Pero no tenemos una palabra para esa cosa, salvo conceptos vagos como Existencia, Ser, Dios, o el Último Fondo del Ser. En su mayoría, estos conceptos vegetan como nebulosas, sin que lleguen a convertirse en sentimientos o experiencias vitales.

El segundo, íntimamente ligado al anterior, es que estamos tan absortos en nuestra atención consciente, tan convencidos de que esta forma estrecha de percepción es no solo el modo real de ver el mundo, sino también la sensación genuina y básica de uno mismo como ser consciente, que terminamos completamente hipnotizados por esta visión inconexa del universo. Sentimos de veras que este mundo es, claramente, una armazón de cosas separadas que, de alguna manera, se han reunido, o quizá separado, y que cada uno de nosotros es solamente una de esas cosas. Las vemos a todas en su soledad: naciendo y muriendo solas, tal vez como pedazos o fragmentos de un conjunto universal, o como piezas de repuesto de una gran máquina. Raramente percibimos las llamadas cosas y sucesos «yendo-juntos», como la cabeza y la cola del gato, o como los tonos e inflexiones de una voz que canta: sube y baja, calla, susurra, brama. Pero es siempre la misma voz.

En otras palabras, habitualmente no jugamos el Juego del Blanco-y-Negro, el juego universal de arriba/abajo, *on/off*, sólido/espacio, uno/todos. En cambio, jugamos el juego de Negro-contra-Blanco, o, más a menudo, Blanco-contra-Negro. Pues, sobre todo, cuando el régimen de la vibración es lento, como en el día y la noche o la vida y la muerte, nos vemos obligados a vigilar el lado negro o negativo del mundo. Entonces, sin advertir la inseparabilidad de los polos negativos y positivos del ritmo, tememos que el Negro pueda ganar la partida. Pero el juego «Blanco-*debe*-ganar» ya no es tal. Se ha convertido en pelea, azuzada por una eterna frustración, pues estamos haciendo algo tan loco como tratar de quedarnos con las montañas y libramos de los valles.

La forma principal de esta pelea es Vida-contra-Muerte, también llamada batalla de la supervivencia, a la que no solo se supone real, sino también el más serio objetivo de todas las criaturas vivientes. Esta ilusión es mantenida (a) porque la pelea es temporariamente exitosa (seguimos viviendo, hasta que ya no seguimos) y (b) porque vivir exige esfuerzo e ingenuidad, aunque esto es también verdad para los juegos, diferenciados de las peleas. Hasta donde sabemos, los animales no viven en constante ansiedad sobre la enfermedad y la muerte, como nosotros, porque viven en el presente. A pesar de todo, luchan si tienen hambre o si son atacados. De cualquier modo, debemos ser cuidadosos en eso de tomar a los animales como modelos de comportamiento «perfectamente natural». Si «natural» significa «bueno» o «sabio», los seres humanos podrían aprender de los animales; no siempre lo hacen.

Lo que sí hacen los seres humanos, especialmente en la civilización Occidental, es crear un fantasma con la idea de la muerte. Esto tiene que ver con la popular creencia cristiana de que la muerte será seguida por el terrible Juicio Final, donde los pecadores serán entregados a los horrores temporarios del Purgatorio o a la eterna agonía del Infierno. Más usual, hoy en día, es el temor de que la muerte nos precipite en la eterna nada, como si pudiera haber algún tipo de experiencia en ello, algo así como ser enterrado vivo por siempre jamás. No más amigos, no más luz de sol ni trinos de los pájaros, no más amor o risa, no más océano ni estrellas: solo oscuridad sin fin.

*No te entregues a la buena noche…*
*lucha, lucha contra la muerte de la luz.*

La imaginación no puede captar la simple nada y debe, por lo tanto, llenar el vacío con fantasías, como en esos experimentos de privación sensorial donde los sujetos son suspendidos, sin peso, en habitaciones a prueba de sonido y luz. Cuando la muerte es considerada como victoria final de Negro sobre Blanco en la mortal batalla de «Blanco-*debe*-ganar», las fantasías que llenan el vacío se pueblan de vampiros. Aun nuestras imaginerías populares sobre el Cielo nos tranquilizan bien poco, porque la imagen habitual de Dios es la de un Abuelo muy serio y amenazador, entronizado en una iglesia colosal. Y, por supuesto, en la iglesia uno puede «regocijarse» decorosamente, pero no tener verdadera y ruidosa diversión.

*Oh, cuáles serán la alegría y la gloria*
*en esos eternos Sabatths que ven los benditos.*

¿Quién aspira a ser alojado en una iglesia, gastando un sobrepelliz y cantando «Aleluya» para siempre? Por supuesto, las imágenes son estrictamente simbólicas, pero todos sabemos cómo se sienten los chicos de cara al viejo Sabbath Protestante, y al Buen Libro de Dios, impreso en negro con su terrible tipografía. Los cristianos inteligentes superan esta mala imaginería, pero esta, por lo general en la niñez, se ha infiltrado en el inconsciente, y continúa contaminando nuestros sentimientos sobre la muerte.

Los sentimientos individuales hacia la muerte están condicionados por aptitudes sociales, y no sabemos si existe alguna emoción natural y congénita, conectada con el morir. Por ejemplo, antes se suponía habitualmente que el parto *debería* ser doloroso, como castigo por el Pecado Original, o por haberse divertido tanto en el momento de concebir al bebé. Pues Dios dijo a Eva y a todas sus hijas: «Con pena traerás al mundo a tus niños». Por eso, cuando todo el mundo pensaba que mientras nacía un niño el deber de una mujer era sufrir, las mujeres cumplían con su deber, y algunas todavía lo hacen. Nos sorprendimos muchísimo, por tanto, cuando encontramos mujeres, en las sociedades «primitivas» que podían simplemente echarse y parir mientras trabajaban en los campos: cortar el cordón umbilical, envolver al niño y seguir su camino. No se trata de que estas mujeres fueran más fuertes que las nuestras: simplemente, tenían una actitud distinta. Pues nuestros propios ginecólogos han descubierto que muchas mujeres pueden ser psicológicamente condicionadas para un parto natural e indoloro. Los dolores del trabajo de parto son rebautizados con el nombre de «tensiones», y la parturienta recibe un entrenamiento preparatorio para relajar la tensión y cooperar en el nacimiento. El parto, se le dice, no es una enfermedad. Hay que ir al hospital solo en caso de que algo funcione mal, por lo que muchos ginecólogos de vanguardia prefieren que sus pacientes den a luz en sus casas.

La muerte prematura puede ser el resultado de una enfermedad, pero —como el nacimiento— la muerte, como tal, no es en absoluto una enfermedad, sino el fin natural y necesario de la vida humana; tan natural como que las hojas caigan en otoño. Las hojas eternas están, como sabemos, hechas de plástico, y llegará el tiempo en que los cirujanos podrán también reemplazar todos nuestros órganos con sustitutos de plástico, de modo que alcancemos la inmortalidad convertidos en modelos plásticos de nosotros mismos. Los médicos harían mejor en tratar a la muerte y sus angustias como trataron al parto y sus tensiones.

Después de todo, es la muerte un gran acontecimiento. Mientras no parece inminente, nos jaqueamos a nosotros mismos y gravamos nuestras vidas con

una ansiedad crónica, de alguna manera empotrada en el fondo de la mente. Pero en el momento en que pensar en la muerte no es del todo descabellado, las circunstancias serían ideales para entregarse plácidamente. Cuando esto ocurre, el individuo es librado de su prisión-ego. En el curso normal de los acontecimientos, esta es una dorada oportunidad, para despertar al conocimiento de que el «Yo-mismo» de cada uno es, en realidad, el Sí-mismo que juega al universo: ocasión de gran regocijo. Pero, según las costumbres actuales, los doctores, las enfermeras y los parientes rodean al moribundo diciéndole que pronto saldrá de esta, que la próxima semana o el mes que viene estará de regreso en casa, o tomando vacaciones en la playa. Peor aún, los médicos no tienen la función, ni el entrenamiento, de vérselas con la muerte. Un sacerdote católico está en mejores condiciones: por lo general sabe cómo tratar el asunto, sin balbucear ni andarse con rodeos. Pero el médico —se supone— debe vencer a la muerte a cualquier precio, incluyendo los ahorros de toda la vida del paciente y su familia.

Ananda Cumaraswami dijo una vez que preferiría morir diez años demasiado temprano antes que diez minutos demasiado tarde, es decir demasiado decrépito o drogado para aprovechar la oportunidad de entregarse, de echarse deliberadamente. «Rezo —solía decir— para que la muerte no me atrape no-aniquilado», esto es, antes de que yo mismo me entregue. Esta es la razón por la que Gurdjeff, ese maravilloso y sabio bribón, escribió en su *All and Everything*:

> El único modo, ahora, de salvar a los habitantes del planeta Tierra, sería implantar en sus cuerpos un nuevo órgano… de tales propiedades que cada uno de estos infortunados, durante el proceso de existencia, sintiera constantemente, y a conciencia, la inevitabilidad de su propia muerte, así como la muerte de cada uno sobre el cual se posan sus ojos, o se fija su atención.
>
> Solo tal sensación y semejante conocimiento puede ya destruir al egoísmo, completamente cristalizado en ellos.

Tal como actualmente vemos a la muerte, esto parece una prescripción para la pesadilla. Pero la constante conciencia de la muerte nos muestra un mundo tan fluyente y diáfano como esas delgadas volutas de humo azul que se disipan en el aire; ya no hay garra, ni a quien agarrar. Esto solo es deprimente mientras subsiste la noción de que debería haber alguna forma de fijar la vida, o postergar la muerte una vez más, o imaginar que uno tiene, o es, alguna clase de ego-alma que sobrevivirá a la disolución corporal. No estoy diciendo que *no hay* continuidad personal más allá de la muerte: solo que creerlo nos esclaviza.

Del mismo modo, esto no significa que no *deberíamos* temer a la muerte, así como no he dicho que deberíamos dejar de ser egoístas. Suprimir el temor a la muerte lo hace todo más firme. El punto crucial es saber, fuera de toda sombra de duda, que «Yo» y todas las otras «cosas» ahora presentes desapareceremos: este conocimiento lo impele a uno a abandonarlas, a saberlo *ahora* tan seguramente como si recién hubiera caído dentro del Gran Cañón. Por cierto, usted fue arrojado a un precipicio cuando nació, y no tiene objeto aferrarse a las piedras que caen con usted. Si usted tiene miedo a la muerte, *téngalo.* El asunto es asumirlo, dejar que se apodere de uno: temor, fantasmas, dolores, transitoriedad, disolución, todo. Y entonces viene la —hasta ese momento— increíble sorpresa: usted no muere porque usted nunca nació. Simplemente, usted había olvidado quién era.

Todo esto sucede mucho más fácilmente con la colaboración de amigos. Cuando somos niños, nuestros propios Yo-mismos, nuestras familias, amigos y maestros hacen todo lo posible para confirmar la ilusión de separatidad, para ayudarnos a ser auténticos fraudes, que es justamente lo que significa «ser una persona real». Pues la persona, del latín *Persona*, era originariamente esa máscara de boca megafónica que usaban los actores en los teatros al aire libre de la antigua Grecia y Roma, la máscara a través (per) de la cual fluía el sonido (sonus). En la muerte, nos despojamos de la *Persona*, así como los actores se quitan sus máscaras y trajes en los camerinos, o entre bastidores. Y tal como sus amigos acuden a los camerinos para felicitarles por su actuación, nuestros propios amigos deberían reunirse en torno al lecho de muerte para ayudar a quien va a salir de su mortal papel, para aplaudir el *show* y, aún más, para celebrar con champagne o sacramentos (de acuerdo al gusto) el gran despertar de la muerte.

Hay muchas otras formas en las cuales el juego de *Negro y Blanco* se convierte en el juego de «Blanco-*debe*-ganar» y, como la batalla por la supervivencia, esas formas descansan en la ignorancia de la interdependencia de los dos aspectos. Curiosamente, esto es también parte del mismo Juego de Negro y Blanco, pues olvidar o ignorar esa interdependencia equivale al escondite del juego. ¡Esconder y encontrar es, a su vez, el Juego de Negro y Blanco!

Como ilustración, podemos incursionar en un aspecto de la ciencia ficción que se está convirtiendo rápidamente en un hecho científico. La ciencia aplicada puede ser descrito como el juego «orden-versus-cambio» (tal vez «orden-versus-azar») particularmente en el dominio de la cibernética, ciencia del control automático. Por medio de la predicción científica y sus

aplicaciones técnicas, estamos tratando de lograr el máximo control sobre nuestro medio ambiente y sobre nosotros mismos. En medicina, comunicaciones, producción industrial, transporte, finanzas, comercio, vivienda, educación, psiquiatría, criminología y derecho, intentamos idear sistemas a prueba de tontos, para libramos de toda posibilidad de error. Nuestra poderosa tecnología se complica más, cuanto más urgente es la necesidad de controles, como esas precauciones de seguridad que requiere el vuelo en jets, y, más interesante aún, esas consultas entre técnicos de los Poderes Atómicos, para asegurarse de que nadie puede apretar el Botón por error. El uso de poderosos instrumentos, con sus vastas potencialidades, para cambiar al hombre y su ambiente, exige más legislación, nuevas licencias y mejor administración, y por lo tanto nuevos y complejos procedimientos de inspección y registro. Algunas grandes universidades, por ejemplo, tienen vicepresidentes a cargo de las relaciones con el gobierno, y populosos equipos de secretarias para mantener al día la masa de documentación. A veces, el trabajo de registro sobre todo lo que se hace parece ser más importante que lo que se hace. Las fichas de los estudiantes, en los archivos, se mantienen por lo general en cajas fuertes y muebles de metal, pero no ocurre lo mismo con los libros en la biblioteca, a menos que sean extremadamente raros o peligrosos. Así, también, el edificio de la administración se convierte en la más grande e impresionante estructura del campus, y los docentes descubren que cada vez más tiempo del que disponen para enseñar e investigar debe ser consumido en reuniones de comités, o en la tarea de llenar formularios para los mecanismos que mantienen la institución en funcionamiento.

Por las mismas razones, es cada vez más difícil operar un pequeño negocio que no puede afrontar el costo de la documentación legal y financiera que, ahora, deben respetar hasta las empresas más simples. Una fácil comunicación a través de medios de masas como la televisión, la radio, libros y periódicos, permite a un individuo solo, articulado, llegar a millones. También el teléfono y el correo permiten que una formidable fracción de esos millones le responda, lo cual puede ser halagüeño y agradable, excepto que no hay forma de dar respuestas individuales, especialmente cuando los corresponsales piden consejo para problemas personales o especializados. Solo el Presidente o el Primer Ministro o las cabezas de grandes corporaciones pueden mantener el equipo y la maquinaria que requiere tan vasta programación.

La velocidad y eficiencia del transporte por supercarreteras y aire, en muchas formas, restringe la libertad de viaje. Es cada vez más difícil hacer

una caminata, excepto en «reservaciones para merodeadores», como los parques públicos. Pero el parque más cercano a mi casa tiene, a la entrada, una cerca cubierta de carteles que dicen: *No hacer fuego, No traer perros, No cazar, No acampar, Prohibido fumar, No montar a caballo, No nadar, No lavar* (nunca entendí este) y *Pícnics exclusivamente en áreas indicadas*. Millas de lo que antes eran playas accesibles y gratuitas, son ahora parques estatales que cierran a las 6 PM, de modo que nadie puede acampar allí para darse un atracón de luna. Tampoco puede uno nadar fuera de una franja de cien yardas, vigilada por un guardia, ni aventurarse más de unos pocos cientos de pies dentro del agua. Todo por la causa de «la seguridad primero»; una vida a prueba de tontos.

Haga la prueba de pasar un rato, por la noche, en una bella zona residencial de América. Si puede trasponer las cercas alambradas que cierran las carreteras, y vagabundea por un agradable prado, pronto lo interrogarán desde un coche patrullero: «¿Adónde va?» El paseo sin motivo es sospechoso e irracional. Usted es probablemente un vago o un ladrón. ¡Ni siquiera está paseando a su perro! «¿Cuánto dinero lleva?» Seguramente, usted debería haberse pagado un boleto de ómnibus, y si tiene poco o ningún dinero encima, es decididamente un estorbo y un pordiosero. Cualquier marido infiel se dirigiría a su discreto apartamento en un Cadillac.

Viajar en orden, ahora, significa ir a la máxima velocidad dentro de la seguridad desde un punto a otro; pero la mayor parte de los puntos asequibles están cada vez más taponados con gente y autos estacionados, y por lo tanto no vale la pena verlos; por parecidas razones es siempre inconveniente hacer negocios en los centros de nuestras grandes ciudades. Un viaje real requiere el máximo de vagabundeo no-planificado, pues no hay otra forma de descubrir sorpresas y maravillas, las cuales, tal como yo lo veo, son la única buena razón para no quedarse en casa. Como ya he sugerido, las intercomunicaciones rápidas entre diversos puntos están haciendo que todos los puntos sean el mismo punto. Waikiki Beach es, simplemente, una versión mestiza de Atlantic City, Brighton y Miami.

A pesar del hecho de que ocurren más accidentes en el hogar que en ninguna otra parte, la creciente eficiencia de la comunicación y el control de la conducta humana puede, en lugar de liberarnos en el aire como pájaros, fijamos al suelo como setas. Toda información nos llegará por la superrealista televisión y otros aparatos electrónicos, cuando las cosas apenas están en su etapa de planeamiento, o siendo imaginadas. En cierto modo, esto permitirá al individuo desplazarse a cualquier lugar sin mover su cuerpo, aun hacia

distintas regiones del espacio. Pero este será un nuevo tipo de individuo, un sujeto provisto de un sistema nervioso externo colosal, volcándose más y más hacia afuera, hasta el infinito. Y este sistema nervioso electrónico estará tan interconectado que todos los individuos ligados tenderán a compartir los mismos pensamientos, sentimientos y experiencias. Habrá, tal vez, tipos humanos especializados, así como hay células y órganos especializados en nuestros cuerpos. Regirá la tendencia de que todos los individuos se coaliguen en un único cuerpo bio-electrónico.

Considérense los asombrosos medios ahora fabricados para curiosear, los aparatos ya en uso en oficinas, fábricas, negocios, y en líneas de comunicación como el correo y el teléfono. A través del transistor y las técnicas miniaturizadas, estos aparatos se hacen cada vez más invisibles y sensibles a los impulsos eléctricos. Todo esto conduce al fin de la intimidad personal, hasta el punto en que será imposible aun reservar los propios pensamientos. Al final del proceso, nadie conserva una mente propia: existe solamente esa vasta y compleja mente-comunitaria, dotada —tal vez— de poderes tan fantásticos de control y predicación que conocerá su propio futuro por años y años en el porvenir.

Ahora bien: cuanto más segura y vívidamente conoce usted el futuro, más puede decir que ya lo ha vivido. Cuando el resultado de un juego es conocido, lo abandonamos e iniciamos otro. Por esto es que mucha gente se resiste a que le digan la fortuna: no porque la buenaventura sea pura superstición, o porque las predicciones podrían resultar horribles, sino, simplemente, porque cuanto mejor conoce uno el futuro, menos sorpresa y menos gracia tiene vivirlo.

Permitámosnos una fantasía más, en el mismo sentido. La Tecnología debe tratar de mantener un equilibrio entre la población humana y los recursos consumibles. Esto requerirá, por un lado, un juicioso control de la natalidad y, por el otro, el desarrollo de nuevos tipos de comida a partir de la tierra, el océano y el aire, sin duda incluyendo la reconversión del excremento en materia nutritiva. Pero en cualquier sistema de este tipo hay una pérdida gradual de energía. Cuando los recursos flaquean, la población debe menguar proporcionalmente. Si, a esta altura, la raza se siente como una mente-cuerpo única, este superindividuo se verá a sí mismo empequeñecerse hasta que la última boca termine de roer el último mendrugo. También puede ocurrir que, mucho antes de eso, la gente se convierta en perdurables réplicas plásticas que ya no necesitan comer. ¿Pero no será esto lo mismo que la muerte de la raza, cuando nada exista, salvo vacíos ecos plásticos de nosotros mismos, reverberando a través del tiempo?

Para la mayoría de los que vivimos hoy, todas estas fantasías sobre el futuro parecen de lo más objetables: la pérdida de intimidad y libertad, la restricción de los viajes, y las conversiones progresivas de la carne y la sangre, la madera y la piedra, la fruta y el pescado, la vista y el sonido, en reproducciones plásticas, sintéticas y electrónicas. En forma creciente, el artista y el músico se apartan de los trabajos haciendo reproducciones cada vez más fieles y baratas de sus obras originales. ¿Reemplazará la reproducción en este sentido a la reproducción biológica basada en la fisión celular y la unión sexual? Abreviando: ¿El próximo paso en la evolución será la transformación del hombre en meros circuitos electrónicos?

Todas estas eventualidades pueden parecer tan remotas como para resultar indignas de preocupación. Sin embargo, en muchos aspectos ya están con nosotros y, como ya hemos visto, la velocidad del cambio técnico y social se acelera más de lo que nos gusta admitir. La popularidad de la ciencia ficción certifica una muy extendida fascinación por tales asuntos, y la ciencia ficción no es más que un comentario del presente, desde que uno de los mejores modos de entender lo que ocurre hoy es extenderlo al mañana. ¿Cuál es la diferencia entre lo que *ocurre* por un lado, y la dirección de su movimiento por el otro? Si yo estoy volando de Londres a Nueva York, *estoy* yendo hacia el Oeste, aun antes de alejarme de la costa inglesa.

La ciencia ficción y su reciente popularidad tienen, entonces, dos importantes moralejas. La primera es que el juego de orden-contra-cambio consiste en continuar *como* juego: el orden *No Debe* ganar. A medida que aumentan el control y la predicción, proporcionalmente, el juego deja de valer la pena. Buscamos un juego nuevo de incierto resultado. En otras palabras, debemos jugar al *escondite* otra vez, tal vez en una nueva forma, y entonces buscar, también en nuevas formas, pues las dos cosas juntas constituyen la danza y la maravilla de la existencia. En sentido contrario, el azar *No Debe* ganar, y probablemente no puede, pues la polaridad orden-azar parece ser del mismo tipo de la *on-off* y la arriba-abajo. Algunos astrónomos creen que nuestro universo empezó con una explosión que lanzó todas las galaxias al espacio, donde, a través de la entropía negativa, se disolverán para siempre en informe radiación. No puedo pensar de ese modo. Es, supongo, mi axioma metafísico básico, mi «profesión de fe», que lo que ocurrió una vez siempre puede volver a suceder. No en el sentido de que hay tiempo antes de la primera explosión, y tiempo después de la disolución final, sino que el tiempo (como el espacio) se curva sobre sí mismo.

Esta convicción es reforzada por la segunda moraleja de estas fantasías, que es aún más sorprendente. Aquí se aplica el proverbio francés *Plus ça change, plus c'est la meme chose*: cuanto más cambia, más es la misma cosa. El cambio es en cierto sentido una ilusión, pues *¡Siempre estamos en el punto en que cualquier futuro puede ocurrirnos!* Si la raza humana desarrolla un sistema nervioso electrónico, fuera de los cuerpos individuales, dándonos a todos una mente y un cuerpo globales, esto es casi exactamente igual a lo que ocurrió con la organización de células que compone nuestros propios cuerpos. Ya lo hemos hecho antes.

Además, nuestras células corporales, y sus menores componentes, aparecen y desaparecen muy en el estilo de las ondas vibratorias de luz, y del mismo modo en que la gente va del nacimiento a la muerte. Un cuerpo humano es como un remolino, parece haber una forma constante, llamada remolino, pero funciona por la propia razón de que ningún agua *queda* en ella. Las propias moléculas y átomos del agua son «remolinos», patrones de movimiento que no contienen ninguna sustancia constante o irreductible. Toda persona es la forma tomada por una corriente, un maravilloso torrente de leche, agua, pan, bistecs, fruta, vegetales, aire, luz, radiación; y todas estas cosas son a su vez, o por su cuenta, corrientes. Lo mismo ocurre con nuestras instituciones. Hay una «constante» llamada Universidad de California, en la cual nada se queda quieto: estudiantes, cátedra, administradores y aun edificios vienen y van, dejando a la universidad solo como un proceso continuo, un diagrama de conducta.

En cuanto a los poderes de predicción y control, el organismo individual los ha realizado ya en una medida que debe haber asombrado a las neuronas cuando aprendieron el truco por primera vez. Y si nosotros nos reproducimos a nosotros mismos en términos de diseños o circuitos mecánicos, plásticos y electrónicos, esto no es realmente nuevo. Cualquier especie en evolución debe contemplar con reservas a los primeros miembros que muestran signos de cambio, y los considerará seguramente peligrosos o locos. No obstante, este nuevo e inesperado tipo de reproducción no es más extraño, sin duda que algunos métodos entre la gran variedad ya conocida en el mundo biológico: las asombrosas transformaciones de la oruga en mariposa, el acuerdo entre abejas y flores, el desagradable pero maravillosamente complejo sistema del mosquito anófeles.

Si todo esto termina con la raza humana, sin dejar en el universo más huella que un sistema de circuitos electrónicos… ¿Por qué deberíamos preocuparnos? *¡Eso es exactamente lo que somos ahora!* Carne o plástico,

inteligencia o mecanismos, nervio o cable, biología o física, todo parece remitirse a esta fabulosa danza electrónica que, a nivel macroscópico, se presenta como el conjunto general de formas y «sustancias».

Pero el problema subyacente de la cibernética, que la convierte en un interminable éxito-fracaso, es controlar el propio proceso de control. El poder no es idéntico a la sabiduría. Yo podría tener una virtual omnipotencia en el gobierno de mi cuerpo y mi ámbito físico. ¿Pero cómo voy a controlarme a mí mismo para evitar cualquier locura o error en su uso? Genéticos y neurólogos pueden llegar a producir cualquier tipo de carácter humano que se les solicite. ¿Pero cómo podrán saber qué tipos de carácter serán necesarios? La situación de una cultura de pioneros exige individualistas recios y agresivos, mientras que la cultura urbano-industrial requiere trabajadores de equipo, sociables y cooperativos. A medida que el cambio social se acelere… ¿Cómo harán los genetistas para prever las adaptaciones de gusto, temperamento y motivación que serán necesarias dentro de veinte o treinta años? Todo acto de interferencia con el curso de la naturaleza la altera en formas impredecibles. Un organismo humano que ha absorbido antibióticos no es la misma clase de entidad que era antes, porque la conducta de sus microorganismos ha sido alterada significativamente. Cuanto más se interfiere, más se debe analizar un volumen siempre creciente de información detallada sobre los resultados de la interferencia, en un mundo cuyos infinitos detalles están inextricablemente entretejidos. Esta información, aun en las ciencias especializadas, es ya tan vasta que ningún individuo tiene tiempo material para leerla; ni hablemos de comprenderla.

Solucionando problemas, la tecnología crea nuevos problemas, y parecemos, como en «A través del espejo», seres que corren más y más rápido para quedarse donde están. La cuestión es, entonces, si el progreso técnico «nos lleva a alguna parte», en el sentido de aumentar el placer y la felicidad de la vida. Sin duda, hay una especie de sensación de regocijo o alivio en el momento del cambio, como en los primeros tiempos del teléfono, la radio, la televisión, el vuelo a reacción, las drogas milagrosas, o las máquinas de calcular. Pero demasiado pronto estas nuevas contribuciones se tornan rutinarias, y nos encontramos oprimidos por las flamantes complicaciones que han traído con ellas. El exitoso rector de un colegio me comentó una vez: «¡Estoy tan ocupado que tendré que conseguir un helicóptero!». «Bueno —respondí— estarás a la cabeza mientras seas el único presidente que lo tiene. Pero mejor no lo compres. Todo el mundo esperará más de ti».

El progreso técnico es, por cierto, impresionante, desde el punto de vista del individuo, es decir, a corto alcance. Hablando como cualquier viejo en los años 60, Sir Cedric Hardwicke dijo que lamentaba no haber vivido en la Era Victoriana, pero con penicilina. Yo también agradezco no tener que someterme a la medicina y a la odontología de mi infancia, aunque me doy cuenta de que los avances en un campo están ligados con avances en todos los otros. No podríamos tener penicilina o anestesia modernas sin aviación, electrónica, comunicación de masas, supercarreteras y agricultura industrial, para no mencionar la bomba atómica y el armamento biológico.

Adoptando, entonces, una visión más ancha y larga de las cosas, todo el proyecto de «conquistar la naturaleza» parece cada vez más un espejismo, un aumento en el ritmo de la vida sin cambio fundamental de posición, como sugería la Reina Roja. El proceso técnico se convierte en una forma de «estancamiento rápido», por la ilusión básica de que el hombre y la naturaleza, el organismo y el medio ambiente, el controlador y lo controlado, son cosas diferentes. Podríamos «conquistar» la naturaleza si pudiéramos primero, o al mismo tiempo, conquistar nuestra propia naturaleza, aunque no comprendiéramos que la naturaleza humana y la naturaleza «exterior» son una sola pieza. Del mismo modo, ignoramos que «Yo» como conocedor soy el mismo tío que «yo mismo», como algo que será controlado y conocido. El mecanismo de alimentación de lo autoconsciente en el córtex nos facilita la alucinación de que somos dos almas en un solo cuerpo, el alma racional y el animal, un jinete y un caballo, un buen sujeto con buenos instintos y mejores sentimientos y un canalla con sensualidad rapaz y pasiones indebidas. He aquí esas hipocresías maravillosamente entretejidas de la culpa y la penitencia, las temerosas crueldades del castigo, el auto-tormento que proviene de tomar partido por el alma buena, contra la mala. Cuanto más se alía consigo misma, más desnuda el alma buena su inseparable sombra, y cuanto más se despoja de su sombra, más se convierte en ella.

Así es que por miles de años la historia humana ha sido un conflicto magníficamente fútil, un bello panorama de triunfos y tragedias basados en el rotundo tabú que prohíbe admitir que el negro implica al blanco. Nada, tal vez, llegó nunca a ninguna parte en forma tan fascinante. Como cuando Tweedledum y Tweedledee *acordaron* librar una batalla, el truco esencial del Juego de Blanco y Negro es una conspiración tácita, entre los compañeros, para ocultar su unidad, y parecer tan diferentes como sea posible. Es una pelea ficticia, tan bien representada que el público la cree real. Escondida en las diferencias explícitas reposa la implícita unidad de lo que el Vedanta

llama el Sí-mismo, el Uno-no-secundado, lo *Que* es y *Todo* lo que es, que se oculta en la forma de usted.

Si, entonces, existe esta básica unidad entre el uno y el otro, individuo y universo… ¿Cómo se han vuelto nuestras mentes tan estrechas que nosotros lo ignoramos?

## *3. Cómo ser un autentico fraude*

El gato ya ha saltado de la bolsa. La información secreta consiste en que usted, «el pequeño yo» que «vino a este mundo» y vive temporariamente en una envoltura de piel, es una trampa y un fraude. El hecho es que, como ninguna cosa o forma en este universo es separable del todo, el único Usted real, o Sí-mismo, es el todo. En adelante, este libro intentará dejar esto tan claro que usted no solo lo entienda verbalmente, sino que *sienta* el hecho. El primer paso es comprender, tan vívidamente como le sea posible, cómo funciona la trampa.

Primero debemos prestar atención a la forma y conducta de la trampa misma. He estado investigando durante años cómo la gente experimenta, o siente, su propia existencia: ¿Qué sensaciones les sugiere la palabra «Yo»? ¿Para *qué* la emplean?

Poca gente parece usar esa palabra para significar el conjunto de su organismo físico. «Yo tengo un cuerpo» es más común que «Yo soy un cuerpo». Hablamos de «mis» piernas como si dijéramos «mis» ropas, y el «Yo» parece quedar intacto si las piernas son amputadas. Decimos: «Yo hablo, yo camino, yo pienso, y también yo respiro». Pero no decimos: «Yo doy forma a mis huesos, yo crezco las uñas, yo circulo la sangre». Parece que usamos «Yo» para algo que está *en* el cuerpo pero no es realmente *de* el cuerpo, pues mucho de lo que sucede en el cuerpo parece ocurrirle a «Yo», del mismo modo que los eventos externos. «Yo» significa el centro de la conducta voluntaria y de la atención consciente, pero no siempre. Respirar es solo parcialmente voluntario, y decimos «Yo estuve enfermo» o «Yo soñé», o «Yo me quedé dormido» como si los verbos fueran también activos. Además de esto, «Yo» se refiere usualmente a un centro del cuerpo, pero gentes distintas lo sienten en variados lugares. Para algunas culturas, está en la región del plexo solar. El chino *Hsin*, el corazón-mente o alma, se encuentra en el centro del pecho. Pero la mayor parte de los occidentales localizan el ego en la cabeza, desde cuyo centro emana el resto de nosotros. El ego está en cierto punto detrás de los ojos y entre las orejas. Es como si se instalara en nuestro cráneo un oficial de control, con sus auriculares ajustados sobre las orejas y un aparato de televisión conectado a sus ojos. Frente a él se alza un enorme panel de diales y botones, en circuito con todas las demás partes del

cuerpo, que remiten información consciente o responden a los deseos del oficial.

Este oficial de control «ve» visiones, «oye» sonidos, «siente» sentimientos, y «tiene» experiencias. Todas estas son formas de hablar usuales pero redundantes, pues ver una visión es simplemente ver, oír un sonido es simplemente oír, sentir un sentimiento es simplemente sentir, y tener una experiencia es simplemente experimentar. Pero estas frases redundantes son muy usadas, y ello demuestra que la mayoría de la gente piensa en sí misma como separada de sus pensamientos y experiencias. Todo esto puede volverse maravillosamente complicado cuando empezamos a preguntarnos si nuestro oficial tiene otro oficial dentro de *su* cabeza, y así seguimos *ad infinitum*.

*Había una vez un joven que dijo:*
*«aunque parece que yo sé que yo sé,*
*lo que me gustaría ver*
*es el "yo" que "me" conoce,*
*cuando yo sé que yo sé que yo sé».*

Uno de los instrumentos más importantes en el equipo de nuestro oficial es su sistema de grabación y archivo, la memoria que «consulta» constantemente para saber cómo interpretar y responder a su información sensorial. Sin este equipo, no podría tener sensación de constancia, de ser el *mismo* oficial que era hace algunos segundos. Aunque los registros de la memoria son mucho más fluidos y escurridizos que un film fotográfico o una cinta magnética, la acumulación de recuerdos es una parte esencial de la sensación de ego. Da la impresión de que uno mismo, el oficial, es algo que permanece mientras la vida pasa, como si el Yo-mismo consciente fuera un espejo fijo que reflejara una procesión. Esto acentúa, luego, el sentimiento de separatidad, de que uno mismo cambia a un paso algo más lento que los eventos exteriores y los pensamientos interiores, que luego parece mantenerse a un costado de ellos, como observador independiente. Pero los recuerdos persisten, así como persiste el remolino. La atención consciente parece hojearlos, como las computadoras revisan sus cintas en perpetua rotación, o algún otro mecanismo de archivo de la información. La memoria es una forma persistente de movimiento (como el remolino) más que una sustancia permanente, como ser un espejo, una tableta de cera, o una hoja de papel. Si los recuerdos se conservan en neuronas, no existe ese mantenerse aparte de la corriente de sucesos, pues las neuronas fluyen en la misma corriente que los

sucesos exteriores a nuestro cráneo. Después de todo, las neuronas de ustedes son parte de mi mundo exterior, y las mías del vuestro. Todos vuestros interiores están afuera, allí en el mundo físico. Pero, en sentido contrario, el mundo exterior no tiene color, forma, peso o movimiento sin sesos que lo sintonicen. Tiene estas cualidades solamente *en relación* con cerebros que son, a su vez, miembros suyos.

Dondequiera que la gente sienta que el ego está ubicado, lo identifique mucho o poco con el cuerpo físico, casi todos concuerdan en que «Yo» *no es* algo exterior a la piel. Como el Rey Juan, de Shakespeare, dice a Huberto: «Tras este muro de carne hay un alma que es su acreedora». La piel es siempre considerada como muro, barrera o límite que, decididamente, separa a uno mismo del mundo, a pesar de que está cubierta de poros que respiran aire y terminaciones nerviosas que acumulan información. La piel informa tanto hacia dentro como hacia fuera; es más un puente que una barrera. A pesar de todo, es nuestra firme convicción que más allá de este «muro de carne» reina un mundo ajeno, ligeramente interesado en nosotros, de modo que se requiere mucha energía para atraer su atención, o para cambiar su comportamiento. Estaba ahí antes de que nosotros naciéramos, y seguirá ahí cuando muramos. Vivimos en él, temporariamente, como fragmentos intrascendentes, desconectados y solos.

Toda esta ilusión tiene su historia en las formas de pensar, en las imágenes, modelos, mitos y sistemas lingüísticos que hemos usado durante miles de años para dar sentido a este mundo. Estos han tenido un efecto en nuestras percepciones que parece ser de carácter hipnótico. Es *hablando* que una hipnosis produce ilusiones y extraños cambios de conducta en sus víctimas: hablando, en alianza con una laxitud de la atención consciente del sujeto. El ilusionista, también, efectúa gran parte de sus juegos de magia por medio de la charla y la desviación de la atención. Las ilusiones hipnóticas pueden ser vividas, sensibles y reales para el sujeto, aún después de que ha salido del llamado «trance hipnótico».

Es como si la raza humana se hubiera hipnotizado o convencido a sí misma, dentro de la trampa del egocentrismo. No hay ningún culpable, salvo nosotros. No somos víctimas de una conspiración arreglada por un Dios exterior o alguna sociedad secreta de manipuladores. Si hay una fundación biológica para la trampa, reside solamente en la estrecha capacidad del cerebro para una conciencia restringida y atenta, de la mano con su poder de reconocimiento, de saber acerca del saber y pensar acerca del pensar, y con el uso de imágenes y lenguajes. Mi problema, como escritor que usa palabras, es

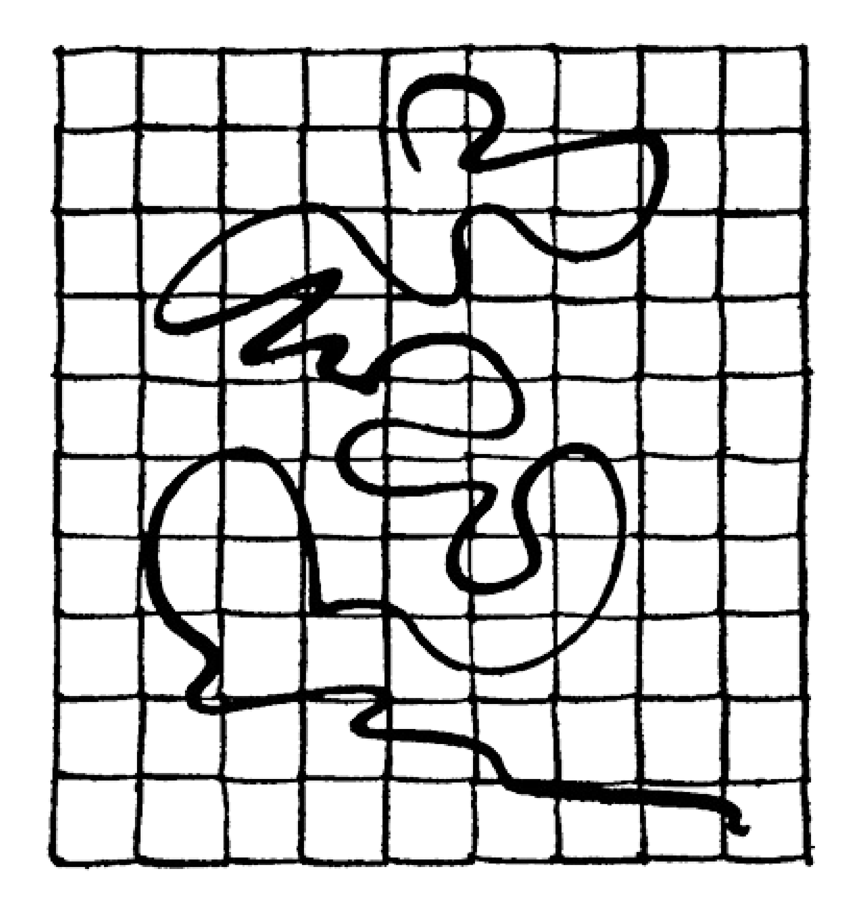
disipar las ilusiones del lenguaje expresándome en uno de los lenguajes que las genera. Puedo tener éxito, solamente, en cuanto logre aprovechar el impulso del enemigo.

Aparte de algunas creaciones humanas, como edificios o caminos —especialmente romanos y americanos— nuestro universo, incluyéndonos a nosotros, es notablemente abigarrado. Sus formas son retorcidas en diseño y comportamiento. Nubes, montañas, plantas, ríos, animales, costas, todo se retuerce. Tanto se retuerce, y en tantas formas distintas, que nadie puede descubrir realmente dónde comienza un rizo y dónde termina otro, sea en el espacio o en el tiempo. Algún clasicista francés del siglo dieciocho lamentó que el Creador hubiera hecho tan pobre trabajo al omitir una distribución elegante para las estrellas, pues parecen estar diseminadas al azar en el espacio, como las gotas de una ola en la rompiente. ¿Es todo esto una sola cosa retorciéndose en muchas formas distintas, o muchas cosas que se retuercen por su cuenta? ¿Hay «cosas» que zigzaguean, o esas cosas *son* los propios zigzagueos? Esto depende mucho del modo en que usted se lo imagine.

Hace milenios, algún genio descubrió que ciertos garabatos, tales como los pescados o los conejos, podían ser atrapados con redes. Mucho después, otro genio pensó en atrapar al mundo con una red. Por sí mismo, el mundo funciona de este modo:



Ahora miren este garabato a través de una red:



La red ha «cortado» el retorcido garabato en pequeños trozos, todos encerrados en cuadrados del mismo tamaño. Un orden ha sido impuesto sobre el caos. Ahora podemos decir que el garabato avanza tantos cuadros a la izquierda, tantos a la derecha, tantos hacia arriba, o tantos hacia abajo, y finalmente obtenemos su número. Siglos después, la misma imagen de la red fue impuesta sobre el mundo, con las líneas de la latitud y longitud terrestres y celestiales, el papel cuadriculado para tramar garabatos matemáticos, los casilleros para archivar, y los planos básicos para las ciudades. La red se ha convertido, por lo tanto, en una de las imágenes generales del pensamiento humano. Pero es siempre una imagen, y así como nadie usa el Ecuador para atar un paquete, el verdadero mundo zigzagueante se escapa, como el agua, a través de estas redes imaginarias. De cualquier forma que dividamos, contemos, distribuyamos o clasifiquemos este garabato en cosas y eventos particulares, no se tratará más que de una forma de pensar sobre el mundo; este no está nunca *realmente* dividido.

Otra poderosa imagen es el Modelo Cerámico del universo, según el cual pensamos en determinadas formas sobre una o más substancias, tal como los cacharros son formas del barro, y como Dios creó a Adán del polvo. Esta ha sido siempre una imagen especialmente problemática, que intrigó a los filósofos y científicos durante siglos con preguntas tan idiotas como: «¿De

qué modo la forma (o energía) influencia a la materia?» «¿Qué *Es* la materia?» «¿Qué ocurre a la forma (el alma) cuando abandona a la materia (el cuerpo)?» «¿Cómo es que la “mera” materia resulta arreglada en formas ordenadas?» «¿Cuál es la relación entre la mente y el cuerpo?».

Los problemas que no tienen solución por demasiado tiempo deberían ser sospechosos de estar formulados en forma errónea, como aquel de causa y efecto. Divida torpemente un proceso en dos, olvide que usted lo ha hecho, y entonces enloquézcase durante siglos para juntar los dos pedazos. Así ocurre con la «forma» y la «materia». Pues nadie halló jamás un pedazo de materia informe, o una forma inmaterial: debería resultar obvio que algo va mal en el Modelo Cerámico. El mundo está tan hecho de materia como los árboles están «hechos» de madera. El mundo no es ni forma ni materia, pues estos son *dos* torpes términos para *un* mismo proceso, conocido vagamente como «el mundo» o «existencia». Sin embargo, la ilusión de que toda forma consiste en, o está formada por alguna «sustancia» básica, se halla profundamente incrustada en nuestro sentido común. Hemos olvidado realmente que los términos «materia» y «metro» son, ambos, parientes derivados de la raíz sánscrita *Matr*, «medir», y que el mundo «material» no significa nada más que el mundo según ha sido medido o resulta mensurable, con imágenes abstractas como redes o matrices, pulgadas, segundos, gramos o decibeles. El término «material» es a menudo usado como sinónimo de «físico», del griego *Physis* (naturaleza) y del original indoeuropeo *bheu*, convertirse. No hay nada, en las palabras, que sugiera que el mundo material o físico está hecho de alguna clase de materia de acuerdo al Modelo Cerámico, al que de aquí en adelante llamaremos el Modelo Cacharro.

Pero el Modelo Cacharro del mundo, formado en barro, no solo ha preocupado a los filósofos y científicos. Acecha en la raíz de dos de los mayores mitos que han dominado a la civilización occidental, y estos, uno después del otro, han jugado un papel esencial en la génesis de la ilusión de la «persona real».

Si el mundo es básicamente «mera substancia» como el barro, resulta difícil imaginar que tal pasta inerte pueda moverse y formarse a sí misma. La energía, la forma y la inteligencia deben por lo tanto entrar al mundo desde afuera. El lodo debe ser fermentado. El mundo es, por esa vía, concebido como un artefacto; alguien lo debe haber fabricado, y alguien se hará responsable por la materia prima. Esta, también, debe haber sido «hecha». En el Génesis, el material original «sin forma, y vacío» es simbolizado por el agua, y, así como esta no forma olas sin el viento, nada puede ocurrir hasta

que el Espíritu de Dios se mueva sobre su faz. La formación y el movimiento de la materia son, por lo tanto, atribuidas a un Espíritu inteligente, a una fuente consciente de energía *informando* a la materia, de modo que sus variadas formas vienen y van, viven y mueren.

Pero, en el mundo que conocemos, muchas cosas están claramente equivocadas, y uno duda en atribuirlas a esa asombrosa Mente capaz de hacer este mundo desde el principio. Nos resistimos a creer que la crueldad, el dolor y la malicia vienen directamente de la Raíz y el fondo del Ser, y esperamos fervorosamente que Dios, por lo menos, conserve la perfección de todo lo que podemos imaginar en materia de sabiduría y justicia. No necesitamos entrar, ahora, en el fabuloso e insoluble Problema del Pecado, que este modelo del universo genera; baste subrayar que el problema emerge del propio modelo. Los pueblos que desarrollaron este mito eran regidos por patriarcas o reyes: superreyes tales como los monarcas Egipcios, Caldeos y Persas sugirieron la imagen de Dios como el Monarca del Universo, perfecto en sabiduría y justicia, amor y piedad, aunque también severo y exigente. No me estoy, por supuesto, refiriendo a Dios tal como fue concebido por el más sutil de los teólogos Judíos, Cristianos o Islámicos, sino a la imagen popular. Pues es la imagen vulgar, más que el concepto puro, quien tiene mayor influencia sobre el sentido común.

La idea de Dios como Ser personal, de algún modo «exterior» o ajeno al mundo, tiene el mérito de hacernos sentir que la vida está basada en la inteligencia, que las leyes de la naturaleza rigen en todas partes porque proceden *de Un* legislador, y que podemos forzar nuestras imaginaciones hasta el límite concibiendo las sublimes cualidades de este supremo Ser. Esta imagen también dio a los hombres una sensación de importancia y significado. Pues este Dios está directamente atento a cada íntimo fragmento de polvo o vibración de energía, desde que solo esta atención permite existir a ese algo. Su atención es también amor y, para los ángeles y los hombres buenos, Él ha planeado una vida eterna de la más pura beatitud, que comienza al final de la vida mortal. Pero, por supuesto, hay cuerdas atadas a esta recompensa, y aquellos que, deliberada y conscientemente, niegan o desobedecen el deseo divino, deben pasar la eternidad en una agonía tan intensa como la beatitud de los buenos y los fieles.

El problema de esta imagen divina reside en que ha resultado una cosa demasiado buena. Los chicos que trabajan sobre sus pupitres, en la escuela, se alarman casi siempre cuando un maestro, aun amoroso y respetado, se asoma sobre sus hombros. ¡Cuánto más desconcertante es comprender que cada

pequeño deseo, sentimiento o pensamiento es vigilado por el Maestro de maestros, que en ningún lugar de la tierra o el cielo hay donde ocultarse de ese Ojo que todo lo ve y todo lo juzga!

Por eso mucha gente sintió un inmenso alivio cuando los pensadores occidentales comenzaron a cuestionar esta imagen y a afirmar que la hipótesis de Dios no era ninguna ayuda para describir o predecir el curso de la naturaleza. Si *Todo* —dijeron— es la creación y operación de Dios, esta afirmación no tiene más lógica que decir «Todo está arriba». Pero, como ocurre tan a menudo, cuando el tirano fue destronado otro peor cogió su lugar. El Mito del Cacharro sobrevivió, solo que sin su Alfarero. El mundo era aún entendido como un artefacto, esta vez al estilo de una máquina automática. Las leyes de la naturaleza estaban todavía ahí, pero nadie las había dictado. De acuerdo a los deístas, el Señor había hecho esta máquina y la había puesto en marcha; pero luego se fue a dormir, o tomó vacaciones. Según los ateístas, naturalistas y agnósticos, el mundo era *enteramente* automático. Se había construido a sí mismo, aunque no a propósito. El material primigenio consistía según esta gente en átomos, como pequeñas bolas de billar, tan diminutos que no permitían ulterior división o análisis. Permitamos a estos átomos retozar por ahí en distintas permutaciones y combinaciones, por un tiempo indefinidamente largo, y en *algún* momento a dentro de un lapso virtualmente infinito, se imbricarán en el arreglo que ahora conocemos como el mundo. Es esta la vieja historia de los monos y las máquinas de escribir.

En este Modelo Completamente Automático del universo, forma y substancia sobrevivieron con el nombre de energía y materia. Los seres humanos, incluyendo cuerpo y mente, fueron parte del sistema, y por lo tanto sus dosis de inteligencia y sentimientos aparecieron como consecuencia de aquellos interminables giros de los átomos. Pero hay un problema en esto de los monos y las máquinas de escribir: como es casual que los micos logren escribir la *Enciclopedia Británica*, pueden volver a caer, luego, en la morisqueta simiesca. Por lo tanto, si los seres humanos quieren mantener su providencial status y su orden, deben trabajar con gran furia para derrotar al proceso meramente casual de la naturaleza. Este mito subraya con énfasis que la materia es bruta y la energía ciega; que toda naturaleza, fuera de los hombres, y de algunos animales, es un mecanismo profundamente estúpido e insensible. Aquellos que continuaron creyendo en Alguien-Que-se-Ocupa-Ahí-Arriba fueron ridiculizados como pensadores de mentes cándidas, pobres débiles incapaces de afrontar el amargo desafío de ser hombre en un universo

sin corazón, donde la supervivencia es el privilegio exclusivo de los tíos recios.

Si aquel Dios inteligente era desconcertante, el alivio de mandarlo a paseo duró poco. Fue reemplazado por el Idiota Cósmico, y la gente comenzó a sentirse más estrangulada por el universo que nunca. Esta situación reforzó la ilusión de la soledad y separatidad del ego (ahora un «mecanismo mental») y cierta gente, autodenominada naturalista, inició la más enorme guerra jamás declarada contra la naturaleza.

En una forma u otra, el mito del Modelo Completamente Automático se ha vuelto extremadamente plausible, y en algunas disciplinas académicas es ahora tan dogma sacrosanto como cualquier doctrina teológica del pasado, a pesar de ciertas tendencias contrarias en física y biología. Pues hay modas en el mito, y el Oeste que quería conquistar al mundo, en el siglo diecinueve, necesitaba una filosofía de la vida en la cual la *Realpolitik*, la victoria de la gente ruda que enfrenta los crudos hechos, fuera el principio rector. Por esto, cuando más crudos son los hechos que usted enfrenta, más rudo parece. De modo que nos concertamos los unos con los otros para hacer del universo un Modelo Plenamente Automático lo más cruel posible.

A pesar de todo queda el mito, con todo lo de positivo y negativo que tiene el fenómeno, como imagen que da sentido al mundo. Es dudoso que la ciencia Occidental y su tecnología hubieran sido posibles si no hubiéramos tratado de entender a la naturaleza en términos de modelos mecánicos. De acuerdo con Joseph Neddham, los chinos hicieron escaso progreso en las ciencias a pesar de toda su sofisticación, porque nunca se les ocurrió pensar en la naturaleza como mecanismo, como «compuesta» de partes separadas y «obedeciendo» leyes lógicas. Su visión del universo era orgánica. No creían en un juego de billar, en el cual las bolas se golpeaban unas a otras en series de causa-y-efecto. Lo que para nosotros eran causas y efectos, para ellos se llamaban eventos «correlativos», que se implicaban mutuamente, como el frente y el fondo. Las «partes» de su universo no eran separables, sino tan plenamente entretejidas como el acto de vender con el acto de comprar.

Un universo «hecho», sea el Cacharro o el Modelo Totalmente Automático, está compuesto por trozos, y estos son las realidades básicas de la naturaleza; esta última es por lo tanto examinada con microscopios, para descubrir qué son los pedazos y cómo están ensamblados. Así se articulaba la visión de los filósofos nominalistas de la última Edad Media, que se oponían decididamente a los entonces llamados realistas, quienes a su vez proclamaban que entidades Jales como Humanidad o Naturaleza Humana

eran «sustancias» reales, dominando los «accidentes» particulares de hombres y mujeres. Todo individuo era, por lo tanto, un ejemplo o caso de la «sustancia» humana, aunque la palabra usada en aquel entonces no significaba materia o cosa sino una especie de esencia que estaba (*stare*) debajo (*Sub*) de sus manifestaciones particulares. Los nominalistas sostenían que esto era una tontería. Para ellos, la Humanidad no era más que la suma total de seres individuales. «Humanidad» no era una sustancia, sino un simple nombre para una clase de criaturas: no era real, sino meramente nominal.

El nominalismo, sabemos ahora, se convirtió en la actitud dominante del pensamiento occidental, y especialmente de la filosofía de la ciencia. En el siglo dieciocho, Rousseau fue más lejos: llegó a sugerir que la Sociedad y el Estado habían sido instituidos originariamente por un contrato entre individuos. La sociedad era una asociación, como el Rotary Club, a la cual cientos de individuos se habían sumado en un momento dado; así abandonaron su independencia original. Pero, desde el punto de vista de la sociología moderna, sentimos que el hombre es necesariamente un hecho social; por la sencilla razón de que ningún individuo puede nacer sin un padre y una madre. Esto ya es sociedad. Hasta tiempos bastante recientes, era el punto de vista prevalente en la ciencia Occidental que los animales y las plantas, las rocas y los gases, están «compuestos» de unidades tales como moléculas, células, átomos y otras partículas, en forma parecida a una casa de ladrillos.

Pero un nominalista consecuente se verá forzado a reconocer que realmente existe tal cosa, «el cuerpo humano»: solo hay moléculas particulares, de las cuales el cuerpo está compuesto, o mejor átomos particulares, para no mencionar electrones, neutrones, y demás. Obviamente, estas partículas no constituyen por sí mismas el organismo humano. El_todo es más grande que la suma de las partes, aunque solo sea por el hecho de que una descripción científica del cuerpo debe tomar cuenta del orden o diseño según el cual las partículas fueron organizadas y tienden a actuar.

*EL hombre que está detrás del microscopio*
*tiene este consejo para ti:*
*«En lugar de preguntar qué es*
*pregunta simplemente: ¿qué hace?»*

Pero aún esto es insuficiente. Debemos también preguntar: «¿En qué ámbito lo está haciendo?». Si una descripción del cuerpo humano debe incluir la descripción de lo que él, y todas sus «partes», están *haciendo* —esto es, de

su *conducta*— este comportamiento será una cosa en el aire libre, pero otra muy diferente en el vacío, dentro de un horno, o bajo el agua. La sangre en una probeta no es la misma cosa que la sangre de las venas, porque no se está comportando del mismo modo; exactamente como el significado de una misma palabra puede cambiar, de acuerdo a la clase de oración en la cual es usada. Hay una notoria diferencia entre el tronco de un árbol y el tronco de un perro.

No es suficiente, por lo tanto, describir, definir y tratar de comprender cosas o eventos por el puro análisis, tomándolos en pedazos para descifrar «cómo están hechos». Esto nos dice mucho, pero probablemente es todavía algo menos que la mitad de la historia. Hoy, los científicos están más y más atentos al fenómeno de que lo que las cosas son, y lo que están haciendo, depende de dónde y cuándo lo están haciendo. Si, entonces, la definición de una cosa o evento puede incluir una descripción de su ambiente, advertimos que cualquier cosa dada co-implica un ambiente dado, tan íntima e inseparablemente que es más que difícil trazar un límite claro entre la cosa y su entorno.

Este era el grano de verdad en la primitiva y escasamente confiable ciencia de la Astrología; había también granos de verdad en la Alquimia, en la medicina de hierbas y en otras ciencias primitivas. Pues cuando el astrólogo traza un boceto del carácter o alma de una persona establece un horóscopo, esto es, un cuadro muy general e incompleto de todo el universo, tal como estaba en el momento del nacimiento de esa persona, Pero esto es, al mismo tiempo, una forma vivida de decir que tu alma, o mejor tu *Yo* esencial, *es todo el cosmos* tal como está centrado alrededor del tiempo, lugar y actividad particulares de Juan Pérez. Por tanto el alma no está en el cuerpo, sino el cuerpo en el alma, y esta es la red entera de relaciones y procesos que forman su medio ambiente, aparte del cual usted no es nada. Una astrología científica, si alguna vez pudiera ponerse en pie, exigiría una exhaustiva descripción del medio total del individuo, social, biológico, botánico, meteorológico y astronómico, a través de cada momento de su vida.

Pero, como están las cosas, definimos (y así es como lo sentimos) al individuo a la luz de nuestro estrecho foco de conciencia, que ignora ampliamente el campo o ámbito en que él se encuentra. «Individuo» es la forma latina del griego «átomo», esto es: lo que ya no puede ser cortado o dividido en partes separadas. Nosotros no podemos cortar la cabeza de una persona, o sacarle su corazón, sin matarla. Pero también podemos matarla separándola de su ambiente propio. Esto implica que el único átomo

verdadero es el universo, el sistema total de «cosas-eventos» independientes, que solo pueden ser separados los unos de los otros en el plano verbal. Cuando esto no salta a la vista, es que usted ha sido engañado por las palabras. Confundiendo los nombres con la naturaleza usted termina creyendo que, por tener un nombre separado, *es* un ser separado.

Naturalmente, no es el mero hecho de recibir un nombre lo que nos lleva a la trampa de creemos una «persona real», sino todo lo que va con ello. El niño es engatusado en el sentimiento ego por las actitudes, palabras y acciones de la sociedad que lo rodea: sus padres, parientes, maestros, y sobre todo, sus compañeros, tan burlados como él. La gente nos enseña quiénes somos. Sus actitudes hacia nosotros son el espejo en el cual aprendemos a vernos, pero ese espejo está distorsionado. Tal vez tenemos una idea muy turbia del inmenso poder de nuestro ámbito social. Pocas veces entendemos, por ejemplo, que nuestras emociones y pensamientos privados no son realmente nuestros. Pues pensamos en términos de lenguajes e imágenes que no inventamos, sino que nos fueron dados por nuestra sociedad. Copiamos reacciones emocionales de nuestros padres, aprendemos de ellos que el excremento tiene olor desagradable que vomitar es una sensación fea. El temor a la muerte es también aprendido de sus ansiedades hacia la enfermedad y de sus posturas en funerales y velorios. Nuestro ámbito social tiene este poder, simplemente, porque nosotros no existimos si no es en una sociedad, la sociedad es nuestra mente y cuerpo en extensión.

Este estado de cosas es conocido técnicamente como duplicidad. Una persona se encuentra en duplicidad ante una orden o pedido que contiene una contradicción implícita: «¡Deja de estar tieso!» «¡Trata de relajarte!» O la famosa pregunta del fiscal al marido acusado de crueldad contra su mujer: «¿Ha dejado ya de golpear a su mujer? Conteste sí o no». Esta es una situación *de maldito-si-lo-haces* y *maldito-si-no-lo-haces*, que surge, constantemente, en las relaciones humanas y especialmente familiares. Una mujer se queja a su marido: «¿Te das cuenta de que, desde que estamos casados, hace dos años, no me has llevado una sola vez al cine? No eras así cuando me cortejabas. Empiezo a creer que me tienes demasiado segura». Cuando el marido en penitencia vuelve de la oficina, a la noche siguiente, dice: «Querida… ¿Qué tal si vamos al cine después de comer?» Y ella contesta: «Solo se te ocurre porque yo me quejé».

La sociedad, tal como la vivimos hoy, le hace esta treta a cada niño desde la más tierna infancia. En primer lugar, el niño aprende que es responsable, que es un agente libre, una fuente independiente de pensamientos y acciones,

una especie de Primera Causa en miniatura. El acepta este hecho-creencia por la misma razón de que *no es cierto*. No puede dejar de aceptarlo, así como no puede evitar su condición de miembro de la comunidad en la que ha nacido. No tiene recursos para resistir a esta clase de adoctrinamiento social. Este es constantemente reforzado con recompensas y castigos. Está imbricado en la estructura básica del lenguaje que está aprendiendo. Se lo bombardea repetidamente con observaciones como: «¡No es propio de ti hacer esas cosas!» O: «¡No seas un copión, sé tú mismo!» O, cuando un niño imita los modismos de un amiguito al que admira: «Johnny, ese no eres tú. ¡Ese es Peter!» La inocente víctima de este adoctrinamiento no puede descifrar la paradoja. Le dicen que *debe ser* libre. Una presión irresistible se ejerce sobre él para hacerle creer que no hay tal presión. La comunidad de la que él es, necesariamente, un miembro dependiente, lo define como miembro independiente.

En segundo lugar, de ahí en adelante se le comanda, como agente libre, a hacer cosas que solo serán aceptables… ¡Si las hace voluntariamente! «¡Realmente *deberías* amarnos!», dicen los padres, tíos, tías, hermanos y hermanas. «Todos los buenos chicos aman a sus familias, y hacen cosas para ellos sin que se las pidan». En otras palabras: «Te exigimos que nos ames porque tú lo deseas así, y no porque nosotros decimos que deberías hacerlo». Parte de este disparate se debe al hecho de que confundimos el «debe» que expresa una condición («Para ser humano debes tener una cabeza») con el «debe» que representa una orden: «Debes dejar tus juguetes». Nadie hace esfuerzos para tener cabeza, y sin embargo los padres insisten en que, para ser saludable, un chico «debe» poseer una actividad digestiva regular, o que debe *tratar* de irse a dormir, o que debe hacer el esfuerzo de prestar atención, como si estos objetivos fueran tan fáciles de lograr mediante el esfuerzo muscular.

Los niños no están en condiciones de ver las contradicciones que contienen estas exigencias; si algún prodigio se las arregla para señalarlas, se le aconsejará rotundamente que no «replique» y que no falte el respeto a «sus mayores». En lugar de dar a nuestros niños explicaciones claras y explícitas sobre las reglas del juego de la comunidad, nosotros les desorientamos sin esperanzas porque a nuestra vez —como adultos— fuimos confundidos antes: así las cosas, no entendemos el juego que jugamos.

Un juego con duplicidad contiene reglas autocontradictorias, está condenado a la frustración perpetua; es como tratar de inventar una máquina de movimiento perpetuo en términos de mecánica Newtoniana, o de trisectar

cualquier ángulo dado con una escuadra y un compás. La duplicidad social puede ser expresada en varias formas:

> *La primera regla de este juego es que no es un juego.*
> *Todos deben jugar.*
> *Tú debes amarnos.*
> *Tú debes seguir viviendo.*
> *Sé tú mismo, pero juega un papel aceptable y consistente.*
> *Contrólate y sé natural.*
> *Trata de ser sincero.*

Esencialmente, este juego es una exigencia de cierto tipo de conducta espontánea. Vivir, amar, ser natural o sincero, todas estas son formas espontáneas de conducta: ellas ocurren «por sí mismas», como digerir la comida o *crecer* el pelo. Tan pronto como son forzadas, adquieren esa atmósfera poco natural, contrita y molesta que todo el mundo deplora: débil e inodora como las flores de invernadero, insulsa como los frutos artificiales. La vida y el amor generan esfuerzo, pero el esfuerzo no los regenera a ellos. La Fe, en la vida, en otra gente y en uno mismo, es la actitud de permitir que lo espontáneo *sea* espontáneo, a su manera y en su momento. Esto es arriesgado, por supuesto, porque la vida y la otra gente no siempre responden a esa fe como nos gustaría a nosotros. La fe es siempre una apuesta, porque la vida misma es un juego de apuestas que debe parecer, durante el escondite del juego, un deporte de riesgos colosales. Pero ganar la apuesta, hacer de la victoria una certeza «a muerte», es alcanzar una certeza que solo contiene, justamente, muerte. La alternativa a una comunidad basada en la confianza mutua es un estado policial totalitario, una sociedad en la cual la espontaneidad está virtualmente prohibida.

Un tratado hindú en el arte de gobernar, el *Arthashastra*, sienta las normas de política para el tirano más absoluto, describiendo la organización de su palacio, su corte y su estado en forma que dejaría a Maquiavelo como un liberal. La primera regla: no debe confiar en nadie; no debe tener un solo amigo íntimo. Además, debe organizar su gobierno como una serie de círculos concéntricos, compuestos de diversos ministros, generales, oficiales, secretarios y sirvientes, que ejecutan sus órdenes; cada círculo constituye un rango más cercano en la dirección del rey mismo, que está en el centro, como una araña en su red. Comenzando por el círculo que rodea inmediatamente al rey, las esferas deben contener, alternativamente, sus enemigos y sus aliados naturales. El rango superior de los príncipes conspirará para arrebatar el poder

al rey; deben estar, pues, rodeados y vigilados por un círculo de ministros ansiosos de ganar el favor del monarca, y esta jerarquía de círculos que se desconfían mutuamente debe abarcar toda la superficie de la red que rodea al rey. *Divide et impera*: divide y reina.

Mientras tanto, el soberano permanece en la seguridad de sus secretísimas habitaciones, atendido por guardias que están, a su vez, vigilados por otros guardias escondidos en las paredes. Hay esclavos que prueban su comida en busca de veneno, y él debe dormir con un ojo abierto, o con su puerta firmemente cerrada por dentro. En caso de una revolución seria, debe existir un secreto pasaje subterráneo que le facilite la huida desde el palacio; pasadizo este que contendrá un dispositivo para desplazar la piedra angular del edificio, provocando un derrumbe sobre la corte rebelde. El *Arthashastra* no olvida advertir al tirano de que nunca podrá *gozar*. Puede llegar a la eminencia a través de su ambición, o del llamado del deber, pero, cuanto más absoluto sea su poder, más lo odiarán, y más prisionero estará de su propia trampa. La avispa caza a la araña. El monarca no puede vagar a su antojo por las calles y parques de su propia capital, o sentarse en una playa solitaria para escuchar el rumor de las olas y contemplar las gaviotas. Esclavizando a los otros, él mismo se convierte en el más miserable de los esclavos.

Nada fracasa tanto como el éxito, porque el objetivo autoimpuesto de nuestra sociedad y todos sus miembros es una contradicción: forzar a las cosas para que ocurran en formas que serán aceptables solo cuando se realicen sin coacción. Esto, a su turno, proviene de la definición del hombre como agente independiente, *En* el Universo pero no *De* él, encargado de manejar el mundo a su antojo. Ninguna dosis de prédica o moralización podrá producir el tipo de hombre así definido, pues la alucinación hipnótica de sí mismo como algo separado del mundo lo vuelve incapaz de percibir que la vida es un sistema de cooperación geológica y biológica. Naturalmente, el sistema *contiene* luchas: pájaros contra gusanos, caracoles contra hojas de lechuga, arañas contra moscas. Pero estas luchas *están* contenidas, en el sentido de que no deben salirse de curso, de que ninguna especie es la vencedora definitiva. Solo el hombre trata de *eliminar* a sus enemigos naturales en la convicción de que es, o debería ser, la especie suprema. Así como cultivamos vegetales, ganado y gallinas para comerlos, en la creencia de que dependemos de estas criaturas para nuestra vida, deberíamos comprender que las criaturas enemigas que hacen presa del hombre —insectos, bacterias y otras— son en realidad enemigos-amigos.

Una azafata neoyorquina, que charlaba con un estadista de Pakistán, trajo a colación el tema de la urgente necesidad de cierto control de la natalidad en Asia, y preguntó qué estaban haciendo en Pakistán. Fue escarmentada con la respuesta de que toda la propaganda sobre el control de la natalidad era una campaña del hombre blanco para mantener su superioridad sobre las razas de color. Le dije a la muchacha que debería haber contestado: «Solamente queremos ayudarlos a ustedes a preservar sus bellos árboles frutales».

Pues los amigos-enemigos del hombre son sus protectores. Ellos evitan que el ser humano se destruya a sí mismo por exceso de fertilidad: una persona que muere de malaria o tuberculosis debería ser honrada, por lo menos, tanto como otra que murió por su país en una batalla. Ha hecho lugar para el resto de nosotros, y las bacterias que lo mataron deberían ser saludadas con justa caballerosidad, como a un contrincante honorable. La idea es no abandonar, por eso, la penicilina o el DDT: deberíamos pelear para descubrir al enemigo, no para eliminarlo. Debemos aprender a incluirnos en la rueda de cooperaciones y conflictos, de simbiosis y predación, que constituye el equilibrio de la naturaleza, pues una especie definitivamente victoriosa no solo se destruye a sí misma, sino que también aniquila la vida en todo su ámbito.

La obvia objeción contra un argumento que detiene la «limpieza» de los enemigos naturales del hombre, como el cáncer o los mosquitos, es nuestra simpatía por los individuos que son atrapados. Está muy bien razonar, en abstracto, que la población humana debe ser preservada, pero cuando la enfermedad me señala a mí, yo corro al médico. ¿Qué éxito tendría una llamada a los «voluntarios para la preservación»? En la civilización occidental no abandonamos a los bebés enfermizos, ni fusilamos a los locos, ni dejamos desfallecer a los hambrientos, o abandonamos a la gente enferma para que muera en las calles. Por lo menos, en nuestros mejores momentos. Pues el más sagrado ideal de nuestra cultura es el derecho de todo individuo a la justicia, la salud y la riqueza, o a la «vida, libertad y obtención de su felicidad». Sugerir que el ego personal es una alucinación puede parecer un ataque contra este sacratísimo valor, sin el cual la gente civilizada caería otra vez al nivel de los *coolies* o las hormigas, transformándose en una masa organizada, para la cual la persona particular sería prescindible.

Durante la Segunda Guerra Mundial, un amigo mío transportaba trabajadores chinos en su avión, para trabajar en el extremo Sur del Camino de Burma. El largo vuelo era, por supuesto, ideal para apostar, pero, desde que no había suficiente dinero entre los obreros para hacer un juego

interesante, las apuestas establecían que el perdedor saltaría fuera del avión. Sin paracaídas. Nuestra reacción natural es que esa gente no parece plenamente humana. Como las familias y sirvientes de los reyes antiguos, enterrados vivos juntos con sus muertos señores, ellos parecen, como sugirió Thomas Mann, meras caras sin nada detrás, simples máscaras, papeles sin ninguna utilidad o significado exterior: abejas sin reina. Cualesquiera fueran las villanías de los ingleses en India, sus conciencias cristianas se horrorizaban ante la práctica del *Sati*, que exige a la viuda suicidarse en el funeral de su marido. Las personas realmente civilizadas —creemos— no son caras en el cielo, sino cabezas completas que contienen almas de infinito valor a los ojos de Dios.

En un extremo, entonces, tenemos al sagrado individuo —el único ego personal, separado de la naturaleza y de Dios— definido como tal por una sociedad que, casi en el mismo aliento, le ordena ser libre y le exige resignación. En el otro extremo está el *coolie*, el obrero de la máquina industrial colectivista, o mero «brazo», como es llamado a menudo el trabajador de fábrica. Si uno cree que el ego personal es un don natural de todos los hombres, al margen de toda convención social, el papel del *coolie* es por cierto penoso, pues lo vemos como persona reprimida y frustrada, a pesar de que su sociedad puede no haberlo definido jamás como tal.

De cualquier modo, hay una tercera posibilidad. El individuo puede ser concebido sin carácter de persona aislada, ni de prescindible humanoide, máquina de trabajar. Puede vérsele, en cambio, como un punto focal en el cual todo el universo se expresa, como una encamación del Sí-mismo, de la divinidad, o como sea que llamemos a *Eso*. Esta visión mantiene y, por cierto, amplifica nuestra aprehensión de que el individuo es, en cierta forma, sagrado. Al mismo tiempo, disuelve la paradoja del ego personal, la ilusión de haber alcanzado el «precioso estadio» de ser una persona única, al precio de una perpetua ansiedad por la supervivencia. La alucinación de separatidad nos impide ver que aferrarse al ego es abrazarse a la miseria. No advertimos que nuestro llamado amor o preocupación por el individuo es solo la otra cara de nuestro propio temor a la muerte y al rechazo. ¡En su excesiva evaluación de la identidad separada, el ego personal está serruchando la rama sobre la cual está sentado, y por lo tanto poniéndose más y más ansioso acerca del terrible golpe que le espera! Dejemos claro, por tanto, que la ficción del ego no es esencial para el organismo humano total, en cuanto a satisfacer y expresar su individualidad. Pues cada persona es una manifestación única del Todo, así como cada rama es una derivación particular del árbol. Para manifestar la

individualidad, cada rama debe poseer una conexión sensitiva con el árbol, así como nuestros dedos, diferenciados, con su movimiento propio, muestran una conexión sensitiva con el conjunto del cuerpo. Lo que nunca será repetido demasiadas veces es que *diferenciación* no es *separación*. La cabeza y los pies son diferentes, pero no están separados, y aunque el hombre no está conectado con el universo por una relación física exactamente igual a la de la rama con el árbol o el pie con la cabeza, está conectado, sin duda alguna, y por relaciones físicas de fascinante complejidad. La muerte del individuo no es desconexión sino, simplemente, retirada. El cuerpo muerto es como la pisada o el eco, la traza borrosa de algo que el Sí-mismo ha dejado de hacer.

Si, entonces, la diferenciación de los individuos tiene gran valor, en el criterio de que la variedad es la sal de la vida, este valor no es honrado por una definición auto-contradictoria de la individualidad. Nuestra sociedad —esto es, nosotros mismos, todos nosotros— define al individuo con doblez, ordenándole ser libre y separarse del mundo, cosa imposible, pues de otro modo la orden no surtiría efecto. Bajo estas circunstancias, dicha orden funciona tan solo en el sentido de implantar una ilusión de separatidad, exactamente como la orden de un hipnotizador genera espejismos.

Así zarandeado, el individuo, en lugar de satisfacer su única función en el mundo, se agota y se frustra en el esfuerzo de realizar metas autocontradictorias. Pues ahora es ampliamente definido como una persona separada, atrapada en un universo irracional, indiferente y ajeno; su principal objetivo es imponerse al universo y conquistar a la naturaleza. Esto es palpablemente absurdo, y, desde que el objetivo nunca se consigue, el individuo es inducido a trabajar y vivir por un futuro en el cual el imposible tendrá lugar por fin, sino para él, por lo menos para sus hijos. Estamos, entonces, criando un tipo de ser humano incapaz de vivir en el presente, es decir, incapaz de vivir.

Pues, a menos que uno pueda vivir plenamente en el presente, el futuro es una engañifa. No hay gracia alguna en hacer planes para ese futuro que uno nunca podrá disfrutar. Cuando sus planes maduren, usted estará viviendo aún en función de otro futuro, más allá. Nunca podrá sentarse con satisfacción total y decir: «¡He llegado!» Su educación lo ha privado de esta capacidad, porque lo ha preparado para el futuro, en lugar de ayudarle a estar vivo ahora.

En otras palabras, usted ha sido hipnotizado o condicionado por un sistema de procesamiento educacional organizado en escalones, supuestamente conducentes a un último Éxito. Primero el jardín de infancia o el parvulario, luego los grados de escuela elemental, preparándolo para el

gran momento de la escuela secundaria. Pero entonces surgen más escalones, hacia arriba, hasta el aureolado objetivo de la universidad. Aquí, si usted es inteligente, puede quedarse para siempre, ingresando a cursos para graduados y convirtiéndose en un estudiante crónico. De otro modo, usted es conducido paso a paso hacia el gran Mundo Exterior: familia, negocios y profesión. Sin embargo, el día de la graduación es una satisfacción muy temporaria, pues ya en su primera reunión de promoción de ventas está usted de regreso en el viejo sistema; le urgen a alcanzar tal cuota (y si usted cumple, le fijan una cuota más alta) para progresar en la escalada: gerente de ventas, vicepresidente y, al final, presidente de su propia empresa, alrededor de los cuarenta o cuarenta y cinco años. En el intervalo, la gente de seguros e inversiones le ha estado interesando en planes para el Retiro, ese objetivo realmente último; sentarse y gozar de los frutos de todas sus labores. Pero cuando ese día llegue, sus ansiedades y esfuerzos le habrán dejado un corazón débil, dientes postizos, problema de próstata, impotencia sexual, visión borrosa y mala digestión.

Todo esto podría ser maravilloso si, en cada paso, usted pudiera vivirlo como un juego, encontrando su trabajo tan fascinante como el póquer, el ajedrez o la pesca. Pero, para la mayoría de nosotros, el día se divide en Tiempo de trabajo y tiempo de juego; el trabajo consiste básicamente en cumplir tareas por las que otros nos pagan, porque son abismalmente poco interesantes. Por lo tanto, no trabajamos por el trabajo mismo, sino por dinero, y se supone que el dinero nos da lo que realmente queremos, en nuestras horas de descanso y diversión. En los Estados Unidos, hasta la gente pobre tiene mucho dinero, comparada con los hambrientos y huesudos millones de India, África y China, mientras nuestras clases media y alta (¿deberíamos decir «grupos de ingresos»?) son prósperas como príncipes. Sin embargo, carecen escandalosamente de buen gusto para los placeres. El dinero no puede comprar placer, aunque ayuda. Pues disfrutar es un arte y una habilidad para la cual tenemos escaso talento y ninguna energía.

Yo vivo cerca de un muelle atestado de botes marineros y lujuriosos cruceros, que son tripulados muy de vez en cuando, pues la marinería es un arte difícil, aunque gratificante, que los propietarios de yates no tienen tiempo de aprender. Compran los barcos como símbolos de status, o como juguetes, pero al descubrir que no son de juguete (tal como dice el anuncio) pierden todo interés. Lo mismo ocurre con la absoluta y asombrosa variedad de bienes de placer que podemos comprar. Los comestibles son abundantes, pero muy pocos saben cocinar. Los materiales de construcción proliferan en cantidad y

variedad, y sin embargo la mayoría de las casas parecen haber sido construidas por alguien que había oído lo que era una casa pero nunca había visto una de verdad. Sedas, linos, lonas y algodones están a nuestro alcance en cualquier color o diseño, y sin embargo los hombres visten como estudiantes de teología o amargados, mientras las mujeres son esclavas del juego de la moda con su norma básica: «Yo me he adaptado antes que tú». El mercado para pintores y escultores ha crecido como nunca en la historia, pero las pinturas parecen haber sido confeccionadas a base de excrementos o desperdicios, y las esculturas conformadas con máquinas de escribir y chatarra. Hemos reunido montañas de música grabada de todas las épocas y culturas, y conocemos las formas más soberbias de ejecutarla. ¿Pero quién la escucha, realmente? Tal vez unos pocos fumadores de marihuana.

Tal vez esto sea una exageración tipo Henry Miller. A pesar de todo, me convenzo más y más de que la reputación materialista de América es infundada. Esto es, si un materialista es una persona que disfruta exhaustivamente del mundo físico y ama las cosas materiales. En ese sentido, somos soberbios materialistas cuando hay que construir un avión a reacción, pero cuando decoramos el interior de estos monstruos magníficos, para confort de los viajeros, producimos pura cursilería. Muchachas del tipo muñequita, con altos tacones y caderas estrechas, sirven una imitación de comidas recalentadas. Nuestros placeres no son placeres materiales sino *símbolos* del placer, cosas vistosamente envasadas pero inferiores en contenido.

La explicación es simple: gran parte de nuestros productos está siendo producida por gente que no disfruta haciéndolo, sean propietarios u obreros. Están en la empresa no por el producto sino por dinero, y por lo tanto cualquier truco es usado para bajar el costo de producción y embaucar al comprador —por medio de colorantes o rellenos— convencido de que adquiere algo honrado y saludable. Las únicas excepciones son los productos que simplemente *deben* ser excelentes por razones de seguridad, o de alto costo: aviones, computadoras, cohetes espaciales, instrumentos científicos, y así de seguido.

Pero todo el esquema es un círculo vicioso, pues cuando usted ha ganado el dinero… ¿Qué comprará con él? ¿Otros fraudes pretenciosos, obra de sendos fabricantes locos por el dinero? Los pocos lujos reales en el mercado son importaciones de países «atrasados», cuyos campesinos y artesanos todavía sienten orgullo por su trabajo. Por ejemplo, el estado de Oaxaca, en Méjico, produce algunas de las mejores mantas del mundo; ciertos

comerciantes americanos han estado tratando de importarlas en grandes cantidades. Pero ninguna cantidad de dinero podrá dar a los artesanos que las tejen, relativamente escasos, el tiempo necesario para cumplir con el pedido. Si quieren satisfacer ese pedido, deberán empezar a producir mantas inferiores. La única solución sería formar cientos de nuevos artesanos. Pero Oaxaca ya tiene televisión y goza de educación pública desde hace tiempo… ¿Qué joven de valor querrá malgastar sus días tejiendo mantas?

Los poetas y sabios han dicho, durante siglos, que el éxito en este mundo es pura vanidad. «La esperanza mundana, sobre la cual los hombres colocan sus corazones, se toma cenizas», o, para decirlo en un idioma más al día, cuando nuestra boca se estaba haciendo agua por el supremo manjar, este resulta ser una mezcla de plástico, papel maché y goma. Viene en cualquier sabor. He pensado en lanzar esto al mercado como sustancia universal, una *materia prima* para hacer todo y cualquier cosa: casas, muebles, flores, pan (ya lo usan ahora), manzanas y hasta gente.

El mundo, dicen, es un espejismo. Todo está cayendo, para siempre, y no hay forma de fijarlo; cuanto más frenéticamente se aferra uno a la etérea nada, más fofa se desploma ella en nuestras manos. La civilización tecnológica occidental es, hasta ese extremo, el esfuerzo más desesperado del hombre por derrotar el juego, por entender, controlar y fijar el revoltijo llamado vida, y puede ser que su propia fuerza y decisión disuelvan rápidamente sus sueños. Pero, si esto no se cumple, el poder técnico pasará a manos de una nueva clase de hombre.

En tiempos remotos, el reconocimiento de la transitoriedad del mundo conducía habitualmente al abandono. Por un lado, ascetas, monjes y ermitaños trataron de exorcizar sus deseos para mirar al mundo con benigna resignación; o retroceder y zambullirse en las profundidades de la conciencia, para unirse al Sí-mismo en su inmanifestada condición de eterna serenidad. Por otro lado, algunos sintieron que el mundo era un estado de prueba donde los bienes materiales debían ser usados con espíritu de servicio, como préstamos del Todopoderoso; el mayor trabajo de esa vida era una amorosa devoción a Dios y al hombre.

Ambas respuestas están basadas en la suposición inicial de que el individuo es un ego separado, y como esta suposición es el fruto de una duplicidad, cualquier objetivo que la presupone como base —incluyendo a la religión— será autodestructivo. Simplemente, porque es una trampa desde el principio, el ego personal solo puede dar una vaga respuesta a la vida. Pues el mundo es un escurridizo espejismo burlón, desde el punto de vista del que se

pone fuera de él, como frente a *otro* que sí mismo, y entonces trata de aferrarlo. Sin nacimiento y muerte, y sin la perpetua transmutación de todas las formas de vida, el mundo sería estático, arrítmico, momificado.

Pero hay una tercera respuesta posible. Ni retirada, ni servicio, en la hipótesis de una recompensa *futura*, sino la más plena colaboración con el mundo en tanto que sistema armonioso de conflictos restringidos, basada en la convicción de que el único «Yo» real es *todo* el infinito proceso. Esta convicción está ya en nosotros, en el sentido de que nuestros cuerpos lo saben: nuestros huesos, nervios y órganos sensoriales. Solo lo ignoramos en el sentido de que el fino rayo de la atención consciente ha sido amaestrado para ignorarlo, y tan concienzudamente que nos hemos vuelto verdaderos fraudes.

## *4. El Mundo es tu cuerpo*

Hemos descubierto que muchas cosas que sentíamos como realidades básicas de la naturaleza son ficciones sociales, floraciones de nuestras formas tradicionales de pensar sobre el mundo, corrientes y aceptadas. Estas ficciones incluyen:

1. La noción de que el mundo está hecho de, o compuesto por, pedazos o cosas separadas.
2. Que las cosas son formas diferentes de una misma sustancia básica.
3. Que los organismos individuales están habitados, y parcialmente controlados, por egos independientes.
4. Que los polos opuestos de relaciones, tales como luz-oscuridad y sólido-espacio, están en conflicto real, que puede terminar con la victoria definitiva de uno de los dos polos.
5. Que la muerte es mala, y que la vida debe ser una continua guerra contra ella.
6. Que el hombre, individual y colectivamente, debe aspirar a convertirse en especie superior y tomar el control de la naturaleza.

Las ficciones son útiles mientras se las toma como tales. En tal caso, actúan solamente como formas de «representar» el mundo, que concordamos en seguir para poder actuar en cooperación, así como nos ponemos de acuerdo sobre pulgadas y horas, números y palabras, sistemas matemáticos y lenguajes. Si no estamos de acuerdo sobre medidas de tiempo y espacio, no podría citarme con usted en la esquina de la Calle 42 y la Quinta Avenida, a las tres de la tarde del domingo 4 de abril.

Pero los problemas comienzan cuando las ficciones son tomadas por hechos. Así, en 1752, el gobierno británico instituyó una reforma del calendario por la cual el 2 de septiembre de ese año se convertía en 14 de septiembre, con el resultado de que mucha gente imaginó que doce días le había sido sustraídos de sus vidas, y corrió a Westminster gritando: «¡Devuélvannos nuestros días!» Tales confusiones de hecho y ficción hacen muy difícil la aceptación de nuevas leyes comunes, lenguajes, medidas u otras útiles instituciones, o la mejora de las que ya están en uso.

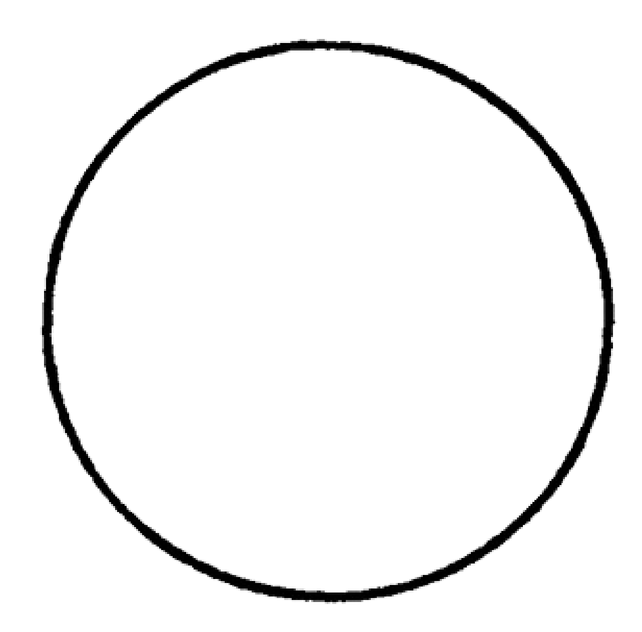
Pero, como hemos visto, los problemas más profundos surgen cuando nos confundimos a nosotros mismos y a nuestras relaciones fundamentales en el mundo con ficciones (o figuras de pensamiento) que aceptamos sin examen previo. Aquí, como también hemos visto, el problema clave es la definición autocontradictoria del mismo hombre como ser separado e independiente *en* el mundo, y no como acción especial *de* el mundo. Parte de nuestra dificultad consiste en que la última visión del universo parece concebirnos como marionetas, y esto porque, tratando de aceptar el último punto de vista, estamos todavía bajo la garra del primero. Decir que el hombre es una acción del mundo *no* es definirlo como «cosa» indefensa, golpeada al azar por otras «cosas». Tenemos que llegar más allá de la visión de Newton: el mundo como un sistema de bolas de billar, en el cual cada bola individual es pasivamente golpeada por todo el resto. Recuerden que Aristóteles y Newton se afanaban con el determinismo causal porque trataban de desentrañar cómo una cosa, o evento, era influenciada por otras, olvidando que la división del mundo en cosas y eventos separados era una ficción. Decir que ciertos eventos están conectados causalmente es solo una forma torpe de apreciar que son aspectos de un mismo evento, como la cabeza y la cola del gato.

Es esencial comprender esto concienzudamente: la cosa en sí misma (el *Ding an Sich* de Kant) sea animal, vegetal o mineral, no solo es incognoscible, sino que no existe. Esto es importante para la salud y la paz de la mente, pero también por otras «prácticas» razones de economía, política y tecnología. Nuestros proyectos mundanos han caído en la confusión una y otra vez a causa del fracaso en percibir que la gente, las naciones, los animales, insectos y plantas, no existen en o por sí mismos. Esto no implica solamente que las cosas existen en relación unas con otras, sino que lo que llamamos «cosas» no son más que vistazos de un proceso unificado. Este proceso tiene distintos aspectos que pueden atraer nuestra atención, pero debemos recordar que distinguir no es separar. Brillante y clara, la cresta de la ola «co-existe» necesariamente con el suave y menos conformado valle de la ola. Así también, los luminosos puntos de las estrellas co-implican —si se me permite acuñar una palabra— el negro fondo del espacio.

En la teoría de la Gestalt sobre la percepción, esto es conocido como relación entre figura y fondo. Esta tesis afirma, en una palabra, que ninguna figura es percibida si no está en relación con un fondo. Por ejemplo, si usted se acerca tanto a mí que el perfil de mi cuerpo queda fuera de su campo visual, la «cosa» que usted verá no será ya mi cuerpo. En lugar de eso, su atención será «capturada» por un botón de mi chaqueta o una corbata, pues la

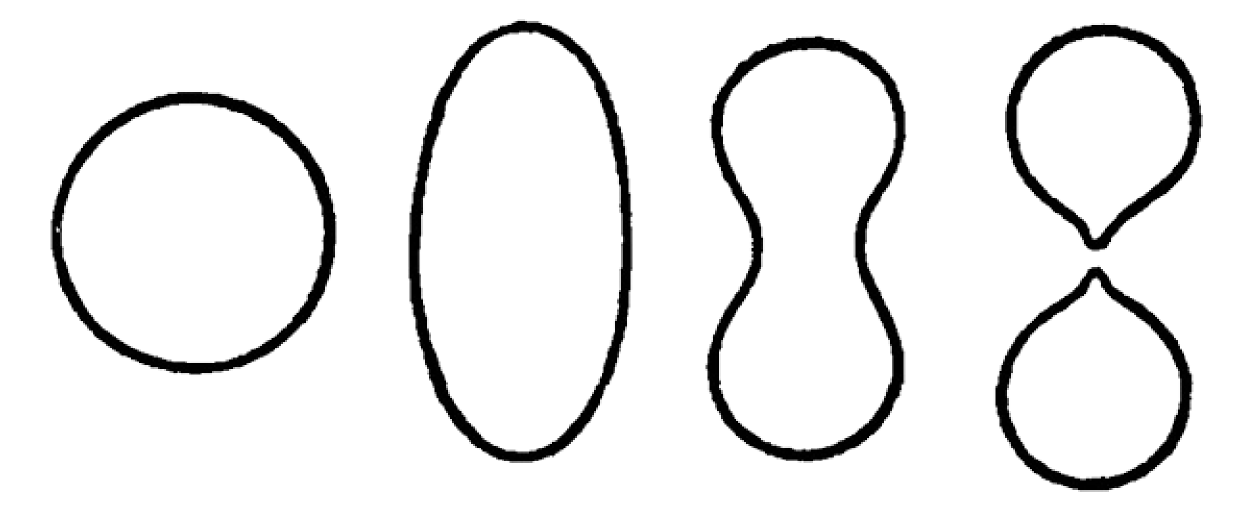
teoría también afirma que, contra un fondo dado, nuestra atención es casi automáticamente «ganada» por cualquier forma en movimiento, en contraste con el fondo estacionario, o por cualquier silueta apretadamente compleja, en contraste con el fondo simple e informe.

Cuando dibujo la siguiente figura en una pizarra



y pregunto «¿Qué he dibujado?» la gente lo identifica generalmente con un círculo, una pelota, un disco o un anillo. Solo un 1% dice: «Una pared con un agujero».

En otras palabras, no advertimos fácilmente que todas las formas del mundo tienen límites en común con las áreas que las rodean, que la silueta de la figura es también el borde interior del fondo. Supongamos que mi dibujo de círculo/agujero se transfigura a través de la siguiente serie de formas:



La mayoría adscribiría el movimiento, el acto, a la figura cerrada, como si fuera una ameba. Pero yo podría haber dibujado también las zonas secas en

una delgada película de agua esparcida sobre una mesa lustrada. El caso es que, de cualquier modo, el movimiento de cada figura del mundo no puede ser adjudicado al exterior o al interior, *solamente*: ambos se mueven *juntos*.

Nuestra dificultad en notar la presencia y la acción del fondo en estas simples ilustraciones aumenta enormemente cuando se trata de la conducta de organismos vivientes. Miramos a las hormigas trepando a un montículo de arena, o a la gente paseando por una plaza, y nos parece absolutamente indiscutible que las hormigas y la gente son responsables exclusivas por el movimiento. Aunque, en realidad, esta es solo una versión más compleja del simple problema de las tres bolas que se mueven en el espacio, en el cual debimos establecer, para arribar a una solución, que toda la configuración (Gestalt) estaba en movimiento. No las bolas o el espacio de por sí; ni siquiera las bolas y el espacio juntos, sino más bien un campo único de sólido-vacío del cual las bolas y el espacio son, como si dijéramos, polos.

La ilusión de que los organismos se mueven enteramente por su cuenta es muy persuasiva, hasta que establecemos, como los científicos, una descripción cuidadosa de su comportamiento. Entonces el científico, sea biólogo, sociólogo o físico, encuentra rápidamente que no puede decir lo que el organismo está haciendo a menos que, al mismo tiempo, describa el comportamiento de su entorno. Obviamente, un organismo no puede ser descrito, en el acto de caminar, solo en términos de movimientos de piernas, pues la dirección y velocidad de ese caminar deben expresarse en términos del terreno sobre el cual se mueve. Por lo tanto, esta marcha es a menudo imprevisible. Tiene que ver con las fuentes de alimentación del área, con el comportamiento hostil o amistoso de otros organismos, y con otros incontables factores que no consideramos en forma inmediata cuando la atención se desplaza por primera vez hacia una hormiga que merodea. Cuanto más detallada es la descripción de nuestra hormiga, más incluye asuntos como la densidad, la humedad o la temperatura de la atmósfera ambiente, tipos y fuentes de alimentación, estructura social de su propia especie, y de las especies vecinas con las que tiene relaciones simbióticas y predatorias.

Cuando, al fin, toda la lista es compilada y el científico declara «¡Hemos terminado!» por falta de tiempo o interés ulterior, bien puede quedar la impresión de que la conducta de la hormiga no es más que su automática e involuntaria respuesta al medio ambiente. Es atraída por esto, repelida por tal otra cosa; conserva su vida por una condición y la pierde por otra. Pero supongamos que el científico dirige su atención a algún otro organismo en el vecindario de la hormiga, tal vez un ama de casa, y su cocina grasienta:

¡Deberá incluir a esa hormiga, y a todos sus amigos y relaciones, como algo que determina la conducta de *Ella*! Doquiera que posa su atención, el científico encuentra, en lugar del positivo agente causal, un sujeto meramente pasivo, cuyos límites van hacia aquí y hacia allá de acuerdo con las presiones exteriores.

Aunque, en segunda instancia, esto no servirá. ¿Qué *significa* —se pregunta él— que la descripción de lo que la hormiga está haciendo debe incluir lo que su medio ambiente está haciendo? Significa que la cosa o entidad que está estudiando y describiendo ha cambiado. Empezó siendo una hormiga individual, pero se convirtió rápidamente en todo el campo de actividades en el cual se halla la hormiga. Ocurrirá igual si uno intenta describir un órgano particular del cuerpo: será ferozmente ininteligible, a menos que tome en cuenta sus relaciones con los otros órganos. Así, toda disciplina científica para el estudio de los organismos vivientes —bacteriología, botánica, zoología, biología, antropología— debe, desde su propio punto de vista, desarrollar una ecología, literalmente «la lógica de la vivienda», o el estudio de las relaciones organismo-medio ambiente. Desafortunadamente, esta ciencia perturba la política académica: es demasiado interdisciplinaria para los celosos guardianes de las competencias departamentales. Pero el descuido de la ecología es la más seria debilidad de la tecnología moderna, y va de la mano con nuestra resistencia a participar como miembros en la vasta comunidad de las especies vivientes.

El hombre aspira a *Gobernar* la naturaleza, pero cuanto más se estudia una ecología, más absurdo parece hablar de cualquier aspecto de un organismo, o de un campo organismo-medio ambiente, como rector de otros. Una vez la boca, las manos y los pies se dijeron uno al otro: «Nosotros hacemos todo el trabajo, buscando comida y masticándola; pero ese tipo perezoso, el estómago, no hace nada. Ya es hora de que trabaje él también. ¡Declaramos la huelga!» Así fue que pasaron varios días sin trabajar. Pero pronto se encontraron más y más débiles, hasta que, al final, cada uno de ellos descubrió que el estómago era *su* estómago, y que deberían volver al trabajo para conservar la vida. Sin embargo, en textos de fisiología hablamos del cerebro, o del sistema nervioso, «gobernando» al corazón o al tubo digestivo. Todavía la mala política entra en la ciencia para demostrarnos que el corazón pertenece al cerebro más que el cerebro al corazón. En verdad, es tan cierto, o falso, decir que el cerebro «se alimenta» a través del estómago, como que el estómago «desarrolla» un cerebro en su agujero superior para conseguir más comida. Tan pronto como uno advierte que las cosas separadas son ficticias,

encuentra obvio que las cosas inexistentes no puedan «realizar» acciones. La dificultad es que la mayor parte de los lenguajes están estructurados de modo que las acciones (verbos) deben ser puestas en movimiento por cosas (sustantivos) y olvidamos que las reglas de la gramática no son necesariamente patrones de la naturaleza. Esto, que es tan solo una convención de la gramática, resulta también responsable por (o mejor dicho «co-implica») las absurdas adivinanzas que preguntan cómo gobierna el espíritu a la materia, o mueve la mente al cuerpo. ¿Cómo puede un sustantivo, que por definición es *no* acción, producir una acción?

Los científicos estarían menos confundidos si usaran un lenguaje, sobre el modelo del amerindio Nootka, compuesto de verbos y adverbios, y carente de sustantivos y adjetivos. Si podemos hablar de una casa como de *habitar* o de un asiento como *sentarse…* ¿Por qué no podemos pensar en la gente como «populando», en cerebros como «cerebrar» o en una hormiga como «hormiguear»? Así, en el idioma Nootka, una iglesia es «habitar religiosamente», un comercio es «habitar comercialmente» y una casa es «habitar hogareñamente». Nosotros estamos habituados a preguntar «¿Quién o qué está habitando? ¿Quién popula? ¿Qué es lo que hormiguea?». ¿Pero acaso no es obvio que, cuando decimos «El relámpago resplandeció», el resplandecer es idéntico al relampaguear, y bastaría decir «Hubo relámpago»? Todo lo que etiquetamos con un sustantivo es, demostrablemente, un proceso o acción, pero el lenguaje está lleno de extravagancias, como ese «él» tácito en «Está lloviendo», que señalan supuestas causas de acción.

¿Realmente se explica el acto de correr, con decir que «Un hombre está corriendo»? Al contrario, la única explicación sería una descripción de la situación en la cual «un populando (co-implica) correr». (No estoy recomendando esta primitiva y rústica forma de lenguaje verbal para uso general. Deberíamos elaborar algo mucho más elegante.) Por lo tanto, correr no es algo distinto a mí, al organismo que efectúa esa acción. Pues el organismo es a veces un proceso que corre, otras un proceso que está de pie, otras un proceso que duerme, y así de seguido, y en cada caso la «causa» de su conducta es la situación como conjunto, el organismo/ambiente. Por cierto, sería mejor desechar la idea de causalidad y usar en su lugar la idea de relatividad.

Pues es también inexacto decir que un organismo «responde» o «reacciona» a una situación dada corriendo, o estando de pie, o haciendo cualquier otra cosa. Este es, aún, el lenguaje del billar Newtoniano. Es más fácil pensar en las situaciones como estructuras en movimiento, como

verdaderos organismos ellas mismas. Esto es; para volver al gato, o al *gatear*, una situación con orejas en punta y bigotes, en un extremo, no tiene una cola en el otro extremo como respuesta o reacción a los bigotes, o a las patas, o a la piel. Como dicen los chinos, los variados aspectos de una situación «se sostienen mutuamente», o se implican entre sí como el dorso implica a la palma, y como las gallinas implican a los huevos, o viceversa. Existen en relación mutua como los polos del magneto, solo que a través de una concatenación más compleja.

Por otro lado, como bien sugiere la relación huevo-gallina, no todos los aspectos de una situación total deben aparecer al mismo tiempo. La existencia de un hombre implica padres, aunque hayan muerto hace tiempo, y el nacimiento de un organismo implica su muerte. No sería tan descabellado llamar al nacimiento la «causa de la muerte» como llamar a la cabeza del gato «causa» de la cola. Levantar el cuello de una botella implica levantar la base también, pues las «dos partes» suben al mismo tiempo. Si yo cojo un acordeón por un extremo, el otro subirá algo después, pero el principio es el mismo. Las situaciones totales son, por lo tanto, formaciones en el tiempo y en el espacio.

Este es el momento de aclarar que no estoy tratando de contrabandear la «situación total» como nuevo disfraz para las viejas «cosas» que, según se suponía, explicaban la conducta o la acción. La situación total, o «campo» lleva siempre un extremo abierto (¿o ambos?) pues

> *Los pequeños campos tienen campos grandes*
> *sobre sus espaldas para morderlos*
> *y los campos grandes tienen otros mayores*
> *y así ad infinitum.*

No podremos nunca, jamás, describir *todos* los aspectos de la situación *total* que es el universo. Afortunadamente, no debemos describir cada situación exhaustivamente, porque algunos de sus aspectos parecen ser mucho más importantes que otros para comprender la conducta de los organismos que actúan en ella. Nunca obtenemos más que un boceto de la situación, y sin embargo esto es suficiente para mostrar que las acciones (o procesos) deben ser explicados en términos de situaciones, exactamente como las palabras deben ser entendidas en el contexto de oraciones, párrafos, capítulos, libros, bibliotecas y… la vida misma.

Para resumir; así como ninguna cosa u organismo existe por su cuenta, tampoco actúa por sí solo. En efecto, todo organismo es un proceso: esto es,

el organismo, no es más que sus acciones. Para decirlo rústicamente: *es* lo que *hace*. El organismo, incluyendo a su conducta, es un proceso que solo puede ser entendido en relación con el más vasto proceso de su ambiente. Pues lo que entendemos por «comprender» o «aprehender» es ver cómo encajar las partes en un total, y darse cuenta de que ellas no *componen* el conjunto, como para armar un rompecabezas, sino que todo el conjunto es una configuración, un abigarrado complejo, que *no tiene* partes separadas. Las partes son ficciones del lenguaje, del cálculo con que se mira el mundo a través de una red que *parece* trocearlo en pedazos. Las partes existen solo para imaginar y describir, y la forma en que nos representamos el mundo puede confundirnos si no lo recordamos todo el tiempo.

Cuando esto queda claro, hemos abandonado el mito del Universo Totalmente Automático, donde la conciencia humana y la inteligencia son una casualidad en medio de la ilimitada estupidez. Pues si el comportamiento de un organismo solo es inteligible en relación con su medio ambiente, el comportamiento inteligente implica un medio inteligente. Obviamente, si las «partes» no existen, carece de sentido hablar de una parte inteligente que pertenece a un conjunto irracional. Es suficientemente fácil comprender que un humano inteligente implica una sociedad inteligente, pues pensar es una actividad social, un intercambio mutuo de mensajes e ideas basadas en instituciones sociales como lenguajes, ciencias, bibliotecas, universidades y museos. ¿Y qué hay del medio ambiente no-humano en el cual la sociedad humana florece?

Los ecólogos hablan a menudo de la «evolución del ambiente», por encima y más allá de la evolución de organismos. Pues el hombre no apareció en la tierra hasta que la tierra misma, junto con todas sus formas biológicas, hubo evolucionado hasta un cierto grado de equilibrio y complejidad. En este punto de evolución la tierra «implicó» al hombre, tal como la existencia del hombre implica ese tipo de planeta en tal estado de evolución. El equilibrio de la naturaleza, la «armonía de conflictos contenidos», en la cual el hombre aparece, es una red de organismos mutuamente interdependientes, de la más asombrosa sutileza y complejidad. Teilhard de Chardin la ha llamado la «biosfera», esa película de organismos vivientes que cubre la «geosfera» original, el planeta mineral. La falta de conocimientos sobre la evolución de lo «inorgánico» hacia lo «orgánico», acoplada con mitos desviadores donde la vida viene «a» este mundo desde algún lado «fuera» de él, ha hecho difícil, para nosotros, ver que la biosfera surge en, o coimplica un cierto grado de evolución geológica. Pero, como Douglas Harding ha señalado, tendemos a

pensar en este planeta como en una roca infestada de vida, lo cual es tan absurdo como creer que el cuerpo humano es un esqueleto infestado de células. Seguramente, todas las formas vivientes, incluyendo al hombre, deben ser entendidas como «síntomas» de la tierra, el sistema solar y la galaxia, en cuyo caso no podemos escapar a la conclusión de que la galaxia es inteligente.

Si yo veo, primeramente, un árbol en el invierno, puedo pensar que no es un árbol frutal. Pero cuando vuelvo, en verano, para encontrarlo cubierto de duraznos, exclamaré: «¡Perdón. Eras un frutal después de todo!» Imaginen, entonces, que un billón de años atrás, algunos seres de otra parte de la galaxia hicieron una gira a través del sistema solar, en su salchicha volante, y no encontraron vida. Lo hubieran despreciado como: «Nada más que un montón de piedras viejas». Pero, si volvieron hoy, tendrían que disculparse: «¡Bueno, ustedes *eran* rocas *populantes* después de todo!» Usted podría argumentar, por supuesto, que no hay analogía entre las dos situaciones.

El árbol frutal fue en algún momento una semilla dentro de un durazno, pero la tierra —y mucho menos el sistema solar, o la galaxia— nunca fue una semilla dentro de una persona. ¡Y sin embargo, aunque parezca muy extraño, ustedes estarían equivocados si pensaran así!

He tratado de explicar que la relación entre un organismo y su medio ambiente es *mutua*, que ninguno es la «causa» o determinante del otro, desde que la relación entre ellos es polar. Si, entonces, tiene sentido explicar el organismo y su conducta en términos del medio ambiente, tendrá sentido también explicar al medio ambiente en términos del organismo. (Hasta aquí he mantenido esto dentro de la manga para no complicar el primer aspecto del cuadro). Pues hay un sentido muy real y físico en el cual el hombre, y todos los otros organismos, crean su propio medio ambiente.

Todo nuestro conocimiento del mundo es, en cierto sentido, autoconocimiento, Pues conocer es una traslación de eventos exteriores al interior de procesos corporales, y especialmente a estados del sistema nervioso y el cerebro: conocemos el mundo *en términos* del cuerpo, y de acuerdo con su estructura. Alteraciones quirúrgicas del sistema nervioso o, con toda probabilidad, órganos sensoriales de una estructura diferente a la nuestra, implicarían diferentes tipos de percepción, exactamente como el microscopio y el telescopio cambian la visión del ojo desnudo. Las abejas y otros insectos tienen, por ejemplo, una visión polarizada que les permite saber la posición del sol al observar cualquier zona de cielo azul. En otras palabras: por la diferente estructura de sus ojos, el cielo que ellos ven no es nuestro

cielo. Los murciélagos y las palomas mensajeras tienen un equipamiento sensorial análogo al radar, y a este respecto ven más «realidad» que nosotros, sin nuestros instrumentos especiales.

Desde el punto de vista de los ojos de usted, su propia cabeza parece ser un bulto invisible, ni oscuro ni claro, ubicado inmediatamente detrás de la cosa más próxima que usted puede ver. Pero, de hecho, todo el campo de visión «ahí afuera, enfrente» es una sensación en el extremo póstero-inferior de su cabeza, donde están situados los centros ópticos del cerebro. Lo que usted ve ahí afuera es, inmediatamente, lo que el interior de su cabeza «percibe» o «siente». Así, también todo lo que oye, toca, saborea y huele es algún tipo de vibración, interactuando con su cerebro, que a su vez transforma esa vibración en lo que se conoce como luz, color, sonido, dureza, rugosidad, saladura, pesadez o puntiagudez. Fuera de su cerebro, todas estas vibraciones serían como el sonido de una sola mano batiendo palmas, o de palillos que golpean en un tambor sin parche. Fuera de su cerebro o de algún otro, el mundo está desprovisto de luz, calor, peso, solidez, movimiento, espacio, tiempo o cualquier otra calidad imaginable. Todos estos fenómenos son interacciones, o transacciones de vibraciones en un cierto ordenamiento de neuronas. Por esto las vibraciones de luz y calor del sol no se convierten realmente en luz o calor hasta que interactúan con un organismo viviente, exactamente como los rayos de luz no son visibles en el espacio a menos que los reflejen partículas de polvo o de atmósfera. En otras palabras, «hacen falta dos» para que algo ocurra. Como vimos, una sola bola en el espacio no tiene movimiento, mientras que dos dan posibilidad de movimiento lineal; tres bolas se mueven en un plano, cuatro lo hacen en tres dimensiones.

Lo mismo es verdad para la activación de una corriente eléctrica. Ninguna corriente «fluirá» a través de un cable hasta que el polvo positivo esté conectado con el negativo, o, para decirlo muy simplemente, ninguna corriente se iniciará a menos que tenga un punto de llegada, y un organismo viviente es un «punto de llegada» aparte del cual no pueden existir nunca «corrientes» o fenómenos de luz, calor, peso, dureza, y demás. Se podría decir que la magia del cerebro es evocar estas maravillas del universo, como el arpista evoca la melodía a partir de las silenciosas cuerdas.

Un ejemplo de la existencia como relación es la producción de un arco iris. Pues este aparece solamente cuando hay una cierta relación triangular entre componentes: el sol, la humedad en la atmósfera y un observador. Si los tres están presentes, si la relación angular entre ellos es correcta, entonces, y solo entonces, existirá el fenómeno «arco iris». Tan diáfano como es, el arco

iris no constituye una alucinación subjetiva. Puede ser verificado por cualquier número de observadores, aunque cada uno lo verá en una posición levemente distinta. Siendo niño, una vez perseguí el extremo de un arco iris con mi bicicleta, y me sorprendió descubrir que siempre retrocedía. Era como tratar de atrapar el reflejo de la luna en el agua. Comprendí, entonces, que ningún arco iris aparecería a menos que el sol, yo y el centro invisible del arco estuviéramos en línea recta; que yo cambiaba la posición aparente del arco cada vez que me movía.

No cabe duda de que un observador en la posición adecuada es tan necesario para la manifestación de un arco iris como los otros dos componentes, el sol y la humedad. Por supuesto, uno podría decir que *si* el sol y cierto grado de humedad estuvieran en la correcta relación, digamos, sobre el océano, cualquier observador, desde un barco que navegara en línea con ellos, *podría* ver el arco iris. Pero también es cierto que, si un observador y el sol están correctamente alineados, surgirá el arco iris cuando aumente la humedad del aire. De alguna manera, el primer conjunto de condiciones parece preservar la realidad del arco-iris al margen de un observador. Pero el segundo conjunto, eliminando una buena y sólida «realidad exterior», parece sentar el indiscutible hecho de que, dadas ciertas condiciones, no siempre hay arco iris. Lo que ocurre es que nuestra mitología corriente afirma que las cosas existen por su propia cuenta, haya un observador o no. Sostiene la fantasía de que el hombre no está realmente comprendido en el mundo, que no crea alteraciones en él, y que puede observar la realidad independientemente, sin cambiarla. Pues el mito de este mundo físico sólido y sensible que está «ahí», lo veamos o no, va de la mano con el mito de que todo observador es un ego separado, «confrontado» con una realidad bien distinta a él mismo.

Tal vez podemos aceptar este razonamiento sin demasiada lucha cuando se refiere a cosas como arco-iris y reflejos, cuyo *status* de realidad nunca fue muy alto. ¿Pero qué ocurre si descubrimos que nuestra percepción de rocas, montañas y estrellas es una situación del mismo tipo? No hay en esto nada insensato. No nos hemos sumergido en vocablos sospechosos como mente, alma o espíritu. Hemos estado, simplemente, hablando de una interacción entre las vibraciones físicas y el cerebro, con sus diversos órganos sensoriales, afirmando tan solo que las criaturas con sus cerebros son un aspecto *integral* de la configuración que también incluye a la tierra y a las estrellas, y que sin este aspecto integral (o polo de la corriente) todo el cosmos estaría tan inmanifestado como el arco iris sin gotitas en el aire, o sin un observador.

Nuestra resistencia a este razonamiento es psicológica. Nos hace sentir inseguros, porque descoloca una imagen familiar del mundo en el cual las piedras, sobre todo, son símbolos de la realidad dura e inconmovible, y la Piedra Eterna es una metáfora para el propio Dios. La mitología del siglo diecinueve ha reducido al hombre a un pequeño germen terriblemente intrascendente, en un universo inimaginablemente vasto y persistente. Simplemente, es demasiado chocante, es un cambio demasiado rápido, reconocer que este pequeño germen con su fabuloso cerebro está evocando todo el asunto, incluyendo las nebulosas que están a millones de años luz.

¿Nos fuerza esto a la conclusión altamente improbable de que hasta que el primer organismo viviente nació equipado con cerebro no *había* universo: los fenómenos orgánicos vinieron a la existencia en ese mismo momento temporal? ¿Es posible que toda la historia geológica y astronómica sea una mera extrapolación, como si se tratara de hablar sobre lo que *habría ocurrido si* aquello hubiera sido observado? Tal vez. Pero yo aventuraría una idea más prudente. El hecho de que todo organismo evoque su propio medio ambiente debe ser corregido con el aspecto polar, y opuesto, de que el medio total evoca al organismo. Por lo tanto, el medio total (o *situación*) es ambas cosas, espacial y temporalmente más ancho y largo que los organismos contenidos en su campo. El organismo evoca el conocimiento de un pasado antes de sí mismo, y un futuro más allá de su muerte. En el otro polo, el universo no habría comenzado, o no se habría manifestado, a menos que «proyectara» en algún momento incluir organismos, del mismo modo que la corriente no empezará a fluir desde el extremo positivo de un cable hasta que la terminal negativa se haya establecido. El principio es el mismo, así lleve al universo billones de años polarizarse en un organismo, o a la corriente un solo segundo atravesar un cable de 186 mil millas de largo.

Repito que la dificultad en comprender la polaridad organismo-medio ambiente es psicológica. La historia y la distribución geográfica del mito son inciertas, pero por algunos miles de años hemos estado obsesionados con una falsa humildad, por un lado, disminuyéndonos como meras «criaturas» que vinimos a este mundo por el deseo de Dios, o por el forcejeo de potencias ciegas, y por el otro concibiéndonos como egos personales y separados, luchando por controlar el mundo físico. Nos ha faltado la humildad real de reconocer que somos miembros de la biosfera, la «armonía de conflictos contenidos» en la cual no podemos existir en absoluto sin la cooperación de plantas, insectos, peces, ganado y bacterias. En la misma medida, nos ha faltado el debido respeto por nosotros mismos para reconocer que *Yo*,

organismo individual, soy una configuración de ingenuidad tan fabulosa que «invento» todo el universo. En el acto de poner todo a distancia para describirlo y controlarlo, nos hemos exilado, nosotros mismos, del mundo que nos rodea y de nuestros propios cuerpos, dejando a Yo como un descontento y alienado huérfano, ansioso, culpable, desconectado y solo.

Hemos alcanzado una visión del mundo y un tipo de salud que están resecos como polvorientas latas de cerveza abandonadas en una playa. Es el nuestro un mundo de *objetos*, de *nadas* tan ordinarias como una mesa de formica con adornos cromados. Lo encontramos inmensamente tranquilizador: el problema es que no se queda quieto, y por lo tanto debe ser defendido, aun al costo de convertir otra vez al planeta en una bella y limpia piedra. Pues la vida es, después de todo, un accidente bastante curioso y turbulento en nuestro universo, básicamente geológico. «¿Si un niño pide pan, su padre le dará una piedra?» Probablemente la respuesta es: «Sí».

Sin embargo, esto no intenta desmentir el pensamiento científico que, por estas fechas, ha ido mucho más allá del billar newtoniano y del mito mecánico del universo Totalmente Automático, compuesto por meros objetos. Fue en ese punto donde la ciencia comenzó, en verdad; de acuerdo con el principio de William Blake —«el tonto que *persiste* en su locura se volverá sabio»— el científico consecuente es el primero en advertir la obsolescencia de los viejos modelos del mundo. Abramos un buen libro de texto sobre la teoría de los *quantum*:

> … el mundo no puede ser correctamente analizado en partes diferentes; al contrario, será concebido como una indivisible unidad en la cual las partes separadas aparecen como aproximaciones, solamente válidas en el sistema clásico o newtoniano… Esto es, en el nivel quantum de exactitud, un objeto carece de propiedades «intrínsecas» (por ejemplo, onda o partícula) que le pertenecen solo a él; al contrario, comparte todas sus cualidades mutua e indivisiblemente con los sistemas en los cuales interactúa. Más aún: puesto que el objeto dado, digamos un electrón, interactúa muchas veces con diferentes sistemas que desarrollan potencialidades diversas, él sufre… continuas transformaciones entre calidades cambiantes (por ejemplo, otra vez, onda o partícula) en las que puede manifestarse. Aunque esa fluidez, y la estrecha relación de la forma con el medio ambiente, no eran apreciadas antes de la teoría de los quantum, en física no son raras, a nivel de partículas elementales… ni tampoco en campos como el de la biología, es decir campos que tratan sobre sistemas complejos. Bajo determinadas condiciones ambientales, una bacteria pasa al estadio de esporo, que estructuralmente es por completo distinto, y viceversa.

También contemos con el otro aspecto del cuadro, complementario, tal como lo expone el eminente biofísico Erwin Schrödinger:

> No es posible que esta unidad de conocimiento, sentimiento y elección que usted considera *suya propia* pueda haber caído a la existencia desde la nada, en un momento dado, hace no demasiado tiempo; más bien este conocimiento, sentimiento y elección parecen

> esencialmente eternos, incambiables y numéricamente *uno* en todos los hombres, es decir en todos los seres sensibles. Pero no en *este* sentido: que *usted* es una parte, una pieza, un aspecto o modificación de un ser eterno e infinito, como en el panteísmo de Spinoza. Pues volveríamos a caer en la misma, inquietante pregunta: ¿Qué parte, qué aspecto es *usted*? ¿Qué es lo que objetivamente lo diferencia de los demás? No es eso, pues, pero —inconcebible como parece a la razón ordinaria— usted y todos los seres conscientes, como tales, están todos en todo. Hete aquí que la vida suya, que usted está viviendo, no es solo un pedazo de la existencia total, sino que en cierto sentido es el *total*; pero este total no está constituido en forma que pueda ser mirada de una sola ojeada.

El universo implica al organismo, y cada organismo implica al universo, solo que la «ojeada única» de nuestra atención restringida, como enfocada, que ha sido adiestrada para confundir sus vistazos con «cosas» separadas, debe ser abierta, de algún modo, a esa visión total que Schrödinger sugiere así:

> O sea que usted puede arrojarse al suelo y abrazar a la Madre Tierra con la certera convicción de que es uno con ella, y lo mismo ella con usted. Usted se siente firmemente sustentado, protegido por ella, y en verdad es usted mil veces más firme e invulnerable aún que ella. Pues tan seguro como que ella lo engullirá a usted mañana es que ella lo repondrá a usted en el esfuerzo y el sufrimiento. Y no meramente «algún día»: ahora, hoy, cada día, ella lo está produciendo a usted, no *una vez* sino miles de miles de veces, exactamente como lo devora a usted mil veces cada día. Pues eternamente y siempre hay tan solo *ahora*, uno y el mismo ahora; el presente es la única cosa que no tiene fin.

## *5. ¿Y ahora qué?*

Cuando hablo de una nueva visión, me suelen preguntar: ¿Y para qué? Parece increíble, pero es lo primero que se plantean los protestantes: ¿Para qué sirve? Los católicos, hindúes, budistas, musulmanes y taoístas entienden la visión —o la contemplación— como buena en sí misma, en el sentido de la visión beatífica o arrobamiento que permite a todos los seres sumergirse en el conocimiento y en el amor a Dios. Esta posibilidad pone nerviosos a los protestantes. Según un predicador oficial, hay que asegurar a los que están en el Cielo «un crecimiento continuo en nuestro amor y en nuestra devoción». No se puede frenar el Progreso: aun en el Paraíso es una comunidad en Desarrollo.

Me imagino que todo esto ocurre porque el protestantismo moderno, particularmente en sus formas liberales y progresivas, es la religión más dominada por la mitología de los objetos, por la doctrina del hombre como ego separado. El hombre así definido y experimentado es —por supuesto— incapaz de todo placer o satisfacción. Ni hablemos de su poder creativo. Burlado en su ilusión de vivir como ser «independiente», fuente responsable de actos, no puede comprender por qué lo que hace nunca se parece a lo que debería hacer. La sociedad lo define como ser independiente y luego no puede persuadirlo de que sea «sociable», de que actúe «en bien de la comunidad». Por lo tanto, el hombre vive castigado por un perpetuo sentimiento de culpa, y hace los esfuerzos más heroicos para aplacar a su conciencia. De esta clase de esfuerzos provienen los servicios sociales, los hospitales, los movimientos para la paz, los programas de ayuda exterior, la educación libre y toda la filosofía del «bienestar social».

Hay en todo esto algo que asombra: cuanto más éxito tienen nuestros esfuerzos filantrópicos, peores son los problemas de la humanidad. En primer lugar: ¿Nos hemos preguntado qué es lo que pretendemos con toda nuestra prédica progresista? Una vez que hayamos alimentado a los hambrientos, vestido a los desnudos, alojado a todos los desamparados de la Tierra… ¿Entonces qué? ¿Acaso pretendemos que algunos desafortunados brinden su ayuda a otros seres humanos más desafortunados aún? La idea rectora de todo nuestro concepto del progreso mundial es la obtención de una nueva vida para que cada bengalí tenga su televisor, para que cada zulú se enloquezca

persiguiendo un nuevo símbolo de status, para que todos los que hoy tienen hambre mañana se desesperen no ya por tener el estómago lleno sino por estar «in».

Hace algunos años, un amigo mío paseaba por unas plantaciones de té cerca de Darjeeling cuando se encontró con un sector de plantas muy marchitas y abandonadas. Cuando preguntó cómo habían llegado las plantas de té a ese afligente estado, se le respondió que el hacendado, muy apenado por la miseria de sus peones, les había duplicado el sueldo. Razón por la cual los campesinos habían trabajado exactamente la mitad de lo habitual, en una temporada crítica durante la cual era necesario el cuidado cotidiano de los sembrados. Mi amigo relató el episodio a un comunista hindú. El consejo recibido fue pagar el doble, pero obligar a los campesinos a trabajar. Entonces mi amigo consultó a un empresario americano, y este propuso mantener el doble sueldo, pero… ¡Poner radios a transistores en las casas de los peones! Los dos consejeros ignoraban un hecho fundamental: para los trabajadores que habían descuidado el té, el tiempo libre para holgazanear valía mucho más que el dinero. A los activistas compulsivos les cuesta mucho entender que los vastos problemas económicos y sociales de nuestro mundo no se resolverán tan solo con tecnología y trabajo. El intruso no puede aparecer como Santa Claus y arreglarlo todo, especialmente nuestra clase de intruso que no tiene noción de la realidad y por lo tanto huele a entrometido. El hombre occidental no sabe lo que quiere, y en todo el mundo sospechan que sus regalos contienen alguna trampa.

Si usted sabe lo que quiere, si usted puede quedar satisfecho con algo, es usted digno de confianza. Pero si usted no lo sabe, sus deseos son insaciables y por lo tanto nadie sabrá cómo negociar con usted. Nada satisface al individuo que es profundamente incapaz de gozar. No digo que las grandes empresas americanas y europeas estén en manos de canallas que chupan la sangre de los pobres del mundo. Estoy diciendo que nuestros hombres más ricos y poderosos son —ellos también— pobres víctimas cautivas en la noria del dinero, que no tienen la menor idea de cómo se hace para gastar una fortuna y disfrutar de la vida.

*Si yo hubiera sido un infiel,*
*habría celebrado la viña púrpura.*
*Mis esclavos explotarían mis viñedos*
*y yo bebería el vino.*
*Pero es Higgins el infiel,*
*y sus esclavos se ven magros y grises.*

*Pues él suele beber una leche tibia*
*dos veces, justas, al día.*

La cruel verdad es que nuestros mejores esfuerzos por los derechos civiles, la paz, el control de la población, la conservación de la naturaleza, la ayuda a los hambrientos de la Tierra —cuestiones urgentes por cierto— no harán bien a nadie, sino más bien daño, en el espíritu en que nos hallamos. Tal como están las cosas, no tenemos nada que ofrecer. Si nuestra propia riqueza, nuestro maravilloso sistema de vida, no nos hacen felices a nosotros mismos, sin duda no le harán gracia a nadie en ningún otro rincón del mundo. Tal vez produzcan la euforia, la fiebre, la ilusión que suele generar la metedrina, o alguna otra droga similar, en un momento de profunda fatiga. Pero solo los que están llenos de paz podrán hacer la paz; solo los que aman podrán enseñar a amar. Ni una pizca desamor puede florecer de una semilla hecha de angustia, miedo, amargura o frustración. Así como de nada servirán los planes para el futuro si los diseñan aquellos que no son capaces de vivir el presente.

La persona «independiente» —nuestro famoso Individuo— no está jamás «contento». Ni conforme. Vive en una continua esperanza, mirando hacia el mañana. Este es un reflejo que le fue inculcado desde niño, cuando su indignación ante la doblez de los mayores comenzó a ser sobornada con juguetes. Propongo que examinemos durante unos instantes el rito de Santa Claus: he ahí un auténtico fenómeno religioso «folk» de nuestra cultura.

Aun antes de comenzar el Adviento, que se supone debe ser un período de ayuno, de tres a cuatro semanas, en preparación para la fiesta, las calles están decoradas para las Navidades, los negocios resplandecen con campanillas y alegres presentaciones de regalos, y los sistemas de comunicación masiva nos abruman con sus plácemes, de modo que uno está enfermo del *Venite adoremus* mucho antes del día de Navidad. Los árboles están ya adornados e iluminados en la mayoría de las casas, y a medida que el gran *crescendo* continúa los van rodeando esos brillantes paquetes con lazos deslumbrantes, que parecen contener regalos principescos. A esta altura, las fiestas navideñas ya han tenido lugar en colegios y oficinas, antes del festivo por la verdadera fiesta, de modo que para Nochebuena las celebraciones acaban de pasar su mejor momento. Pero todavía están esos regalos debajo del árbol, y las medias en la chimenea.

Cuando por fin el Día llega, los niños están frenéticos. Incapaces de esperar hasta el almuerzo, y no habiendo dormido la mayor parte de la noche, destrozan los envoltorios dorados y plateados como si contuvieran nada

menos que el Elixir de la Vida o la Piedra Filosofal. Por la tarde, el salón de estar ha quedado como si un camión de desperdicios se hubiera incrustado en una droguería, dejando un revoltijo de cartones retorcidos, papel de envolver, lazos y cintas; corbatas, muñecas, trenecitos a medio armar, trajes espaciales, bombas atómicas de plástico y barras de chocolate pisoteadas; cientos de piezas de meccano, adornos del árbol, aplastados, autos de carrera en miniatura, pistolas de agua, botellas de whisky y globos. Una hora después, los niños están sollozando o gritando, y deben ser alejados de la casa mientras el desorden es mitigado para dar lugar a la cena de Navidad. De aquí en adelante, los Doce Días de Navidad transcurren en medio de estómagos enfermos, resfriados y gripe, y en la Nochevieja los adultos se emborrachan para olvidar todo el asunto.

Bueno, fue divertido describirlo, pero el caso es que esa intensa expectación se desinfló. La muchacha era guapísima, pero el tío resultó impotente. Puesto que debe haber algo, en algún lado, la expectación es suscitada otra vez, para mantenernos a todos en carrera hacia ese dorado y sabroso premio mayor, al final del camino. ¿Qué podrá ser? Los niños lo sabían muy bien hasta que fueron atrapados en la ratonera. Uno de los mejores regalos de Navidad que jamás recibí fue un anillo barato con un diamante de vidrio. Era bastante incidental, algo que saltó de una piñata durante la fiesta. Pero me senté frente a la chimenea con este objeto encantado, y lo hice girar para coger los diferentes colores de esa luz que resplandecía dentro. Sabía que había hallado el Anillo de Salomón, con el que convocó a los *djinns* y a los espíritus de alas de bronce; y no es que deseara que hiciera algo por mí, pues ya era suficiente estar en esa atmósfera, contemplar a esos seres mágicos que venían a la vida en las llamas, y sentir que estaba en contacto con un mundo paradisíaco, intemporal.

Ahora bien; es sintomático en nuestro tipo de salud, insulsa como una vacía lata de cerveza, el detalle de que nuestra cultura produce muy pocos objetos mágicos. La orfebrería es gruesa y poco interesante. La arquitectura está casi totalmente desprovista de exuberancia, obsesionada por la creación de cajas de cristal. Los libros para niños son escritos por damas serias con tres nombres y ninguna imaginación, y en cuanto a los tebeos… ¿Habéis reparado alguna vez en los muebles de la casa de Dadgwood? Las ceremonias potencialmente mágicas de la Iglesia Católica son murmuradas a toda velocidad, o bien racionalizadas con ayuda de un comentarista. El drama o el rito, en la conducta cotidiana, están considerados como afectación y grosería. Las maneras se han vuelto indiscernibles de los amaneramientos, si es que

existen aún. No producimos nada comparable con las grandes alfombras orientales, el cristal y los ilustrados libros persas, la artesanía árabe del cuero, la marquetería española, los tejidos hindúes, la porcelana, las sedas de China, la laca y el brocado japoneses, los tapices franceses, la joyería incaica. (Aunque, incidentalmente, hay ciertos aparatos electrónicos bastante pequeños que se acercan inesperadamente a la calidad de joyas.)

La razón es no solo que estamos demasiado apurados y no tenemos sentido del presente; no solo que no podemos afrontar el tipo de labor que tales cosas exigirían ahora, ni que preferimos el dinero a los objetos. La razón es que hemos borrado la magia del mundo. Incluso hemos perdido la visión del paraíso, de modo que nuestros artistas y artesanos ya no pueden discernir sus formas. Este es el precio que debe pagarse por intentar el control del mundo desde el punto de vista de un «Yo» para quien todo lo que puede ser experimentado es un objeto extranjero y un *nada más que*.

Sería sentimental e imposible volver atrás. Los niños están en contacto con el paraíso mientras no han aprendido por completo el truco del ego, y lo mismo es cierto para las culturas que, según nuestros standards, son más «primitivas» y —por analogía— infantiles. Si, entonces, después de comprender, por lo menos en teoría, que el ego es una trampa y que, en el fondo de todo, «Yo» y el «universo» son uno, usted pregunta: «¿Y entonces qué? ¿Cuál es el próximo paso, la aplicación práctica?»… responderé que la cosa absolutamente vital es consolidar su comprensión, volverse capaz de disfrutar, de vivir en el presente, y de la disciplina que esto implica. Sin esto usted no tiene nada que ofrecer a la causa de la paz o la integración racial, a los hambrientos hindúes y chinos, y aún a sus más íntimos amigos. Sin esto, toda preocupación social será pérdida de tiempo, y todo trabajo para el futuro equivaldrá al desastre planificado.

Pero el camino no va hacia atrás. Así como la ciencia superó su visión puramente atomística y mecánica del mundo a través de *más* ciencia, la trampa del ego debe ser superada a través de una autoconciencia intensificada. Pues no hay forma de librarse del sentimiento de separatidad por un, digamos, «acto de deseo», tratando de olvidarse de uno mismo, o siendo absorbido por algún otro interés. Por eso la prédica moralística es un fracaso tal: solo procrea hipócritas, gente sermoneada hasta el bochorno, la culpa y el temor, que por lo tanto se fuerza a comportarse como si realmente amara a los otros, de modo que sus «virtudes» son a menudo más destructivas y crean más resentimiento que sus «vicios». Un proyecto inglés de servicio social —administrado por unas damas formidables— que se llamaba

Sociedad de Organización de Caridad —la sigla en inglés es C.O.S.— era conocido entre los pobres como «Cringe or Starve»: «Humíllate o muere de hambre».

El filósofo Taoísta Chuang-tzu describió tales esfuerzos para ser desprendidos como «golpear el tambor llamando a un fugitivo», o, como diríamos nosotros, conducir una redada policial con las sirenas a toda marcha. O, como dicen los hindúes, es como tratar de *no* pensar en un mono mientras se toma medicina, pues existe la superstición popular de que pensar en un mono neutraliza el efecto de las medicinas. Todos esos esfuerzos pueden enseñarnos que ellos mismos son inútiles, pues cuanto más intentamos comportarnos sin egoísmo o temor, más nos damos cuenta de que estamos haciendo esto por razones egoístas y medrosas. Los santos se han proclamado siempre abyectos pecadores, a través del reconocimiento de que la aspiración a ser santos es motivada por el peor de todos los pecados, el orgullo espiritual, el deseo de admirarse a sí mismo como éxito supremo en el arte del amor y el desprendimiento. Y debajo de esto yace una interminable sucesión de círculos viciosos: el juego «Yo soy más penitente que tú» o «Mi orgullo, en mi humildad, es peor que el tuyo». ¿Hay alguna forma de no caerán algún tipo, de separatidad? «Yo estoy menos separatizado que tú». «Yo soy un separatizado peor que tú». «Yo entiendo mejor que tú que todo lo que hacemos es separatidad». El truco del ego parece regenerarse interminablemente en cada posición.

Pero, a medida que prosigo estos juegos, a medida que me vuelvo más consciente de ser consciente, más alerta de que soy incapaz de colocarme *arriba* sin que usted (o cualquier otro que no sea yo mismo) esté *abajo*, veo vívidamente que yo *dependo* de su abajo para estar arriba. Nunca podría saber que pertenezco a un grupo «in», o «bueno», o «salvado» sin la ayuda de un grupo «out» compuesto por gente «desagradable» o «condenada». ¿Cómo puede cualquier grupo «in» mantener su ego colectivo sin tranquilizadoras discusiones de sobremesa sobre la conducta espantosa de los de afuera? La verdadera identidad de los racistas sureños depende del contraste con esos «negros sucios». Pero, a la inversa, los grupos «out» sienten que ellos son verdadera y realmente «in», y nutren su ego colectivo con charlas vigorosísimas sobre los cuadrados, fariseos, reaccionarios y la maldita *burguesía*. Al propio Santo Tomás de Aquino se le escapó que parte de la beatitud de los santos, en el Cielo, consistía en echar una ojeada a los alrededores y disfrutar con el «correcto castigo» de los pecadores que se retorcían en el Infierno. Todos los ganadores necesitan perdedores: todos los

santos necesitan pecadores; todos los sabios necesitan tontos; esto es, mientras el mayor objetivo en la vida sea «acumular para algo», o «ser alguien» como entidad particular y separada.

Pero yo me defino en términos de usted: me conozco solo en términos de lo que es «otro», no importa si veo al «otro» como inferior o superior a mí, en cualquier escala de valores. Si está por encima, disfruto del estímulo de la autoconmiseración; si está por debajo, el del orgullo. Yo, siendo yo, *coimplica* a tú-siendo-tú. Esto es, como dijo un gran rabino jasídico: «Yo soy yo porque tú eres tú, y si tú eres tú porque yo soy yo, entonces yo no soy yo, y tú no eres tú». Más bien, ambos somos algo en común entre lo que Martín Buber llamó Yo-y-Tú y Yo-y-ello: el magneto mismo que está entre los polos, entre yo mismo y todo lo percibido como otro.

Ahí tenemos un hecho teóricamente innegable. Pero la cuestión es cómo salir de la *sensación* de estar apartado de todo lo «otro», de ser solo uno mismo, un organismo arrojado en la inevitable competencia con cada «objeto» de su experiencia. Hay innumerables recetas para este proyecto, casi todas las cuales tienen su lado recomendable. Están las prácticas de meditación yoga, danza derviche, psicoterapia, Budismo Zen, Ignacianismo, Salesianismo, método hesicástico o «plegaria», el uso de químicos que alteran la conciencia cómo el LSD y la mescalina, el psicodrama, la dinámica de grupo, las técnicas de alerta sensorial, el Cuaquerismo, los ejercicios de Gurdjeff, las terapias de relajación, el método Alexander, el entrenamiento autógeno y la autohipnosis. La dificultad, en cada una de estas disciplinas, reside en el momento en que usted queda seriamente inmerso; entonces, ha encajado en cierto grupo «in» especial que se define a sí mismo, a menudo con la más elegante sutileza, por exclusión de un grupo «out». Por este camino, toda religión se derrota a sí misma, y esto es igualmente valido para esos proyectos que se definen como no-religiosos o como religiones universales, en la línea de «Yo-soy-menos-exclusivo-que-tú».

Las religiones y las no-religiones, todas establecidas en nombre de la hermandad y el amor universal, son invariablemente divisionistas y sectarias. ¿Qué hay más sectario, en política práctica, que el proyecto de una sociedad verdaderamente democrática y sin clases? Sin embargo el origen histórico de este movimiento es de carácter místico. Se remonta a Jesús y a San Pablo, a Eckhart y Tauler, a los Anabaptistas y Hermanos del Espíritu Libre, con su insistencia de que todos los hombres son iguales a la vista de Dios Parece casi que «ser» es «discutir», o al menos diferir, establecer un contraste con otra cosa. Aquel que no pelea no tiene identidad; el que no es egoísta carece de

ego. Nada estrecha a una comunidad tanto como una causa común contra el enemigo exterior; ese enemigo se convierte en el soporte esencial de la unidad social. Por esto, mayores sociedades requieren enemigos más grandes, llevándonos por un recto camino hacia el peligroso punto de nuestra situación actual: el mundo está dividido virtualmente en dos grandes campos. Pero, si los altos oficiales de ambos lados tienen alguna inteligencia, firmarán un acuerdo secreto para contener el conflicto: gritarse unos a otros los peores insultos, pero nada de tirar bombas. O, si insisten en que debe haber alguna lucha para mantener a los ejércitos en forma, la limitarán a conflictos locales en países «poco importantes». Voltaire diría que, si el Diablo no existiera, sería necesario inventarlo.

A pesar de todo, cuanto más claro queda que ser es disputar y perseguir el propio interés, más se ve usted empujado a reconocer su necesidad de enemigos que lo sostengan. Del mismo modo, cuanto más sólida es la pregunta «Qué o Quién soy yo», más inevitable se vuelve la convicción de que usted no es nada en absoluto sin *alguna otra cosa*. Aunque, otra vez, cuanto más se esfuerza usted por alguna clase de perfección o sabiduría —en moral, arte o espiritualidad— más descubre que está jugando una forma enrarecida del viejo juego del ego, y que su elevación es evidente, para usted y para otros, solo por contraste con el fracaso o la caída de algún prójimo.

Esta idea es, al principio, paralizante. Usted está en una trampa, en la peor de todas las duplicidades, y cualquier dirección que tome implicará, y por lo tanto evocará, su opuesto. Decida ser un Cristo; habrá un Judas para traicionarlo y una turba para crucificarlo. Decida ser un diablo, y los hombres se unirán contra usted con el más dulce amor fraternal. Su primera reacción puede ser, simplemente: «¡Al diablo con esto!» El único camino parece ser olvidar el esfuerzo y dejarse absorber por trivialidades, o salir del juego por suicidio o psicosis, y pasar el resto de la vida murmurando en un asilo.

Pero hay otra posibilidad. En lugar de salir del juego, preguntémonos qué es lo que la trampa significa. ¿Qué implica sentirse paralizado, incapaz de escapar de un juego en el cual todas las reglas son dobles y todos los movimientos autocontradictorios? Sin duda, esta es una profunda e intensa experiencia del mismo doble-juego que fue descargado sobre sus hombros en la infancia, cuando la comunidad dijo que usted *debía* ser libre, responsable y afectuoso, y cuando usted fue definido alevosamente como un agente independiente. La parálisis es, por tanto, la convicción naciente de que todo esto es una tontería y de que su ego independiente es una ficción. Simplemente: *eso* no está *ahí*, ni para hacer algo ni para ser empujado por

fuerzas externas; no puede cambiar las cosas ni someterse al cambio. La sensación de «Yo», que debió identificarse con todo el universo de su experiencia, en lugar de eso fue mutilada como «un observador apartado» de este universo. En el capítulo precedente vimos que la unidad de organismo y medio ambiente es un hecho físico. Pero cuando usted sabe con seguridad que su ego separado es una ficción, usted realmente se *siente como* todo el proceso y configuración de la vida. Experiencia y experimentador se tornan *un experimentar*; conocido y conocedor son *un estar conociendo*.

Cada organismo siente esto desde un punto de vista diferente, en una forma diferente, pues cada organismo es el universo experimentándose a sí mismo en su variedad sin fin. Uno no necesita, entonces, caer en la trampa que esta experiencia contiene para los que creen en un Dios externo y todopoderoso, que es la tentación de proclamar «Yo soy Dios», en *ese* sentido, y esperar adoración y obediencia de todos los otros organismos.

Recuerden, sobre todo, que una experiencia de este tipo no puede ser obligada a suceder por acto alguno de su ficticio «deseo», excepto en el sentido de que los repetidos esfuerzos por *ser uno y alguien* en el universo revelan su propia futilidad. No trate de deshacerse de la sensación de ego. Tómela, mientras dure, como un aspecto o juego del proceso total, como una nube, como sentir calor o frío, algo que sucede por sí mismo. ¡Librarse del propio ego es el último programa del invencible egoísmo! Simplemente, esto confirma y refuerza la realidad del sentimiento. Pero cuando este sentimiento de separatidad es enfocado y aceptado como cualquier otra sensación, se evapora como espejismo que es.

Por eso no soy demasiado entusiasta en cuanto a los distintos «ejercicios espirituales» de meditación o yoga, que algunos consideran esenciales para librarse del ego. Pues cuando se los practica con el objeto de «obtener» alguna clase de iluminación espiritual o despertar, refuerzan la falacia de que el ego puede elevarse a sí mismo, tirando de los cordones de sus zapatos. Pero no hay nada malo en la meditación cuando se cumple solo para meditar, del mismo modo que usted escucha música solo por la música. Si usted va a conciertos para «adquirir cultura» o para mejorar su mente, se sentará en su butaca, pero tan sordo como una puerta.

Entonces, si usted me pregunta *cómo* llegar más allá del sentimiento del ego, yo a mi vez le preguntaré *por qué* pretende usted arribar a ese lugar. Si usted me da la respuesta honrada —esto es, que su ego se sentirá mejor en un «nivel espiritual superior» de auto-trascendencia— comprenderá entonces que, como ego, es usted un perfecto fraude. Se sentirá como una cebolla: una

piel se desprende detrás de la otra, los subterfugios van cayendo uno a uno, y al final no hay pipa alguna en el centro. Y ese es todo el secreto: el ego es un completo engaño, _ un muro de defensa alrededor de un muro de defensa… alrededor de nada. Ni siquiera puede usted querer librarse de él. Ni aun desea desearlo.

Comprendido esto, verá usted que el ego es exactamente lo que él pretende que no es. Lejos de constituir ese libre centro de la personalidad, puede ser descrito como un mecanismo automático implantado desde la infancia por autoridad social, tal vez con una gota de herencia en la mezcla. Temporariamente, esta revelación lo hará sentirse como un zombie, o una marioneta que baila irresponsablemente, atada a cuerdas que conducen a fuerzas desconocidas. En este punto, el yo-ego puede reorganizarse por medio del insidioso «no-puedo-evitarlo», juego en el cual el ego se divide en dos y simula ser su propia víctima. «¿Ves? Soy solamente un haz de reflejos condicionados, así que no debes enojarte conmigo por actuar tal como siento». Una buena respuesta podría ser: «No te preocupes, nosotros somos también meros zombies, de modo que no deberías quejarte si nos ves enfadados».

¿Pero quién es ese que *no debe* enojarse, o aquel que *no debería* quejarse, como si todavía hubiera en este asunto alguna elección? El ego sobrevive aún en ese «Yo» que debe soportar pasivamente la conducta automática de su «Yo-mismo» y la de los otros, como si el ego, como testigo, pudiera optar entre amoldarse a las cosas o abandonarlas vigorosamente. Lo que aquí ocurre es que el frustrado ego se ha refugiado en el último reducto de su independencia, conservando su identidad como mero testigo o víctima de todo lo que le sucede: se conduele de sí mismo, se tiene pena o se consuela como marioneta del destino.

Pero, si bien este es un nuevo subterfugio, estamos a un paso del último encuentro. Una línea de separación se ha trazado entre todo lo que ocurre, incluyendo a mis propios sentimientos, por un lado, y por el otro Yo-mismo como testigo consciente. ¿No es fácil, ahora, notar que esa línea es imaginaria, y que junto con el testigo que hay detrás de ella, es el viejo proceso fraudulento, aprendido automáticamente en la infancia? ¿La misma, antigua duplicidad entre el conocedor y lo conocido? ¿La conocida rendija que separa al organismo y a su medio ambiente del propio mecanismo autoconsciente? Entonces: si no hay elección en lo que me ocurre, en un extremo de la línea, tampoco la hay en el otro, esto es del lado del testigo, desde donde yo podría aceptar lo que ocurre o rechazarlo. Yo acepto, rechazo

y presencio tan automáticamente como ocurren las cosas, o como mis emociones reflejan mi química fisiológica.

Sin embargo, es en este momento, cuando uno piensa que va a convertirse en un zombie verdadero y total, cuando la cosa estalla. Pues no hay destino a menos que exista algo, o alguien, para ser destinado. No hay trampa sin una presa que pueda caer en ella. Tampoco hay compulsión, por supuesto, a menos que exista libertad de elección, pues la sensación de conducirse involuntariamente solo se distingue en comparación con la de comportarse voluntariamente. Esto es: cuando la línea divisoria entre yo mismo y lo que me ocurre se disuelve, y no hay ya rincón alguno donde pueda refugiarse el ego, ni siquiera como testigo pasivo, ya no me siento *en* un mundo sino *como* un mundo, lo cual no es ni compulsivo ni caprichoso. Tampoco automático, ni arbitrario: simplemente ocurre, y todo lo que ocurre es mutuamente interdependiente en una forma que resulta increíblemente armoniosa. Todo esto van con todo aquello. Sin otros no hay Yo-mismo, y sin algún otro lugar no hay aquí de modo que —en este sentido— Yo-mismo soy otro y aquí es allá.

Cuando surge esta flamante sensación de Yo-mismo, es a un tiempo eufórica y desconcertante. Como aquella primera vez en que usted logró nadar unas brazadas, o conducir una bicicleta sin caerse. Aparece el sentimiento de que no es usted quien lo hace, sino que de algún modo está ocurriendo por su cuenta, y usted se pregunta si perderá esta nueva habilidad, como sin duda le ocurrirá si trata de retenerla forzadamente. Como contraste inmediato, usted cree sentir una cierta pasividad, como si fuera una hoja que lleva el viento, hasta que descubre que usted es la hoja y el viento. El mundo fuera de su piel es tan usted como lo que está dentro; se mueven inseparablemente unidos, y en un principio se siente usted algo descontrolado, porque el mundo de fuera es tanto más grande que el de dentro. Sin embargo, descubre pronto que puede seguir con sus actividades ordinarias, trabajar y tomar decisiones como es habitual, solo que, de algún modo, le resulta menos oneroso. Su cuerpo ya no es un cadáver que el ego tiene que animar y arrastrar. Usted experimenta la sensación de que el suelo lo sostiene, de que las colinas lo elevan cuando camina cuesta arriba. El aire se respira a sí mismo, entrando y saliendo de sus pulmones; en lugar de mirar y escuchar, vienen a usted, por su voluntad, la luz y el sonido. Sus ojos ven y sus oídos oyen, del mismo modo que sopla el viento y fluye el agua. Todo el espacio es su mente. El tiempo lo conduce a usted, como un río, pero nunca desagua

fuera del presente; cuanto más avanza, más se queda, y usted ya no tiene que matar el tiempo, ni correr carreras contra él.

Usted no pregunta qué valor, o qué utilidad, tiene esta sensación. ¿Para qué sirve el universo? ¿Cuál es la aplicación práctica de un millón de galaxias? Justamente porque no tiene utilidad, esta nueva sensación es útil; suena como una paradoja pero no lo es. ¿Pues para qué sirve, por ejemplo, interpretar música? Si usted toca para ganar dinero, para competir con otro artista, o para ser una persona culta, incluso para mejorar su mente, no está tocando de verdad, pues su intención no está en la música. Usted no se entrega a ella. Si uno se pone a pensarlo, la música es puro lujo, un vicio, un desperdicio de tiempo valioso y dinero, solo para construir estructuras eslabonadas de sonido. Sin embargo… ¿cómo juzgaríamos a una sociedad que no reservara un puesto para la música, que no permitiera bailar, o cualquier otra actividad no directamente relacionada con los problemas prácticos de la supervivencia? Obviamente, esa sociedad obligaría a sus miembros a sobrevivir para nada, salvo que de algún modo convirtiera en placeres las «labores esenciales»: cultivar, construir, guerrear, manufacturar, cocinar. Pero si esto último ocurre, la supervivencia como tal se ha olvidado. Las labores comienzan a ser realizadas por su propio sentido: las granjas comienzan a parecer jardines, las sensatas cajas habitables desarrollan techados interesantes y molduras misteriosas, las armas son adornadas con curiosos grabados, los carpinteros se toman su tiempo para «terminar» cada trabajo, y los cocineros se convierten en sibaritas.

Un trabajo filosófico chino titulado *El secreto de la flor dorada* declara que «cuando el propósito ha sido aplicado a conseguir el despropósito, la cosa está lograda». Pero una sociedad que sobrevive para nada no hace provisión para la conducta no-deliberada, para esas acciones no directamente inspiradas por la supervivencia, que se satisfacen por sí mismas, se realizan en el presente y no implican necesariamente una recompensa futura. Claro está que, indirectamente y sin deliberación, esta conducta es útil para la supervivencia, pues le da un sentido; el que pierde en cuanto es perseguida porque resulta útil. Esto es: jugar para descansar y refrescarse después del trabajo no es realmente jugar, y ningún trabajo está bien hecho a menos que él también sea una forma de juego.

Liberarse del «usted-*debe*-sobrevivir» como duplicidad es advertir que la vida es, en su misma raíz, puro juego. Pero resulta difícil entender esto si se confunden los dos significados corrientes de la palabra «jugar». Por un lado, hacer algo *solo* jugando es signo de trivialidad y falsía; en este caso

deberíamos usar, tal vez, la palabra «jugueteando». Si alguna mujer me dice «te quiero», yo podría responder correctamente: «¿Lo dices en serio, o estás solamente jugando conmigo?» Y después de todo, si esta relación va a florecer, espero fervientemente que ella *no* sea seria, y que *juegue* conmigo. En verdad, mi pregunta debería haber sido: «¿Eres sincera o estás jugueteando conmigo?» La sinceridad es mejor que la seriedad, pues… ¿A quién le apetece ser amado solemnemente? Además, hay una forma de jugar que no es trivial en absoluto, como cuando Sir Laurence Olivier juega el papel de Hamlet, o cuando Segovia juega con las cuerdas de su guitarra. En este sentido de la palabra se apoyó San Gregorio Nazianzeno para describir al Logos, la sabiduría creativa de Dios:

*Pues el Logos juega en lo alto*
*agitando el cosmos todo a voluntad,*
*hacia atrás, adelante,*
*en formas de todo tipo.*

En el otro extremo del mundo, dice Hakuin, maestro japonés del Zen:

*En la música y el canto*
*está la voz de la Ley.*

Así también, en el Vedanta, el mundo es concebido como *Lila y Maya* del Sí-mismo; la primera palabra significa «juego», y la segunda tiene el complejo sentido de ilusión —del latín *ludere*, jugar, magia, poder creativo, arte y medida, como cuando uno baila o traza un dibujo dentro de ciertas medidas. Desde este punto de vista, el universo en general y el juego en particular son, en un sentido especial, «insignificantes»; esto es, que no significan nada, no señalan —como las palabras y los símbolos— hacia algo más allá de ellos mismos, tan simplemente como una sonata de Mozart, que no contiene mensaje social o moral ni trata de imitar el sonido natural del viento, el trueno o el canto de los pájaros. Cuando yo produzco el sonido «agua» ustedes comprenden lo que quiero decir. ¿Pero qué significa toda la situación, es decir yo emitiendo el sonido y ustedes comprendiéndolo? ¿Cuál es el significado de un pelícano, un girasol, un delfín, una piedra o una galaxia? ¿Cuál es el significado de a + b : b + a? Son, todos ellos, figuras, danzarinas estructuras de luz y sonido, agua y fuego, ritmo y vibración, electricidad y espacio-tiempo, funcionando como

*Thrummular, thrummular thrilp,*

*Hum lipsible, lipsible lilp,*
*Din Thricken mithrummy,*
*Lumgumpulous hummy,*
*Stormgurgle umbdular bilp.*

O, según las famosas palabras de Sir Arthur Eddington sobre la naturaleza de los electrones:

> Vemos a los átomos, con sus cintos de electrones, lanzados en ronda hacia aquí y hacia allá, chocando y rebotando; los electrones libres desgajados de las órbitas escapan cien veces más rápido, girando vivamente en torno a los átomos, rozándolos de costado, esquivándolos apenas… el espectáculo es tan fascinante que, tal vez, hemos olvidado que hace tiempo queríamos que nos dijeran qué es un electrón. La pregunta nunca tuvo respuesta. Algo desconocido está haciendo algo, y no sabemos qué es; he ahí lo que contiene nuestra teoría. No suena especialmente iluminadora como teoría. Lo más parecido que he leído en algún lado es esto: «The slithy toves did gyre and gimble in the wabe». Existe aquí la misma sugestión de actividad, y una idéntica indefinición sobre la naturaleza de esa actividad y sobre qué es lo que está actuando.

El caso es que «el espectáculo es fascinante». Pues el mundo es un hechizo (en Latín, *fascinum*), un encantamiento —estremecimiento por el canto—, una laberíntica perplejidad, un arabesco de ritmo tan asombroso, de trama tan intrigante, que nos complica y nos compromete en su red hasta el punto de que olvidamos que se trata de un juego. Somos fascinados de tal modo que la risa y la broma se convierten en amor y odio intensos, en placer y terror, orgasmo extático o alarido de pánico. Todo compuesto de *on* y *off*, de negro y blanco, pulsado, tableteado, diagramado, hecho mosaico, síncope, silueta; traqueado, tangueado y deslizado a través de todas las medidas y dimensiones posibles. Es, al mismo tiempo, el más puro sinsentido y la suprema obra de arte.

Escuche usted intensamente una voz que canta, sin palabras. Le puede emocionar hasta las lágrimas, producirle deseos de bailar, llenarle de ira o hacerle saltar de alegría. Usted no puede establecer dónde termina la música y empiezan las emociones, pues todo el fenómeno es una especie de música; la voz opera sobre sus nervios como juega el aliento en una flauta. Y toda experiencia es solo eso, excepto que su música tiene muchas más dimensiones que el sonido. Vibra en las frecuencias de vista, tacto, sabor y olfato, y en la dimensión intelectual de símbolos y palabras, todas evocándose y jugando unas con otras. Pero en su base —y esta es una forma negativa de expresar algo altamente positivo— no son más que la misteriosa manifestación del viejo de Spithead, que abrió su ventana y exclamó:

*Fill jomble, fill jumble,*

*fill rumble-come-tumble.*

Bach lo dice con mayor elegancia, pero el significado es el mismo:



Una vez que usted ha visto esto, puede volver al mundo de los asuntos prácticos con un espíritu nuevo. Usted ha comprendido que el universo es, básicamente, una ilusión mágica y un juego fabuloso, y que no hay «usted» separado que pueda obtener algo de él, como si la vida fuera un banco que podemos asaltar. El único «usted» real es el que entra y sale, se manifiesta y se retira a sí mismo, eternamente, en y como todo ser consciente. Pues «usted» es el universo mirándose a sí mismo desde billones de puntos de vista, que vienen y van, de_modo que la visión es siempre nueva. Lo que percibimos como muerte, espacio vacío o nada es solo el valle que separa las crestas de las olas de este incansable océano. Todo es parte de la ilusión según la cual parece haber algo para ganar en el futuro, y se experimenta la urgente necesidad de avanzar y avanzar hasta lograrlo. Sin embargo, no existe más tiempo que el presente, no existe nadie salvo el todos-y-cada-cosa, no hay nada que ganar, aunque la gracia del juego es simular que lo hay.

Cualquiera que se jacte de saberlo no lo habrá comprendido, pues estará usando la teoría tan solo como truco para mantener su ilusión de separatidad; una triquiñuela más en su juego de vanidad espiritual. Más aún, esa jactancia es profundamente ofensiva para aquellos que no comprenden, y para los que están honestamente convencidos de ser espíritus solitarios e individuales que luchan por su vida en desesperada agonía. Para todos ellos debe haber profunda compasión, sin superioridad; incluso un tipo especial de reverencia y respeto, pues, después de todo, en ellos el Sí-mismo está jugando su juego más atrevido y remoto, que consiste en haberse perdido a sí mismo por completo, corriendo el peligro de un desastre total e irremediable. Es por esto que los hindúes no se dan las manos al encontrarse, sino que unen sus palmas y hacen una reverencia, honrando a la divinidad en cada extraño.

No debe esperarse que esta comprensión convierta a todos, en el acto, en modelos de virtud. Jamás he conocido sabios, o santos, sin debilidades humanas. Pues, mientras usted se manifieste en forma humana o animal, debe alimentarse a expensas de otras vidas y aceptar las limitaciones de su organismo particular, que aún se quemará con el fuego y segregará adrenalina

ante el peligro. La moraleja que sigue a este conocimiento es, sobre todo, el franco reconocimiento de que dependemos de nuestros enemigos, subordinados y ajenos, y, por supuesto, de todas las demás formas de vida, cualesquiera sean. Inmerso como usted se encuentra en los conflictos y competiciones de la vida práctica, nunca podrá volver a permitirse la ilusión de que «el otro» está totalmente equivocado, y podría —o debería— ser eliminado. Esto le dará a usted la inapreciable habilidad de contener conflictos para que no se salgan de su cauce, de comprometerse y adaptarse, de jugar, sí, pero con toda calma. Esto es lo que se llama «honor entre ladrones», pues la gente, realmente peligrosa es la que no reconoce su condición de ladrona; esos infortunados que juegan el papel de «tíos buenos» con celo tan ciego que no son conscientes de deber nada a los «tíos malos» que les permiten mantener su status. Parafraseando al Evangelio, «ama a tus competidores, y reza por aquellos que rebajan tus precios». Usted no iría a ninguna parte sin ellos.

La moralidad política y personal de Occidente, especialmente en los Estados Unidos de América, está terriblemente esquizofrénica por falta de este sentido. Es una monstruosa combinación de idealismo a ultranza y gangsterismo inescrupuloso, y esto sin el humor y la humanidad que permiten a los picaros confesos sentarse en torno a una mesa y elaborar pactos razonables. Nadie puede ser moral, esto es, nadie puede armonizar sus contenidos conflictos, sin arribar a un acuerdo provechoso entre el ángel y el demonio que lleva dentro, entre la rosa de arriba y el estiércol de abajo. Las dos tendencias son interdependientes, y el juego funciona solo mientras el ángel va ganando, pero no ha vencido, y el demonio está perdiendo, pero aún no se rinde. El juego no funciona al revés, simplemente porque el océano no trabaja con las crestas de las olas hacia abajo y los valles hacia arriba.

Es de la mayor importancia que quienes se preocupan por los derechos civiles, la paz internacional y la restricción de armas nucleares comprendan esto. Se trata de causas que, indudablemente, deben ser respaldadas con todo vigor, pero nunca en ese espíritu que olvida honrar a la oposición, o que la mira como enteramente mala o demente. No es casual que las reglas formales del boxeo, el judo, la esgrima y aun de los duelos exijan que los combatientes se saluden antes de comenzar la lucha. En cualquier futuro previsible habrá millares y millares de personas que detestarán y abominarán a los negros, comunistas, rusos, chinos, judíos, católicos, beatniks, homosexuales y drogadictos. Estos odios no serán suprimidos, sino justamente inflamados, insultando a quienes los sienten, y las etiquetas abusivas con que los

clasificamos —burgueses, fascistas, derechistas, ignorantes— pueden convertirse en orgullosos pendones y banderas, en torno a los cuales ellos se consolidarán y cobrarán mayor fuerza. Tampoco dará resultado el confrontar a la oposición, en público, con educadas demostraciones de no-violencia cuyos manifestantes se sientan en la calle, mientras reconfortamos nuestro ego colectivo insultándolos en privado. Si deseamos justicia para las minorías, y guerras respetuosas con nuestros enemigos naturales —humanos o no— debemos primeramente llegar a buenos términos con la minoría y el enemigo dentro de nosotros mismos y en nuestros propios corazones, pues el truhán está allí dentro, tanto como en el mundo exterior, sobre todo si hemos comprendido que el mundo de fuera *es* nosotros, como el de adentro. A la luz de esta idea, nadie puede ser más beligerante que un completo pacifista, nadie puede ser más airadamente nacionalista que un antiimperialista.

Tal vez usted responda que todo esto es pedir demasiado. Podría recurrir a la antigua coartada de que «cambiar la naturaleza humana» es demasiado lento y difícil, y que lo que necesitamos es acción masiva e inmediata. Obviamente, cualquier cambio radical en las estructuras internas de uno mismo exige disciplina, y la psicoterapia puede prolongarse por varios años. Pero no es eso lo que yo sugiero. ¿Acaso le toma a usted un tiempo determinado, o esfuerzo especial, entender solamente que usted depende de sus enemigos y extraños para definirse, y que sin oposición usted estaría perdido? Al ver esto se adquiere, casi instantáneamente, la virtud del humor, y este y la rigidez se excluyen mutuamente. El humor es una guiño por parte del juez justo, que sabe que él es *también* el reo que está en el banquillo. ¿Cómo podría sentarse en ese trono fiscal, donde lo llaman «Su Señoría» y otras cosas agradables, sin esos pobres bastardos que día tras día arrastran a su presencia? Su trabajo y su función no se menosprecian o socavan por reconocer esto. Al contrario, consciente de que en el próximo turno la Rueda de la Fortuna puede reservarle el papel de acusado, y de que si *toda* la verdad se supiera, él podría estar de pie ahora mismo, juega su papel de juez lo mejor posible.

Si esto es cinismo, es por lo menos un cinismo de amor, una actitud que enfría los conflictos humanos más efectivamente que cualquier cantidad de violencia física o moral. Pues tiene para sí que la verdadera bondad de la naturaleza humana es su peculiar equilibrio entre amor y egoísmo, misticismo y materialismo, razón y pasión, espiritualidad y sensualidad, en la cual el polo positivo tiene siempre una ligera ventaja sobre el negativo. Si fuera de otra forma, es decir con ambos polos totalmente balanceados, la vida transcurriría

en medio de un equilibrio absoluto y, por tanto, paralítico. Sin embargo, cuando los dos polos, bueno y malo, olvidan su interdependencia y tratan de eliminarse mutuamente, el hombre se vuelve subhumano: el implacable cruzado, el frío y sádico sectario thug. El hombre no está hecho para actuar como un ángel, ni como un demonio, y los presuntos ángeles deben convencerse de que, a medida que realizan su ambición, provocan el surgimiento de hordas de demonios para mantener el equilibrio. Esta fue la lección de la Prohibición, así como de todos los demás intentos de reforzar las conductas puramente angelicales, o de arrancar al demonio de raíz.

Arribamos entonces a esto: para ser «viable», vivible o digamos práctica, la vida debe ser vivida como un juego, y el *debe* expresa aquí una condición, no una obligación. La vida debe vivirse con la disposición del juego más que con la del trabajo, y los conflictos que contiene deben ser soportados en la convicción de que ninguna especie —como ningún equipo en un juego— puede sobrevivir sin sus antagonistas naturales, sus amados enemigos e indispensables oponentes. Pues «amar a tus enemigos» es amarlos *como* enemigos, y no necesariamente un astuto truco para tenerlos de nuestro lado. El león se sienta junto al cordero en el paraíso, que no en la tierra, siendo «el paraíso» ese nivel tácito y fuera de escena donde, entre bambalinas, todas las partes en conflicto reconocen su interdependencia y son, por ello, capaces de mantener sus conflictos dentro de ciertos límites. Es esta la caballerosidad absolutamente necesaria que debe establecer el régimen de toda guerra, con enemigos humanos o no, pues caballerosidad es el espíritu voluntario del caballero que «juega su vida» en el conocimiento de que aun el combate mortal es un juego.

Nadie que haya sido persuadido de que es solamente su ego, o su organismo individual, puede ser caballeresco, descartemos ya un miembro sensitivo e inteligente del cosmos.

Pero, para ser experimentado de este modo, el juego de la vida será purgado de toda regla autocontradictoria. Es este, y no algún tipo de esfuerzo moral, el camino de salida de la engañosa separatidad. Esto es: cuando un juego plantea a los jugadores una marca imposible —no ya difícil— surge rápidamente el consenso de que no vale la pena seguir jugando. No hay forma de observar una regla que peca de duplicidad, esto es, compuesta por dos aspectos que se excluyen mutuamente. Nadie puede ser compelido a comportarse libremente, o forzado a actuar independientemente. Y bien: culturas y civilizaciones enteras han chapoteado en este tipo de tonterías con el resultado de que, incapaces de superar la autocontradicción, sus miembros

han sido hostigados, de por vida, por el sentimiento de que la existencia individual es una problemática responsabilidad, una forma de la naturaleza destinada a la eterna frustración. El sentimiento de ego es, de raíz, incómodo y aburrido, y nada lo muestra tan claramente como algunas expresiones de uso diario, del tipo «necesito escapar de mí mismo», o «deberías encontrar a alguien que te sacara de ti mismo», o también «leo para olvidarme de mí mismo». ¡Fuera de aquí! He aquí a los fanatismos e intoxicaciones, religiosas, políticas y sexuales, los nazis, el Ku-Klux-Klan, los Hell's Angels, el Circus Maximus, la siniestra fascinación de la pantalla de TV, la caza de brujas, Michey Spillane y James Bond, los pachinko parlors, el alcoholismo, los reviváis, los diarios sensacionalistas, y las pandillas juveniles; todo esto compone —como van las cosas— el juego de válvulas de seguridad necesarias y paliativas para los seres humanos cuya propia existencia es definida en términos autocontradictorios y autodestructivos.

Finalmente, el juego de la vida, como lo ha estado «jugando» el hombre de Occidente, desde el siglo pasado, tiene demasiado énfasis en aspectos como practicidad, resultado, progreso, agresión. Por eso estoy discutiendo la *visión* y dejando al margen el problema de avalar la visión en términos de aplicaciones prácticas y consecuencias. Sea lo que sea cierto para chinos e hindúes, es tiempo ya para *nosotros* de reconocer que el futuro es uno de esos espejismos que siempre retroceden, y desplazar nuestra inmensa energía y nuestra capacidad técnica hacia la contemplación, en lugar de la acción. Podemos disentir ahora con la lógica de Aristóteles y sus metáforas, pero debemos respetarlo por recordamos que el objeto de la acción es siempre la contemplación: saber y ser, más que buscar y *convertirse en*.

Tal como están las cosas, estamos acribillando nuestras vidas, devorando experiencias sin digerirlas, tan rápido como es posible acumularlas, porque la percepción de nuestra existencia es tan estrecha y superficial que nada parece más aburrido que el propio ser. Si yo le pregunto a usted qué hizo, vio, oyó, olió, tocó y saboreó ayer, es posible que no obtenga más que una ligera silueta de las cosas que usted notó; solo esas que usted pensó que valía la pena recordar. ¿Puede sorprendernos que una existencia así experimentada parezca tan vacía y desnuda que despierta un hambre insaciable hacia el infinito futuro? Supongamos, en cambio, que usted me respondiera de otro modo: «Me tomaría una eternidad decírselo, y me encuentro muy interesado en lo que está ocurriendo ahora». ¿Pues cómo es posible que un ser dotado de joyas sensitivas como los ojos, hechiceros instrumentos musicales como los oídos, arabescos fabulosos como los nervios que constituyen el cerebro, pueda

experimentarse a sí mismo como algo menos que un Dios? Cuando usted considera que este organismo suyo, incalculablemente sutil, es inseparable de las estructuras aún más maravillosas del medio ambiente, desde un minúsculo circuito eléctrico hasta la completa compañía de las galaxias… ¿Es concebible que esta encarnación de toda la eternidad pueda estar aburrida de ser?

## *6. Esto*

Así como el humor genuino consiste en reírse de uno mismo, la verdadera humanidad es el autoconocimiento. Hay otras criaturas que pueden amar y reír, hablar y pensar, pero parece constituir una particularidad especial de los humanos el poder de reflexión: ellos piensan sobre el pensar, y saben que saben. Al igual que otros sistemas de programación, esto puede conducir a círculos viciosos y confusiones si se lo maneja impropiamente, pero lo cierto es que la autoconciencia brinda resonancia a la experiencia humana. Imparte ese «eco» simultáneo a todo lo que pensamos y sentimos, así como el sonido de las cuerdas reverbera en la caja de un violín. Da profundidad y volumen a lo que, de otra forma, sería chato y trivial.

El autoconocimiento conduce al asombro, y el asombro a la curiosidad y a la investigación; así es que nada interesa a la gente más que lo humano, aunque solo se trate del propio cuerpo. Todo individuo inteligente quiere conocer lo que le llama la atención, pero al mismo tiempo le fascina y le frustra el hecho de que él mismo es, de todas las cosas, la más difícil de conocer. Pues el organismo humano, aparentemente, es el más complicado de todos, y aunque uno tiene la ventaja de conocer el propio cuerpo íntimamente —desde dentro— ocurre como con esas cosas que están tan cerca que es imposible cogerlas. Nada se escabulle tanto de la inspección consciente como la conciencia misma. Y, por lo tanto, la raíz de la conciencia se denomina, paradójicamente… inconsciente.

Esos tipos a los que estamos tentados de llamar patanes, o zoquetes, son justamente aquellos que no encuentran nada fascinante en el ser humano; su propia humildad es incompleta, pues nunca se han asombrado de ella. Hay algo incompleto, también, en aquellos que no encuentran nada fascinante en *ser*. Usted puede objetar que este es un prejuicio profesional de filósofo; creer que la gente que carece de tendencia metafísica es defectusoa. Pero cualquier persona que piensa —solo eso— es de hecho un filósofo, bueno o malo, pues no es posible pensar sin premisas, sin asunciones básicas —y por tanto metafísicas— sobre lo que tiene sentido, lo que es la buena vida, lo que son la belleza y el placer. Mantener tales asunciones, consciente o inconscientemente, es filosofar. El hombre de negocios, muy práctico, muy en lo suyo, que desprecia a la filosofía como a un montón de nociones huecas, es

a su vez un pragmático o positivista en filosofía, pero muy malo como tal, pues ha reflexionado poco.

Si el organismo humano es fascinante, lo es también el medio que lo acompaña, y no como colección de cosas y eventos particulares. La química, la biología, la geología, la astronomía, son fascinaciones específicas sobre aspectos detallados de nuestro medio, pero la metafísica es la fascinación ante *toda realidad*. Para mí es casi imposible imaginar a un ser humano sensitivo desprovisto de asombro metafísico, es decir una persona que no siente la maravillosa urgencia de formular una pregunta que, en verdad, no puede ser formulada. Hemos estado diciendo que el único átomo real es —como lo expresó Chardin— el universo, que la única cosa real es el todo. Pero entonces: ¿*Qué* es Esto?

En el mismo momento en que la formulé, yo debería haber objetado esta pregunta. ¿Qué clase de respuesta podría tener? Habitualmente, uno contesta a la interrogación «¿Qué es esto?», colocando a la cosa aludida debajo de un rubro de clase: animal, vegetal, mineral, sólido, líquido o gaseoso; salta, corre o camina. ¿Pero a qué clase podría pertenecer el *todo*? ¿Qué puede decirse de todo? Definir es limitar, comparar y contrastar, y por esta razón el universo, el todo, parece desafiar toda definición. A esta altura la mente busca aparentemente una limitación absoluta, y podríamos muy bien concluir en que emitir aquella pregunta ha sido abusar de la mente.

Nadie que estuviera en sus cabales buscaría las noticias del día en un diccionario; asimismo nadie puede pretender que, a través del lenguaje y el pensamiento, descubrirá justamente lo que no puede ser dicho, ni pensado. Por lo tanto, la pregunta «¿Qué es esto?», no tiene significado, a pesar de su aspecto profundo. Como decía Wittgenstein, la gente que pregunta tales cosas padece un desorden del intelecto cuya terapia es la filosofía. «Hacer filosofía —afirma— es pensar sobre el pensar, en forma tal que podamos distinguir el verdadero pensar del despropósito.»

Pero esta lógica prolija no nos libera de la urgencia de saber que la pregunta expresa con inepcia. Lo dije al principio: simplemente, es extremo e increíble que *algo* esté ocurriendo. ¿Pero cómo he de expresar este sentimiento en una pregunta sensata que obtenga respuesta satisfactoria? Tal vez el problema es que lo que busco no es una respuesta *verbal*. Cuando pido un beso a una chica, lo que deseo no es que me entregue una hoja de papel donde se lee «un beso». El asombro metafísico aspira más bien a una experiencia, una visión, una revelación que —sin palabras— nos explique por

qué existe el universo, pero solo en el sentido en que el acto de amar nos explica por qué somos hombre y mujer.

Podríamos decir, entonces, que la mejor respuesta para «¿Qué es todo?» es: «¡Mira y ve!» Pero la pregunta implica siempre una búsqueda de algo *básico* a todo, cierta unidad subyacente que no coge nuestro pensar cotidiano, ni tampoco nuestras sensaciones corrientes. Pensamiento y sensación son analíticos y selectivos, por naturaleza, y por esto presentan al mundo tan solo como una multiplicidad de cosas y hechos. Pero de cualquier modo el hombre tiene un «instinto metafísico» que, aparentemente, la multiplicidad no satisface.

> ¿Qué garantía hay de que los cinco sentidos, en conjunto, cubran todas las experiencias posibles? Lo que siempre abarcan es nuestra experiencia real, nuestro humano conocimiento de hechos y eventos. Hay espacios entre los dedos; también los hay entre los sentidos. En estos huecos acecha la oscuridad, se esconde la conexión entre las cosas… Esta oscuridad es la fuente de nuestros temores y ansiedades, pero también la morada de los dioses. Solo ellos ven las conexiones, la coherencia total de todo lo que ocurre; eso que ahora viene a nosotros en pedazos y trozos, los «accidentes» que solo existen como tales en nuestras mentes, a través de nuestra limitada percepción.

El hombre está, por lo tanto, intuitivamente seguro de que la multitud de cosas y de hechos se da «sobre» o «en» algo, como las imágenes en un espejo, los sonidos en un diafragma, las luces y colores sobre un diamante, o la letra y la música de una canción en la voz de alguien que canta. Esto ocurre, tal vez, porque el hombre es un organismo unitario: si las cosas y eventos se dan «sobre» alguna cosa, esa cosa es nuestro propio sistema nervioso. Pero, existe más de un sistema nervioso. ¿Y sobre qué se dan todos los sistemas nerviosos? ¿Uno sobre otro?

Este misterioso algo ha sido llamado Dios, el Absoluto, Naturaleza, Sustancia, Energía, Espacio, Eter, Mente, Ser, el Vacío, el Infinito, nombres e ideas que difieren en popularidad y respetabilidad, de acuerdo a las brisas de la moda intelectual, ya se considere al universo inteligente o estúpido, sobrehumano o subhumano, específico o vago. Todas ellas podrían ser descartadas como ruidos sin sentido si la noción de un Fondo del Ser, subyacente, no fuera más que el producto de la especulación intelectual. Pero estos nombres son, a menudo, utilizados para designar el contenido de una experiencia vivida y, sensorialmente, casi concreta, esto es la experiencia «unitiva» del místico que, con variaciones secundarias, se encuentra en todas las culturas de la historia. Esta experiencia es el sentido transformado del Yo-mismo que desarrollé en el capítulo anterior, solo que en términos

«naturalísticos», purgado de toda cháchara sobre la mente, el alma, el espíritu y otras palabras intelectualmente evanescentes.

A pesar de la universalidad de esta experiencia, y de la regularidad con que se la describe según su patrón general, los tipos de cerebración recia la conciben como una alucinación, habitualmente recurrente, con síntomas característicos —como la paranoia— que agrega poco o nada a nuestra información sobre el mundo físico. Del mismo modo que no se puede decir nada sobre el todo —aseguran— nadie puede sentir o experimentar algo sobre el todo. Pues todos nuestros sentidos son selectivos. Experimentamos por contraste; pensamos por contraste. Experimentar algo común a *todas* las experiencias sería, por tanto, como ver a la vista misma, en tanto que dato común a todo lo visto. ¿En términos de qué color, de qué forma —aparte de todos los colores y formas mutuamente contrastantes— podemos ver a la propia vista?

Y sin embargo la metafísica, como la filosofía en su conjunto, no es algo que podamos llanamente curar o abandonar, como si fuera una enfermedad intelectual. Los filósofos más antimetafísicos poseen, de hecho, una metafísica propia, tácita, que acecha detrás de la proclama de que toda experiencia (y todo conocimiento) debe encolumnarse bajo una clase, y que deben existir contrastes y comparaciones entre ellas. Para decirlo más sencillamente, ellos me permitirán que conozca y hable sensatamente en términos de algo blanco, puesto que yo distingo el blanco en contraste con el negro, y en comparación con el rojo, el verde, el naranja, el amarillo, el azul, el añil, el lila. Ellos autorizarán afirmaciones significativas sobre perros y gatos, que son entidades orgánicas y no inorgánicas, mamíferos y no marsupiales, y, aunque algo retozones, tienen límites claramente establecidos que les separan del mundo de los no-gatos y los no-perros.

Pero esa asunción básica de que todo conocimiento se da en términos de contraste es tan metafísica como la que más. Formulémosla de este modo: «Todo conocimiento es una asunción de las relaciones mutuas entre experiencias sensoriales y/o cosas y eventos». Esto se parece peligrosamente a una afirmación significativa sobre el todo. «Todas las cosas son conocidas por sus diferencias y similaridades mutuas». Arrinconado en esta posición, el antimetafísico puede ser arrastrado —a pesar de sus protestas— al nivel metafísico más profundo.

Es obvio que la afirmación «Todo es Energía» no contiene más novedades que «Todo es Todo». Para describir a la energía debo diferenciarla de la no-energía, o de la masa, y sin embargo «todo» incluye, por serlo, a la ausencia

de energía —sea masa, espacio o cualquier otra cosa— y es no solo poco informativo sino también absurdo afirmar que todo es energía. Si luego vamos a insistir en que la energía puede ser reconocida y descrita solo en contraste con la no-energía, esto es como decir que la energía —o moción— se manifiesta —o simplemente existe— por contraste con algo relativamente inerte. Solo que, en este evento, la energía depende de lo inerte para ser energética, y lo inerte depende de lo energético para ser tal. Hay una relatividad o interdependencia de ambos términos, que está muy cerca de la unidad metafísica subyacente.

A veces he pensado que todas las polémicas filosóficas podrían reducirse a una discusión entre los del bando «espinoso» y los del bando «gomoso». La gente espinosa tiene una mente agresiva, rigurosa y exacta, y tiende a acentuar las diferencias y divisiones entre las cosas. Prefiere las partículas a las ondas, y la discontinuidad a la continuidad. Los gomosos son románticos de espíritu tierno que adoran las generalizaciones y las grandes síntesis. Subrayan las unidades subyacentes, y tienen inclinación hacia el panteísmo y el misticismo. Como últimos constituyentes de la materia, los convencen más las ondas que las partículas, y las discontinuidades les hacen chirriar los dientes como un taladro. Los filósofos espinosos estiman que los gomosos son en verdad unos soñadores bastante desagradables, indisciplinados, vagos que escamotean los duros hechos por medio de una pasta intelectual que pretende englobar todo el universo en un «continuum estético indiferenciado» (cortesía del Profesor F. S. C. Northrop). En cambio, los pensadores gomosos ven a sus colegas espinosos como esqueletos animados que tiritan y traquetean, desprovistos de carne o jugos vitales, tan secos como animales embalsamados, carentes de buenos sentimientos. Cualquiera de los dos grupos estaría desesperadamente perdido sin el otro, ninguno sabría cuál es su posición, y todo el curso de la filosofía arribaría a su fin.

Tal como van las cosas en el mundo de la filosofía académica, la gente espinosa lleva las de ganar en Inglaterra y los Estados Unidos, desde hace años. Con su entusiasmo por el análisis lingüístico, la lógica matemática y el empirismo científico, esta gente ha convertido a la filosofía en una mística de la ciencia, ha logrado que la antigua biblioteca del filósofo o su refugio montañés se parezcan a un laboratorio y —como dijo William Earle— «llegarían a trabajar en guardapolvos si calcularan que podrían salir con la suya». Las revistas profesionales son ahora tan satisfactoriamente ilegibles como un tratado de físico-matemáticas, y los puntos que se debaten tan diminutos como las miniaturas que los biólogos descubren con sus

microscopios. Pero esta arrasadora victoria sobre la gente gomosa casi ha acabado con la filosofía como disciplina, pues estamos muy cerca del momento en que los departamentos de filosofía cerrarán sus oficinas y enviarán los miembros sobrevivientes de sus cátedras a los departamentos de matemáticas y filología.

En una perspectiva histórica, estamos probablemente en el punto extremo del movimiento pendular intelectual que puso de moda el Modelo Totalmente Automático del universo, esto es, la era del análisis y la especialización, durante la cual extraviamos nuestra visión del mundo en la estremecedora complejidad de sus detalles. Pero, por un proceso que K. G. Jung llamó «enantiodromía», cuando se alcanza el punto extremo en cualquier posición, esta comienza a transformarse en su propio opuesto: este proceso puede ser monótono o siniestro si falta la comprensión de que los extremos opuestos son polares y se necesitan mutuamente. No hay espinosos sin gomosos, y viceversa.

Para llegar a alguna parte en filosofía —es decir, para no avanzar y retroceder una y otra vez— debemos estar provistos de un buen sentido de *visión correlativa*. Este término técnico equivale al concienzudo aprendizaje del Juego de Blanco y Negro, por el cual uno advierte que todos los opuestos explícitos son aliados implícitos: en el sentido de la visión correlativa, ellos se co-implican uno al otro, y no pueden existir separados. Esto, más que una pantanosa absorción de diferencias en un continuo eternamente gomoso, es la subyacente unidad metafísica del mundo. Pues esta unidad no es mera unicidad, contrapuesta a multiplicidad, desde que estos términos son también polares. La unidad o inseparabilidad de uno y muchos es designada en la filosofía Vedanta como «no-dualidad» (*advaita*) para distinguirla de la simple uniformidad. Es cierto, este término tiene también su propio opuesto que es «dualidad», pues así como todo término establece una clase o casillero intelectual, esta clase tiene un exterior que polariza a su interior. El lenguaje no puede —por esta razón— escapar de la dualidad, del mismo modo que la pintura o la fotografía actúan sobre superficies planas y no pueden trascender sus dos dimensiones. Pero, por la convención de la perspectiva, ciertas líneas bidimensionales que se fugan hacia un «punto de desaparición» representan la tercera dimensión, o profundidad; en forma parecida el término dualístico «no-dualidad» es utilizado para representar esa «dimensión» en la que las diferencias explícitas encuentran su unidad implícita.

En un principio, no es fácil mantener una visión correlativa. Las *Upanishads* la describen como el filo de la navaja, un acto de equilibrio sobre

la más fina y penetrante de las líneas: Pues para la visión ordinaria no hay nada, visible «entre» clases y opuestos. La vida es una sucesión de elecciones urgentes que exigen firmes decisiones y compromisos con esto o con lo otro. La materia es lo más parecido a «algo» que existe, y el espacio se parece a la nada, más que nada. Parece inconcebible que los dos pertenezcan a una misma dimensión, a menos que esa dimensión sea nuestra mente… pero esta última pertenece al bando de la materia, siempre amenazada por la nada. Sin embargo, un ligero desplazamiento del punto de vista hará que la interdependencia de los opuestos sea obvia. Pero… ¿Quién lo creerá?

¿Es posible que yo mismo (mi propia existencia) esté tan claramente constituido por ser y nada al mismo tiempo, que la muerte sea el intervalo *off* dentro de la pulsación *on-off*, que es evidentemente eterna, porque hasta la propia ausencia de pulsación es parte de una pulsación? ¿Es posible, entonces, que yo sea una existencia básicamente infinita, que se encuentra aterrorizada en forma momentánea y tal vez innecesaria por su propia mitad, porque se ha identificado totalmente con su otra mitad? ¿Si se plantea la elección blanco o negro, debo yo comprometerme con el lado blanco, en lugar de actuar como un buen deportista y jugar realmente el Juego de Blanco y Negro, en el conocimiento claro de que ninguno puede ganar? ¿O todo esto no es más que un juego de relaciones formales entre palabras y términos, sin relación alguna con mi situación física?

Si he de contestar afirmativamente a la última pregunta, debería creer que la lógica del pensamiento es bastante arbitraria, en rigor una invención pura y estrictamente humana, sin base alguna en el universo. Es cierto que, como ya he demostrado, proyectamos estructuras lógicas, redes, coordenadas y otro tipo de cálculos sobre el abigarrado mundo físico, lo cual puede resultar engañoso si no somos conscientes del mecanismo; pero, a pesar de todo, estas estructuras no vienen de *fuera* del mundo. Por otra parte, he demostrado que el pensamiento correlativo, sobre la relación del organismo humano con su medio ambiente, es mucho más compatible con las ciencias físicas que nuestras nociones arcaicas —aún en vigor— sobre el Yo-mismo como algo que confronta un mundo ajeno y separado. Para cortar las conexiones entre la lógica humana y el universo físico, yo debería volver al mito del ego como observador aislado e independiente, con relación al cual el resto del mundo es absolutamente externo y «otro». Esto no podrán subscribirlo ni la neurología, ni la biología, ni la sociología.

Si sujeto y objeto, organismo y medio ambiente, Yo-mismo y otro, son polos de un único proceso, *eso* es mi verdadera existencia. Dice el

*Upanishad*: «Eso es el Sí-mismo. Eso es lo real. ¡Eso eres tú!» Claro que yo no puedo decir o pensar nada sobre *Eso*, o —como ahora lo llamaré— *Esto*, a menos que recurra a la convención del lenguaje dualístico, como las líneas de perspectiva son usadas para sugerir profundidad en una superficie plana. Eso que está más allá de los opuestos debe ser descrito en términos de opuestos, si es que vamos a exponerlo de alguna manera. Esto significa: a través del lenguaje de la analogía, la metáfora y el mito.

La dificultad no solo reside en que el lenguaje es dualístico porque todas las palabras son etiquetas para clasificar cosas en clases mutuamente exclusivas. El problema mayor reside en que *Esto* es mucho más que Yo-mismo que, lo que yo pensaba, tan central y tan básico para mi existencia que no puedo convertirlo en objeto; no hay forma de quedar fuera de *Esto*, y, de hecho, ninguna necesidad. Pues en el mismo momento en que trato de cogerlo, implico que *Esto* es realmente yo mismo. En cierto modo, estoy perdiendo el sentido de lo que es al tratar de encontrarlo. Por eso es que los que realmente saben que son *Esto* declaran, invariablemente, que no lo entienden, pues es *Esto* quien entiende al entendimiento, y no al revés. ¡Uno no puede, ni necesita, llegar más profundo de lo que ya es profundo!

Pero, aunque *Esto* elude toda descripción, no debe ser confundido —como ocurre a menudo— con la más etérea de las descripciones, como un continuum transparente de indiferenciada jalea cósmica. La más concreta imagen de Dios Padre, con su barba blanca y su túnica dorada, vale más que eso. Sin embargo, los estudiantes occidentales de filosofías orientales acusan insistentemente a los hindúes y budistas de creer en un Dios informe y gelatinoso, solo porque los orientales insisten en que toda concepción o imagen objetiva de *Esto* es vacío puro. ¡Pero el término «vacío» se aplica a todas esas concepciones, no a *Esto*!

Sin embargo, para hablar y pensar en torno a *Esto* no tenemos más remedio que servimos de concepciones e imágenes, y no hay nada malo en ello mientras sabemos lo que estamos haciendo. La idolatría no consiste en el uso de imágenes, sino en confundirlas con lo que representan, y a este respecto las imágenes mentales y las abstracciones sublimes pueden ser más perniciosas que las estatuillas de bronce.

Posiblemente, usted fue educado en una cultura donde la imagen predominante de *Esto* ha sido, por siglos, el Padre Dios, cuyo pronombre es Él, porque *Ello* parece demasiado impersonal y Ella sería —por supuesto— inferior. ¿Esta imagen es todavía funcional, como mito útil para proveer un

consenso sobre la significación de la vida a los distintos pueblos y culturas de este planeta?

Francamente, la imagen de Dios Padre se ha vuelto ridícula… a menos que usted lea a Santo Tomás de Aquino, a Martin Buber o a Paul Tillich, y comprenda que se puede ser un devoto judío o cristiano sin creer a pie juntillas en el Papa Cósmico. Pero aun en este caso es difícil sustraerse a la fuerza de la imagen, pues las imágenes nos conmueven más profundamente que los conceptos. Como devoto cristiano, usted podría recitar diariamente el Padrenuestro, y eventualmente se conmoverá: usted se está relacionando emocionalmente con *Esto*; lo ve como un padre idealizado, varonil, amante pero severo, y sobre todo un ser personal, bien distinto de usted. Evidentemente, usted debe ser otro que Dios —puesto que se concibe como un ego separado— pero cuando comprendemos que esta forma de identidad no es más que una institución social y que ha dejado de ser funcional como juego de la vida, la aguda división entre Yo-mismo y la realidad última ya no viene al caso.

Por añadidura, los miembros más jóvenes de nuestra sociedad se encuentran en creciente rebelión, desde hace tiempo, contra la autoridad paterna y el estado paternalista. Por la sencilla razón de que el hogar, en una sociedad industrial, es primordialmente un dormitorio: el padre no trabaja allí, con el resultado de que la mujer y los niños no tienen arte ni parte en su vocación. Él es sencillamente un sujeto que aporta dinero; después de trabajar se supone que olvida todo lo que se relaciona con su empleo, y se divierte. Novelas, revistas, series de televisión y tebeos retratan a «papi» como un payaso incompetente. Y la imagen no es del todo errónea, pues «papi» ha caído en la trampa de creer que el trabajo es solamente algo que se hace para ganar dinero, y que es con dinero que uno consigue todo lo que quiere.

No es raro que una creciente proporción de estudiantes secundarios se niegue a formar parte del mundo de papá, y esté dispuesta a cualquier cosa para evitar la ratonera de los empleos: telefonista, empleado, vendedor, ejecutivo. También los profesionales —arquitectos, médicos, abogados, sacerdotes, profesores— tienen trabajos lejos de su hogar, y sus exigencias familiares los impelen a ganar más y más dinero, cada vez más tentados de tomar sus vocaciones profesionales como negocios. Todo esto se agrava, luego, porque los padres ya no educan a sus propios hijos. Por un lado, el niño crece sin experimentar comprensión o entusiasmo alguno por el trabajo de su padre. Por el otro, es enviado a una escuela con escaso personal, atendida principalmente por mujeres que, en tales circunstancias, no tienen más

remedio que distribuir una educación fabricada en serie, que prepara al niño para todo… o para nada. La vocación de su padre no guarda ninguna relación con la crianza del niño.

A raíz de esta devaluación del padre, la concepción del universo a la que estamos acostumbrados, tan misteriosa e impresionante, nos impide servimos de una imagen paternal —por buena que sea— para explicar qué lo hace funcionar. El problema, tal vez, consiste en que nosotros no podemos concebir una imagen mayor que la humana. Muy pocos han visto un ángel, y creo que probablemente no lo reconoceríamos si lo viéramos; nuestras imágenes de un Dios impersonal o super-personal son perdidamente subhumanas: jalea, luz informe, espacio homogeneizado, o tal vez un sorpresivo choque eléctrico. De cualquier modo, a medida que se hace más claro que el ser humano no es solamente un cuerpo físico, nuestra imagen del hombre va cambiando. Mi organismo es también mi medio ambiente total, y este debe medirse en billones de años luz.

Hasta ahora, los poetas y filósofos de la ciencia han usado la vasta extensión y duración del universo como pretexto para reflexionar sobre la insignificancia del hombre, olvidando que el ser humano, con «ese telar encantado, el cerebro», es justamente quien transforma esta inmensa pulsación eléctrica en luz y color, forma y sonido, grande y pequeño, duro y blando, largo y corto. Al conocer el mundo lo humanizamos, y si, al descubrirlo, nos maravillamos ante sus dimensiones y complejidades, debiéramos felicitarnos igualmente por tener un cerebro para percibirlo.

Hasta hoy se nos ha enseñado —de alguna manera— que no somos realmente responsables por nuestros cerebros. No sabemos, en términos de palabras o figuras, cómo están construidos, y por esto nos parece que el cerebro —como el organismo en su conjunto— es un ingenioso instrumento que nos ha sido «dado», o un insensato delirante del que somos momentáneos prisioneros. En otras palabras: habíamos aceptado una definición de nosotros mismos que confinaba al yo en la limitada fuente de la atención consciente. Esta definición ha resultado miserablemente insuficiente, pues de hecho sabemos cómo desarrollar un cerebro y un par de ojos, dedos y oídos, corazones y huesos, tal como sabemos respirar y caminar, hablar y pensar, aunque no podamos explicarlo con palabras. Las palabras son muy lentas y torpes para describir tales cosas, y la atención consciente demasiado estrecha para retener todos los detalles.

Sin duda esto ocurrirá a menudo: usted dice a una muchacha que es bonita y ella le responde: «¡Así son los hombres! ¡Solo saben pensar en cosas

corporales! Está bien, tal vez soy bonita, pero tengo el cuerpo que mis padres me dieron, y eso es solo cuestión de suerte. Prefiero ser admirada por mí misma, ¡no por mi carrocería!» ¡Pobre pequeño chófer! Todo lo que nos está diciendo es que ha perdido contacto con su propia, asombrosa e ingenua sabiduría, de modo que ahora quiere ser admirada por algunas triquiñuelas triviales que puede efectuar con su atención consciente. Y estamos todos en esa misma situación, disociados de nuestros cuerpos y de todo el conjunto de fuerzas en el seno del cual los cuerpos pueden nacer y vivir.

Pero aún podemos desarrollar el sentido de que esto también es el Sí-mismo, algo que de cualquier modo está mucho más allá de la imagen del ego, o del cuerpo humano envuelto en su bolsa de piel. Entonces tenemos al Sí-mismo dondequiera que miremos, y es su imagen el universo, en su luz y en su oscuridad, en sus cuerpos y en sus espacios. Esta es la nueva imagen del hombre… pero aún es una imagen. Pues aún queda —para usar palabras dualísticas— «detrás», «debajo», «abarcando», y «central» a todo ello el impensable *Esto*, polarizándose a sí mismo en los contrastes visibles de olas y valles, sólidos y espacios. Lo más extraño es que *Esto*, aunque por completo inconcebible, no es una vaporosa abstracción: es, verdadera y muy simplemente, usted mismo.

Citando a un maestro chino del Zen: «Nada le resta a usted en este momento, salvo una buena carcajada». Así lo dijo James Broughton:

*Ello es Esto*
*y yo soy esto*
*y tú eres esto*
*y así es eso*
*y él es esto*
*y ella es esto*
*y esto es esto*
*y eso es eso.*

El auténtico humor es, naturalmente, reírse del propio Sí-mismo, de la *Divina Comedia*, la fabulosa ilusión por la cual llegamos a imaginar que una criatura *en* la existencia no es al mismo tiempo *de* la existencia, que *lo que el hombre es* no es, también, *lo que todo es*. Constantemente «lo sabemos con los huesos», pero la atención consciente, distraída por detalles y diferencias, no puede ver el todo por culpa de las partes.

El truco principal en este engaño es, por supuesto, la muerte. Figúrese a la muerte como el fin definitivo de la conciencia, el punto en el que usted y su

conocimiento del universo, directamente, cesan, donde usted se convierte en lo que sería si nunca hubiera existido. Considere también —en una escala mucho mayor— la muerte del universo en el momento en que se agota toda energía, cuando —como pronostican algunos cosmólogos— la explosión que arrojó las galaxias al espacio desaparezca, como una estrella fugaz. Será como si jamás hubiera sucedido; y esta es la forma —por supuesto— en que las cosas eran antes de que todo ocurriera. De modo que, cuando usted muera, será como antes de ser concebido. Ha habido un relámpago de conciencia, o de galaxias. Ocurrió. Aunque no haya nadie para recordarlo.

Pero si, una vez que todo ha ocurrido y desaparecido, las cosas son de algún modo como eran antes de comenzar —incluyendo la posibilidad de que no hubiera cosa alguna— eso significa que puede volver a suceder. ¿Por qué no? Por otro lado, podría suponerse que después de lo que ha ocurrido las cosas no son las mismas que antes. Antes de la explosión había energía; cuando se desvaneció la explosión, ya no la había. La energía había sido latente por siempre jamás; luego explotó, y eso fue todo. Tal vez es posible imaginar que lo que siempre existió se aburrió de sí mismo; explotó y se detuvo. Pero, para mi imaginación, concebir esto es un esfuerzo mayor que aceptar la idea de que esos *flashes* son periódicos y rítmicos. Pueden avanzar indefinidamente, o tal vez moverse en círculos: lo mismo da. Por otra parte, si la energía latente existió *siempre*, antes de la explosión, se me hace difícil imaginar el momento único y particular en el cual se detiene. ¿Puede haber una cosa medio eterna? Esto es: ¿Puede llegar a su fin un proceso que no tuvo principio?

Presumo, entonces, que con mi muerte olvidaré quien fui, del mismo modo que mi atención consciente es incapaz de recordar —si alguna vez lo supo— cómo se forman las células del cerebro o cómo se traza el recorrido de las venas. La memoria consciente juega un pálido papel en nuestra existencia biológica. Así como mi sensación de «Yo-idad», de estar vivo, nació una vez sin intención ni memoria consciente, así surgirá una y otra vez, cuando el Sí-mismo central —*el Esto*— aparezca en una nueva situación de Yo-mismo/otro, en sus miríadas de formas pulsantes, siempre el mismo y siempre nuevo, un aquí rodeado de alláes, un ahora cercado por entonces, un uno en medio de muchos. Y si yo olvido cuántas veces he estado aquí, y en cuantas formas, este olvido es el intervalo necesario de oscuridad entre dos pulsaciones de luz. Yo vuelvo en cada niño que nace.

En verdad, ya lo sabemos. La gente muere, y luego los niños nacen, y, a menos que sean autómatas, cada uno de ellos es exactamente como éramos

nosotros, la experiencia del «yo» volviendo a nacer. Cambian las condiciones de herencia y ambiente, pero cada uno de esos niños encama la idéntica experiencia de ser central en un mundo que es «otro». Cada niño amanece a la vida como yo lo hice, sin memoria alguna del pasado. Esto es: cuando yo me voy no puede haber experiencia, no puede vivirse el estado de un perpetuo «ha sido». La naturaleza «aborrece el vacío», y el sentimiento de «yo» aparece otra vez, tal como lo hizo antes; poco importa si el intervalo es de diez segundos o de billones de años. En la inconsciencia, todos los tiempos son el mismo breve instante.

Esto es muy obvio, pero nuestro bloqueo contra la evidencia es ese extendido y compulsivo mito de que el «yo» viene a este mundo, o es arrojado fuera de él, de un modo que no tiene conexión esencial con el propio mundo. Por eso no confiamos en que el universo repita lo que ya hizo: «yo-izarse» una y otra vez. Lo vemos como una arena eterna en la cual el hombre no es más que un extraño pasajero —un visitante desconocido— pues el fino rayo de la consciencia no se proyecta sobre su propia fuente. Mirando hacia el mundo, olvidamos que es el mundo quien se mira a sí mismo, a través de nuestros ojos y los de *Esto*.

Ahora usted sabe, aunque quizás le tome tiempo reconsiderar todo esto y coger su pleno impacto. Puede que no sea fácil recuperarse de la herencia de muchas generaciones, a través de las cuales los padres han derribado a los niños como fichas de dominó, diciendo: «¡No te atrevas a pensar eso! ¡Eres solamente un pequeño comienzo, una criatura, y es mejor que aprendas tu lugar!» Al contrario, usted es *Esto*. O tal vez los padres han estado tratando de decir a los niños —con escaso ingenio— que *Esto* juega a *Eso*, con toda tranquilidad. Usted no sube a las tablas como *Esto* porque usted realmente es *Esto*, y está en el escenario para representar, no para ser. Subir como *Esto* —jugar el papel de Dios— es tomar al Sí-mismo como papel, lo cual es exactamente lo que el Sí-mismo no es. Cuando *Esto* juega, juega a ser todo lo demás.

# Bibliografía

Estas son obras que, desde muy distintos puntos de vista, tratan sobre los temas de esta libro y los desarrollan más exhaustivamente:

Reginald H. Blyth, *Zen in English Literature and Oriental Classics*. Luzac, 1942.

Norman O. Brown, *Life against Death: The Psychoanalytical Meaning of History*. Routledge & Kegan Paul, 1959.

Richard M. Bucke, *Cosmic Consciusness*. Rev. ed. Dutton, New York, 1969.

Trigant Burrow, *Science and Man's Behavior*. Philosophical Library, New York, 1953.

Wing-tsit Chan, *The Platform Scripture of the Sixth Patriarch*. St. John's University Press, New York, n.d. S. P. R. Charter, *Man on Earth: A preliminary Evaluation of the Ecology of Man*. Contact Editions, The Tides, Sausalito, California, 1962.

Alexandra David-Neel, *Las enseñanzas orales secretas en las sectas budistas del Tibet*, Maha-Bodhi Society, Calcutta, n. d.

Pierre Teilhard de Chardin, *El fenómeno humano*. Collins, 1961.

John Dewey y Arthur Bentley, *El conocimiento y lo conocido*. Beacon Press, Boston, 1960.

Georg Groddeck, *The Book of the It*. Vision Press, 1961.

René Guénon, *Introduction to the Study of the Hindu doctrines*. Luzac, 1945.

Aldous Huxley, *La Isla*. Chatto & Windus, 1962.

William James, *Variedades de la Experiencia Religiosa*. Collins, 1960.

Raymond Carey Johnson, *Watcher on the Hills*. Hodder & Stoughton, 1959.

Karl G. Jung, *Recuerdos, sueños y reflexiones*. Recopilado y editado por Aniel Jaffe. Toutledge & Collins, 1963.

J. Krishnamurti, *Comentarios sobre la Vida*, 3 vols. Harper & Row, New York, 1956-60.

Ling Yutang, *La sabiduría de Lao-Tse*. Michael Joseph, 1958.

Sarvepalli Radhakrishnan, trad. *El Baghavad-Gita*. Allen & Unwin, 1948. Trad. *Las principales Upanishads*. Allen & Unwin, 1953.

D. T. Suzuki, *Budismo Zen*. Ed. William Barret. Doubleday, New York, 1956.

Alan Watts, *Naturaleza, Hombre y Mujer*. Thames & Hudson, 1958.

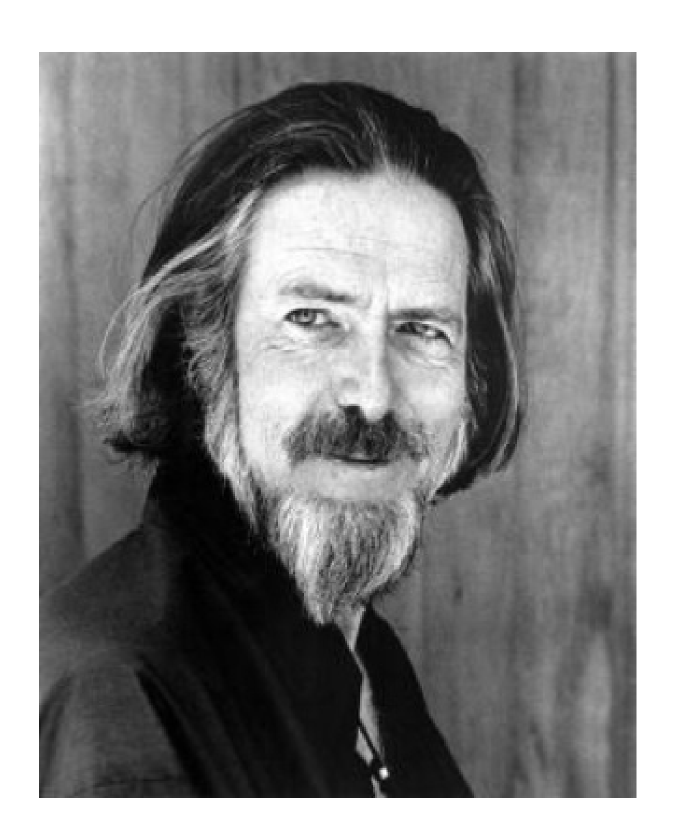
Raymond H. Wheeler, *The Laws of Human Nature*. Nisbet, Londres, 1931.

Lancelot Law White, *The Next Developmen in Man*. Cresset Press, 1944.

Richard Wilhelm y Karl G. Jung. *El secreto de la flor dorada*. Harcourt, Brace, N. York, 1962.

Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*. Routledge and Kegan Paul, Londres.

John Z. Young, *Doubt and Certainty in Science*. Oxford University Press, 1951.



ALAN WILSON WATTS (Chislehurst Kent, 6 de enero de 1915 - Mt. Tamalpais California, 16 de noviembre de 1973) fue un filósofo británico, así como editor, sacerdote anglicano, locutor, decano, escritor, conferenciante y experto en religión. Se le conoce sobre todo por su labor como intérprete y popularizador de las filosofías asiáticas para la audiencia occidental.

Escribió más de veinticinco libros y numerosos artículos sobre temas como la identidad personal, la verdadera naturaleza de la realidad, la elevación de la conciencia y la búsqueda de la felicidad, relacionando su experiencia con el conocimiento científico y con la enseñanza de las religiones y filosofías orientales y occidentales (budismo Zen, taoísmo, cristianismo, hinduismo, etcétera).

Alan Watts fue un conocido autodidacta. Becado por la Universidad de Harvard y la Bollingen Foundation, obtuvo un máster en Teología por el Seminario teológico Sudbury-Western y un doctorado honoris causa por la Universidad de Vermont, en reconocimiento a su contribución al campo de las religiones comparadas.

# Notas

[1] Este es un juego de palabras intraducible. Watts utiliza el verbo «to dig» (cavar) que en la jerga juvenil de California significa a la vez «comprender» y «gustar», tal como en la conocida canción de George Harrison «I dig Love». En la frase de Watts, «dig» aplicado a las minas agotadas expresa que son difíciles de explotar, pero relacionado con las religiones clásicas las describe como improbablemente comprensibles o amables. *(N. del T.)* **<<**

[2] El neologismo utilizado por Watts es «One-upmanship», significando la ilusión de ser individuos aislados y autónomos, y lo hemos traducido por «Separatidad», un concepto análogo que fue utilizado hace años en la especulación psicosociológica. *(N. del T.)* <<